ALFAGUARA

Catherine Lacey

Altar

Narrativa Internacional

Traducción de Núria Molines Galarza

Catherine Lacey

Altar

Traducción del inglés de Núria Molines Galarza

ALFAGUARA

Para Jesse Ball

Esas personas salen a la calle y caminan sin compañía alguna. Siguen caminando y salen de la ciudad de Omelas al atravesar sus hermosas puertas. Siguen caminando por los campos de Omelas. Caminan en solitario, joven o chica, hombre o mujer. Cae la noche; el viajero ha de pasar por las calles del pueblo, entre las casas con ventanas encendidas de amarillo y luego por la oscuridad de los campos. En soledad, se van al oeste o al norte, hacia las montañas. Siguen adelante. Se alejan de Omelas, se adentran en la oscuridad y no regresan. El lugar hacia el que van es incluso menos imaginable para muchas personas que la ciudad de la felicidad. No sabría describirlo. Es posible que no exista. Pero quienes se alejan de Omelas parece que saben adónde van.

URSULA K. LE GUIN,
Quienes se alejan de Omelas

Sueño

Si alguna vez te encuentras en la necesidad —y espero que no te veas nunca en esa necesidad, pero quién sabe— de dormir, si un día sientes tanto cansancio que ya no notas más que el peso animal de los huesos y caminas por una carretera oscura a solas y no sabes cuánto tiempo llevas caminando y te miras las manos, y no las reconoces, y captas un reflejo en las ventanas oscurecidas, y no reconoces el reflejo y tu única certeza es el deseo de dormir, y lo único que tienes es la falta de un lugar donde dormir, te sugiero una cosa: busca una iglesia.

Lo que sé de las iglesias es que normalmente tienen muchas puertas y, cuando cae la noche, al menos una de esas puertas suele quedarse abierta. La razón por la que las iglesias tienen tantas puertas es porque la gente entra y sale de ellas en tropel, con prisa. Parece que la gente tiene muchas razones para entrar en las iglesias, y puede que más para salir de ellas, pero el único motivo por el que he pisado una ha sido para dormir. Las razones por las que he salido de una iglesia han sido para evitar que me pillasen durmiendo o porque ya me habían pillado y me habían pedido que me marchase. Si mal no recuerdo, esas han sido, aunque últimamente ando mal de memoria. Me marché de alguna parte, eché a andar, dormí en muchas iglesias y luego sucedió todo lo demás: hasta ahí sé.

No me parecen tan magníficas; las iglesias, digo. No me parece que sean para nada magníficas. Aunque no me refiero a eso cuando te digo que puedes refugiarte en una para dormir si te vence el sueño. No estoy hablando de la misericordia o de la liberación; en verdad, no se puede hablar de esas cosas. A lo que me refiero es a que una iglesia es una estructura con muros y un tejado y bonitas vidrieras que evitan que puedas ver el exterior. En ese sentido, son como

casinos o centros comerciales, o esos grandes supermercados con incontables pasillos, música que sale de alguna parte; la infinita búsqueda de lo definitivo.

Pero una iglesia también es un edificio, a menudo robusto, y puede poner distancia con el exterior y cuando el exterior está lejos, puedes conciliar el sueño. Parece que todo el mundo necesita dormir, pero algo que parece que no todo el mundo tiene cuando lo necesita es un lugar para dormir o suficiente tiempo para ir a un sitio donde poder dormir, así que: una iglesia. Tal vez una iglesia te solvente el problema o quizá te lo haya solventado en algún momento.

Durante un tiempo, solo dormía en iglesias. Algunas noches me aventuré a dormir en un bosque o en baños públicos o detrás de una gasolinera, eché un par de buenas cabezadas en un cementerio, pero el único sitio donde realmente pude descansar del tirón fue en las iglesias. Desde entonces, no tengo claro si me he dormido del todo o si me he despertado. Los días y las noches se enmarañan. A veces pienso que quizá le esté escribiendo una carta al sueño, que quizá le esté preguntando si se acuerda de mí, si pretende volver. No he recibido noticias suyas, del hermano de la muerte. Llevo tiempo sin entrar en una iglesia.

Las iglesias grandes, ahí es donde merece la pena entrar si necesitas dormir. Las grandes tienen más puertas que pueden haberse dejado abiertas y más espacios oscuros entre las alas, pasillos, parques, gimnasios y una cocina o dos, y a veces incluso tienen una capillita al lado de la grande y la capillita suele estar abierta. Además, la gente que entra en una iglesia grande suele ser de lo más variopinta, por lo que no se pondrán de acuerdo en nada en particular; así, si te pillan durmiendo, quien te encuentre probablemente no tenga muy claro cómo actuar para librarse de ti (si llamar a la policía o al cura, si darte algo o quitarte algo) y cuando la gente no sabe muy bien qué hacer, es fácil escapar. Lo he hecho un sinfín de veces. Parece que las personas que pertenecen a la congregación de una iglesia grande —tan espaciosa, con tantas alas— quisieran delegar la fe en ella. Pero no deja de ser un edificio. No tiene pensamientos. Es ladrillo y vidrio. Si esa gente pasase una noche en una iglesia, lo entenderían.

No sé cómo acabé aquí.

Es como si el tiempo estuviera en otra parte y lo único que veo no fuera el presente, sino el futuro, uno de los futuros posibles, y en cierto modo el presente está en algún lugar del pasado que no puedo alcanzar y aquí estoy, viviendo en cierto futuro. Llevo un cuerpo colgado, me transporta, pero no sé si me pertenece y, aunque los viese, no sería capaz de reconocer mis propios ojos.

Ahora que nunca duermo, a menudo pienso en cómo la vida te guiña el ojo al despertar. Echo de menos uno de esos comienzos, que te brinden otro día, tomar otro día, algo que es tuyo y solo tuyo, solo tuyo y de cualquier otra persona.

Si al final consigues conciliar el sueño en una iglesia, verás lo agradable que es despertarse allí. Casi te hará creer en Dios si no crees en Dios y, si ya eres creyente, será como una palmadita en la espalda de lo más reconfortante. Tiene que ser reconfortante que te den una palmadita en la espalda, caminar siempre con la compañía de esas dulces y constantes palmaditas.

En el baño de una gasolinera —orines en el suelo, máquina de tampones, urinario, un cubículo abierto—, cerré la puerta y me desnudé para echarme agua por encima.

En un espejo resquebrajado vi estas piernas, vi estos brazos. Cerré los ojos e intenté recordar aquel cuerpo, pero con los párpados cerrados la mente no vio nada, no pudo recordar en qué vivía. Abrí los ojos de nuevo: vi este cuerpo. Quizá más ancho en algunas partes, más estrecho en otras; algunas, blandas; otras, firmes, y donde se unían las piernas había algo que sabía que tenía que proteger, pero no tenía claro por qué.

Cuando me volví a vestir, todo recuerdo de lo que era o es este cuerpo desapareció bajo la ropa. Será que —sea lo que sea yo— estoy en el lecho de una canoa, me tumbo, miro al cielo. Incapaz de levantarme o moverme. No recuerdo haberme metido en la canoa. A veces oigo a gente hablarle al pasar como si no se dieran cuenta de que estoy dentro. Sí, justo, esa es la sensación, lo que me hace sentir la vida. ¿Por qué es tan difícil de explicar? No soy capaz de describirlo con suficiente claridad, o eso parece.

Una vez alguien me dijo que tenía el cuello fino, un cuello de mujer, me dijeron, un cuello de mujer que crecía de los hombros anchos de un hombre; o puede que fuera al revés: hombros finos y cuello grueso. Las cosas que recuerdo que me han dicho sobre mi cuerpo contradicen las cosas que me han dicho sobre mi cuerpo. Me miro la piel y no sabría decir de qué tono es. Me estudio en un espejo y no veo nada en particular. Parece que me haya sentado en algún sitio con toda esta piel y músculos y huesos y grasa y pelo. ¿Son los demás los únicos que pueden determinar qué es tu cuerpo? ¿O hay algún modo de que atrapemos alguna verdad desde dentro, algo que no se pueda ver o explicar con palabras? Sé que con el tiempo los cuerpos cambian; se alargan, se

contraen; la piel se apergamina o se abulta; nuevos cuerpos crecen dentro de otros cuerpos; las extremidades, almizcleñas, hay que lavarlas; los órganos introducen tumores de contrabando, en la oscuridad, pero ¿no hay nada más? Algo invisible. ¿Qué es? ¿Por qué no se puede verbalizar?

Bien entrada la noche, en una gasolinera, la cajera me dio una galleta y un perrito caliente húmedo. Me enseñó fotografías suyas en blanco y negro de hacía mucho tiempo; una mujer con botas altas blancas, melenita corta, ahuecada y con volumen, negra azabache. En la gasolinera se le había vuelto rala y canosa. No me preguntó por mi nombre. Me llamaba «cariño», me llamaba «ricura», me dio un traguito de whisky de una petaca y me dejó dormir detrás del mostrador. La gasolinera estaba algo apartada, nos rodeaba una nada llana, un brillo sobrenatural se alzaba de una ciudad en el horizonte. Yo dormí en el suelo y ella pasó la noche sentada en un taburete con un periódico en el regazo y una escopeta muy a mano. No he conocido a muchas más personas que sepan, no sé muy bien cómo, echar un vistazo a la canoa y verme ahí, inmóvil: «Hola».

«¿Qué eres?», me preguntaban a menudo y, aunque sé que no es de buena educación responder con otra pregunta, a veces me permitía el gusto de descararme. Acostumbraba a responder con un: «¿Y qué eres tú?». Vaya una pregunta horrible de pronunciar u oír. Me arrepiento. A veces me respondían: «Soy cristiana, soy estadounidense, soy negro, soy blanca, no soy de por aquí, estoy cansada, enfadado, una mujer, un hombre, gay, cura, republicano, madre, hijo, tengo cuarenta y tres años, soy un sintecho», o a veces me respondían con una risa que les subía y les bajaba del pecho y luego desaparecía, sin dejar nada a su paso.

Aquella mañana, cuando amaneció en la gasolinera, la cajera me dio un cartón de leche, me dijo que volviese si algún día me hacía falta. Nunca me preguntó qué era.

En medio de la oscuridad de la noche, sin nadie cerca, me dijo:

—Soy la única que trabaja los domingos. Todo el mundo quiere poner gasolina los domingos, anda que sí, pero nadie quiere estar aquí atendiendo. Lo raro es que, como la gente no trabaja los domingos, justo por eso se me hace agradable,

pero a la vez es lo que hace que esté todo mal.

Se quedó callada un buen rato, negó con la cabeza, hojeó el periódico.

—En fin, el único predicador bueno que conozco no es el que está en la iglesia para que todo el mundo lo mire. No, es la que cuida a los niños todo el día y se pasa las noches en el orfanato. Ella no habla ni de Dios ni de la Biblia. Pa qué. Ya ves cómo la miran esos críos, pregúntales a ellos a ver qué saben. Saben muchísimo.

Domingo

Me desperté en un banco frente al altar, había dormido de lado, con las rodillas encogidas. No me moví. Sentí el calor de otro cuerpo cerca de mi cabeza. Miré hacia el suelo y vi unas perneras azul marino y dos zapatos marrón claro. Arriba: la parte inferior de una barbilla sin afeitar. Un vozarrón llenaba la estancia como un trueno lejano. Me dolían las articulaciones. Era como si llevara semanas durmiendo profundamente, sin moverme, la mente vacía, este cuerpo rígido de dormir sobre los cojines delgados de un banco.

A mi lado había otra persona con un vestido azul, largo y con vuelo. El cabello, castaño claro, recogido en un moño bajo. Al otro lado, tres niños con trajecitos parecidos a los de la persona que estaba sentada junto a mi cabeza. El más pequeño estaba dormido. El más alto estaba alerta, miraba al frente, un libro grueso con tapas azules en las manos. El mediano no me quitaba ojo y, cuando cruzamos miradas, empezó a dar tironcitos al vestido. La persona que llevaba el vestido se agachó y cogió aquella manita, le dio un buen apretón. El niño hizo una mueca. La mano soltó la otra mano. Se me pasó por la cabeza que ese es el tipo de persona a la que se suele llamar madre. Una madre lleva vestidos, te coge de la mano. A veces se me aparecía una palabra como esa, pronunciada por una voz silenciosa.

El mediano volvió a fijarse en mí, esta vez con una expresión más extrañada, un dolor furibundo, alterado. La voz del fondo dijo algo muy manido y todas las voces presentes respondieron con frases igualmente trilladas; el niño, sin quitarme ojo, los acompañó con un murmullo.

El órgano profirió una nota larga, una apertura, un llamamiento. Los bancos crujieron y los cuerpos se pusieron en pie. El crío que había estado mirándome agarró por las axilas al más pequeño, al durmiente, y lo levantó para que se

pusiera de pie. Todo el mundo cantó al unísono, atronador. Aun así, no me moví, me quedé como estaba, de lado. El niño vino hacia mí gateando por debajo del banco, me estiró del zapato hasta que su madre le dio un coscorrón. Una madre da coscorrones. Una madre lleva vestidos azul cielo y da coscorrones.

Me levanté despacio para unirme a ellos, me dieron un libro abierto, de himnos. Un dedo señaló una línea llena de palabras, las acompañó por la página. Yo no canté. Había muchas cosas que no sabía, pero una que tenía muy clara es que no iba a cantar.

Todo el mundo volvió a sentarse y yo hice lo propio. Los cuerpos más largos —el de la madre, el del padre (¿el padre?, el padre)— no me miraron, actuaron como si yo siempre fuera a estar sentándome y poniéndome de pie en aquella iglesia, en aquel banco frente al altar. Era un objeto más: un misal, una Biblia, un sobre con un donativo, un lapicito. Una persona ataviada con una tela muy recargada estaba en la cabecera de la iglesia, y hablaba de un modo que todo sonaba obvio y verdadero, qué sencillo era el mundo, qué poca falta hacía preocuparse por nada, todo estaba ahí, todas las respuestas estaban ahí, solo había que aceptarlas, ponernos boca arriba y aceptarlas como un cuerpo dormido acepta el aire.

Pasaron un gran plato dorado fila por fila, de mano en mano. La gente dejaba monedas, billetes y sobres, luego lo devolvía a quienes se encargaban de llevar al altar los diferentes platos que circulaban, como un ataúd hacia su hoyo.

Mientras tanto, sonaba el órgano. Alguien permanecía al lado del instrumento, cantando y haciendo aspavientos. Otra persona subió un bebé al altar y la persona vestida con esa especie de túnica le echó agua por la cabeza y el bebé lloró, y la persona de la túnica lo paseó por la sala, igual que habían paseado el plato con dinero.

La criatura, mojada, sostenida en alto para que todo el mundo la viera, lloriqueaba. La gente de los bancos sonreía y el atronador sonido del órgano amortiguaba el llanto del bebé. Un órgano es una máquina capaz de gritar más fuerte que un ser humano.

En cierto momento, el padre me puso la mano en el hombro y me miró. La sala llena de cuerpos volvió a ponerse en pie para cantar, luego se sentaron de nuevo, escucharon a la persona de la túnica, luego otra vez en pie para leer monótonamente las palabras de una página, luego se sentaron otra vez. Cada vez que los cuerpos se sentaban en su respectivo banco había un dolor maderoso, luego una ráfaga de silencio.

Más tarde, la gente se amontonó en los pasillos para salir de la iglesia por una de sus múltiples puertas. Vi que alguien llevaba en brazos a aquel bebé mojado, lo sacaba de allí, un pelele humano que pertenecía a quien lo llevase en brazos.

Los seis —el padre, la madre, los niños y yo— nos sentamos a comer alrededor de una mesa con mantel blanco. Fueron pasando platos de carne en salsa, pan y verduras guisadas, dimos buena cuenta en silencio. Gente con vestidos blancos llevaba platos a las mesas o los recogía. Al otro lado de la sala vi a una de esas personas vestidas de blanco susurrarle a otra; me miraban y luego apartaban la vista. En las mesas, nadie se fijaba en la gente que les traía la comida y, si levantaban la vista, miraban sin ver.

Comí todo lo rápido que pude y todo lo que pude engullir. El chiquillo pequeño me miraba sin dejar de masticar. Abrió la boca, me enseñó la papilla y me sacó la lengua.

—Hay algo que a Hilda y a mí nos gustaría decirte —dijo el padre.

—Sí —añadió Hilda, apoyando las palmas sobre la mesa. Miró al padre hasta que este asintió—. Steven y yo hemos decidido que te puedes quedar con nosotros el tiempo que haga falta.

—El que haga falta —recalcó Steven—. Jack dormirá abajo con los pequeños y tú te puedes instalar en el desván.

—El tiempo que haga falta —dijo Hilda.

Su atención basculaba de dentro afuera, como una funambulista. Me costaba mirarla a la cara. En la mesa, todos tenían los ojos clavados en mí salvo el pequeño, que miraba al techo, hipnotizado, con la cara manchadísima de comida. Me miré las manos, el plato vacío, la servilleta sucia en el regazo.

—Bueno, ¿qué te parece? —me preguntó Steven levantando un poco la voz, firme, un límite.

Me eché hacia atrás en la silla y asentí. Fui incapaz de hacer nada más.

Steven y Hilda hablaron entre ellos, con los chicos. En un

par de ocasiones, Steven les soltó una buena perorata y luego les preguntó: «¿Entendido?». Los críos respondieron sin decir nada, pero parecía que con eso bastaba. Finalmente, cuando el padre se levantó, el resto de la familia hizo lo mismo. Se puso a la cola de hombres que esperaban para pagar en caja y Hilda desapareció tras una puerta rosa.

—Chicos —dijo Steven—, id saliendo, id tirando y esperad junto al coche, que os acompañe esta persona, se quedará en casa. Te dejo al mando, Jack. Pórtate bien.

Jack cogió al pequeño y lo cargó con un solo brazo. El mediano lo siguió. Yo cerraba la comitiva. En el aparcamiento, Jack dejó al niño en el suelo y se apoyó en el coche familiar, un trasto grande y anchote con ruedas enormes. El chiquitín empezó a lloriquear, pero no se movió de los pies de su hermano. Jack miraba al infinito, amusgaba los ojos, puños en los bolsillos.

—¿Qué es? —preguntó el mediano, señalándome.

—De los que tendrían que estar ahí dentro, recogiendo platos —dijo Jack, limpiando un bicho espachurrado del parabrisas—. Cada cual tiene su sitio. Me lo dijo papá.

—No es un chico —dijo el mediano—. No es como los demás chicos que yo conozco.

—Que te calles —dijo Jack.

—Que te calles tú, tampoco es negra. Ni idea de lo que es esa chica, pero…

Jack tiró al hermano al suelo de un empujón.

—Ya me puedes ir pidiendo perdón… —dijo el niño desde el suelo—. ¡O se lo cuentas tú a Jesús o se lo cuento yo!

—Mira, así no van las cosas —respondió el mayor.

El mediano se quedó un momento en el suelo, sollozando bajito y chupándose los brazos pelados, como un gatito, atento. No me quitaba ojo; su mirada, silenciosa y directa, como si acabara de aprender una lección y ahora me la estuviera enseñando a mí.

Cuando Steve y Hilda salieron al aparcamiento, ella caminaba con pasitos cortos y rápidos, se había pintado los labios de rojo, se había puesto colorete rosa y tenía más marcada la raya del ojo. Nada en el rostro de Steve. Nada en el de los chicos salvo la roña mezclada con sudor. El hombre me abrió la puerta del copiloto. Entré. Los chiquillos se

apelotonaron en la parte de atrás. Justo antes de arrancar, Hilda se metió en el maletero.

—Esta va a ser tu habitación —dijo Hilda y nos quedamos en silencio en el desván, casi tocábamos el techo con la cabeza—. Le he dicho a Jack que despejara esto un poco para hacerte sitio.

Abrió el cajón de un armario. Me metí las manos en los bolsillos y los vacié: un cortaúñas, un cepillo de dientes sucio, un bolígrafo, tres monedas y una galletita de avena envuelta en una servilleta. Lo dejé caer todo en el cajón. Lo habían forrado con papel de periódico viejo, con la sección de clasificados; amarillentas, las hojas se deshacían a trocitos. Uno de los anuncios decía:

HIJO . No te perseguimos,
solo queremos encontrarte.
Vuelve a casa.
TU MADRE

Y yo me pregunté si ese HIJO se habría dejado encontrar, si ese HIJO en particular habría visto el periódico y habría sabido que era ese HIJO que buscaba esa MADRE, y me quedé pensando si esa MADRE realmente perseguía a su hijo con el único fin de encontrarlo, si es que acaso se puede buscar a alguien por una sola razón. Parecía que quisiera algo más y también pensé que una persona podía tener razones, muchísimas razones para no «volver a casa». Pero creo que solo me lo parecía a mí y yo solo soy una persona que se ha echado a perder por lo que ha hecho y por lo que no.

¿Ha existido algún periódico que publique los obituarios en portada en lugar de en la última página?

—Esta noche va a cenar con nosotros el reverendo —dijo Hilda—. Está preocupado por ti, quiere asegurarse de que todo está bien. Toda la comunidad está preocupada, pero

sabemos que Dios te ha enviado por alguna razón. Él proveerá. Puede que suene un poco absurdo a estas alturas, pero nosotros seguimos creyendo. No podemos evitar tener fe.

Hilda miró por la ventana, por encima de mí, me volvió a mirar y volvió a apartar la vista. Sentí ese apremio afable, esa simpatía dolida, como si algo amenazase su cotidianidad y su única defensa, por algún motivo, fuese mostrarse así, a pecho descubierto. No paraba de bascular el peso de una pierna a la otra, los ojos clavados en el suelo. Me dijo que podía confiar en ella, que podía contarle lo que me había pasado, de dónde venía y si era un chico o una chica, que le podía explicar cómo me había colado en la iglesia y cómo es que había acabado durmiendo allí, que se lo podía contar todo y, aunque no quisiera decirle ni una palabra a nadie más, en ella podía confiar —insistía— y decirle dónde vivía mi familia o qué les había pasado si es que ya no tenía a nadie —«Incluso si entraron de manera ilegal o si hicieron algo malo, si te hicieron algo feo, o si alguien que no fuera de tu familia te hizo algo feo»—, se tomó todo el tiempo del mundo para soltarme todo aquello, hablaba despacio, iba parando para darme pie a responder, luego seguía: «Igual no te lo parece, pero de verdad que conmigo puedes hablar». Incluso entonces me pareció una mujer al borde del abismo diciéndome que no me preocupase por ella y preguntándome qué podía hacer por mí.

Pero en sus ojos —y sin ahondar mucho— yo veía que no iba a dormir tranquila con una persona desconocida en su desván, en la misma casa que sus hijos. Es difícil explicar por qué vislumbraba todo eso en su cara. Puede que un sentimiento sincero siempre encuentre la manera de aflorar, un objetor que grita entre la multitud con la esperanza de que alguien lo oiga.

—¿Me estás entendiendo? ¿Me puedes asegurar, aunque solo sea eso, que me estás entendiendo, que hablas mi idioma? —Se detuvo un momento y luego habló más alto y más despacio—. ¿Hablas mi idioma?

Asentí, ella asintió también y sonrió y me dijo:

—Cenamos a las seis.

Se marchó corriendo escaleras abajo.

Toda la tarde, en la soledad del desván, estuve escuchando

ruidos que salían del suelo; un trapaleo por el pasillo; una conversación en sordina entre Hilda y Steven; una puerta cerrada, un portazo, una puerta abierta y vuelta a cerrar. Un loro, que vivía en una jaula en el salón, de vez en cuando cacareaba «¿Hola? ¿Hola? ¿Hola?», pero nadie le respondía. Un rato de silencio. «¿Hola?».

Me senté en el suelo, miré por la ventanita, hacia el jardín, sintiendo cómo el cielo poco a poco se iba oscureciendo mientras Jack empujaba el cortacésped en franjas rectas, llegaba hasta el final y volvía a empezar.

Cuando empezó a anochecer, bajé del desván y me quedé en el pasillo, no sabía hacia dónde ir. Veía a Steven y a Jack en el salón viendo la tele con la voz quitada, un partido de fútbol americano. El padre le explicaba las jugadas a su hijo mayor, que asentía con solemnidad. Llamaron al timbre, una tenue sombra se proyectó en el salón, pero aquellos dos ni se inmutaron.

Hilda pasó por mi lado a toda prisa, con una cuchara de madera en la mano y el mandil puesto. Los dos pequeños la siguieron, se empujaban a ver quién llegaba antes. El timbre volvió a sonar, luego llamaron directamente a la puerta, que se abrió justo antes de que Hilda llegase.

—¡Buenas noches, reverendo!

Los chiquillos se le echaron encima, uno se agarró a la pierna izquierda y el otro empezó a trepar por el costado.

—¡Hola, Hilda! Atareada en la cocina, ¿no?

—Seguro que se me está quemando algo, así que, si me disculpa… ¡Steven, ya ha llegado el reverendo!

Hilda volvió corriendo a la cocina y Steven apagó la tele, aunque Jack ni se movió del sofá; no se levantó hasta que su padre le dio un golpe en el brazo.

—¡Y hoy tenemos invitado de honor! —me dijo el reverendo, abriendo los brazos y medio riéndose—. ¿Cómo te encuentras? ¿Has podido descansar? ¿Has comido bien?

Recordaba su voz de la iglesia, pero ahora que ya no nos envolvía todo un santuario, me pareció sencilla y frágil, como la de cualquiera. Bajé la mirada, a sus pies, a sus zapatos, pensé en los deditos allí metidos, de pie en el salón como todos los demás. Levanté la mirada y me fijé en su cara, en su cuello. Los brazos de par en par como si quisiera abrazarme o que yo permitiese que él me abrazara, someter mi cuerpo al suyo. No lo hice. Me dio palmaditas en la espalda y dejó la

mano ahí. Se quedó mirándome más rato y más detenidamente de lo que nadie me había mirado en mucho tiempo. Sentí un ardor detrás de los ojos, una señal que fui incapaz de descifrar.

—Bueno, ¿y cómo te llamamos, criatura? —preguntó.

Miré la pantalla apagada de la televisión, vi reflejos fantasmales.

—¿Nos dices tu nombre? —insistió el reverendo—. De verdad, tú dinos cómo quieres que te llamemos, más no te pedimos.

No quería que me llamaran de ninguna manera.

Pensé en irme del salón. Pensé en marcharme de aquella casa, a alguna parte, pero, por algún motivo, no pude. Una especie de fuerza o de amenaza planeaba por aquella habitación, por toda la casa. El loro gritó «¿Hola?». Junté las manos tras la espalda, como un solo puño.

—Bueno, bueno —dijo el reverendo—, no eres tú muy de hablar, ¿eh?

«Mucho hablar y luego nada», dijo el loro. «Mucho hablar y luego nada».

Steven y el reverendo se echaron a reír, y los hijos no. Jack dijo algo para el cuello de la camisa y Steven le dio un pisotón.

—Cuando mi hija era pequeña —dijo el reverendo, apartando a uno de los críos—, encontró un gatito abandonado en una alcantarilla cerca de la iglesia, se enamoró del gatito, aún lo tenemos en casa, ¿y sabes cómo decidió llamarlo? Alcantarilla. ¡Qué ocurrencia! ¿Verdad?

Hilda volvió a entrar al salón, riéndose y repitiendo lo que había oído:

—¡Alcantarilla! Mira que es bueno ese gato. ¿Cómo está?

—Uy, muy bien —respondió el reverendo—, lento y hecho una bola, pero sigue siendo el Alcantarilla de siempre.

—¡Ay! ¡Qué bien! —respondió Hilda.

—Bueno, pues, si te parece —dijo el reverendo—, ¿te llamamos Altar, de momento? —El tono era de pregunta, pero no me lo estaba preguntando—. A menos que nos digas otro nombre… ¿Qué te parece?

En el comedor, Hilda no paraba de ir de la cocina a la mesa, venga a sacar platos, los servía sin que hiciéramos

nada. Montones de partes fritas de animales. Un cuenco de patatas, rollitos, fuentes de carne y gratinados, parecía que pesaban. Luego se sentó a mi lado, se alisó el mandil y le pidió al reverendo que bendijera la mesa. Todos cerraron los ojos menos yo y todos se dieron la mano, pero yo no las moví del regazo, entrelazadas, así que Steven puso la mano que le quedaba libre en el respaldo de mi silla y Hilda la apoyó en la mesa con la palma hacia arriba entre los platos vacíos. El reverendo pronunció una parrafada aprendida de memoria sin dejar de asentir, como si se diera la razón.

—Y, Señor, ayuda a todos los necesitados en Villalimosna, ayúdalos a comprender que todo es posible con la fe; Dios bendiga a esta persona que acaba de llegar, Altar, una criatura de Dios igual que todos nosotros, amén.

Y todo el mundo repitió el «amén» del reverendo, todos juntos, hasta el más pequeño.

«Amén», dijo el loro desde la otra habitación, aunque parecía que nadie lo escuchaba. «Amén amén amén».

—Bueno, bueno —dijo el reverendo—. ¿No es estupendo estar aquí disfrutando de una comida casera?

Después de que hubieran dado buena cuenta de la cena, el reverendo me llevó al porche delantero y nos sentamos en un balancín, clavó los pies y no dejó que se columpiara. Me dijo —con calma y sin llegar a ser maleducado— que, en realidad, necesitaba saber un par de cosas sobre mí: quién era, de dónde venía.

—Sé que son preguntas extrañas, pero hay cosas que tenemos que saber para encontrarte un lugar seguro donde vivir. En primer lugar y, perdóname si te incomodo, necesitamos saber si eres un chico o una chica. No hay razón para que te avergüences de nada ni para que te sientas mal, no pensamos que hayas hecho nada malo; eso que quede claro. De verdad, no pensamos que hayas hecho nada «malo», exacto, al menos no por que no sea evidente si eres un chico o una chica, como pasa con todo el mundo. Lo que quiero decir es que no tienes por qué avergonzarte de tu apariencia. Dios ama por igual a todas sus criaturas; solo que no nos queda claro qué tipo de criatura eres y una cosa u otra tienes que ser, por lo que, a menos que quieras que lo averigüemos por las malas…, supongo que preferirás decírnoslo tú y punto.

Será más sencillo.

Los insectos cantaban entre el calor que nos rodeaba. Eché un vistazo al interior de la casa por una de las ventanas. Por dos puertas abiertas se veía el borde de la jaula del loro y al loro dando pasitos por su percha, meneando la cabeza, saliendo de mi campo visual y volviendo a aparecer. No miré al reverendo. No tenía nada que decirle.

—Bueno, como quizá ya sabes, ahora hay gente que cree que una persona puede decidir si es un chico o una chica, pero nosotros creemos, bueno, nuestra iglesia cree y Jesús creía que *Dios* decide si eres un chico o una chica. Por lo que, cuando te hacemos esa pregunta, lo que queremos saber es si *Dios* te hizo varón o hembra.

Levanté la mirada hacia el techo del porche, la bajé al suelo.

—Puede que sientas cosas, que pienses que realmente no eres un chico o una chica, y no pasa nada, somos personas tolerantes y puedes pensar lo que quieras, claro, pero, de cara a nosotros, ¿qué eres?

El reverendo se quedó en silencio un rato, oyendo el ruido de los insectos y la nada. Por un momento, parece que se dio cuenta de que aquellas preguntas y afirmaciones nos seguían llevando al mismo sitio: a ninguna parte.

—Mira, a ver qué te parece esto: si eres un chico, si Dios te hizo chico, da una palmada; si Dios te hizo chica, da dos palmadas.

Un mosquito me chupaba la sangre de la muñeca. Lo vi tragar y tragar, y luego irse volando. Esa sangre ahora era del insecto, ya no era mía, no sería mía nunca más.

—Cuando quieras. Cuando sientas que puedes, una palmada o dos palmadas, venga. Una para chico, dos para chica.

Pensé en el anuncio que había leído en el periódico amarillento —la madre a la caza de su hijo que solo quería encontrarlo—. Tenía claro que nadie me estaba persiguiendo por alguna razón concreta, ni siquiera para encontrarme. Tendría una madre, pero también sabía que no tenía madre. No era el hijo ni la hija de nadie. Qué libertad y qué carga no tener una casa a la que volver, no tener una casa a la que volver. Lo único que podría haberle dicho al reverendo, si

hubiese sido capaz de hablar, era que era un ser humano, igual que él era humano, solo que me faltaban algunas cosas que él parecía considerar necesarias —un pasado, el recuerdo de mi pasado, un origen—, pero yo no tenía nada de eso. Sentía que no era la única persona a la que le pasaba, seguro que había más como yo, era parte de un plural colectivo, solo que no sabía muy bien dónde estaba el resto. Puede que estuviéramos buscándonos sin saberlo.

Intenté recordar al menos una cosa que me hubiera pasado para acabar allí, en ese porche, con el reverendo. Intenté repasarlo todo, cada acontecimiento, cada minuto. La iglesia en la que me desperté —en el banco frente al altar—, la gente que me había traído hasta aquí, la comida y demás. ¿Y antes? No había tiempo para recordarlo todo. Un momento solo sucede una vez, pero algunos, para procesarlos, para verlos, requieren mucho más que un momento.

—Bueno, si ahora no te parece oportuno contárnoslo, hay otras cosas que es preciso que sepamos. Por ejemplo, cuántos años tienes, de dónde vienes… ¿Cuándo naciste? ¿Y dónde? ¿Qué les pasó a tus padres, a tu familia? ¿Han…? Bueno. ¿Están en otra parte del país? ¿O en otro lugar? Son cosas que necesitamos saber para proporcionarte la ayuda que sea adecuada para tu caso.

El reverendo se arrellanó en el asiento, luego usó las piernas para balancearnos al ritmo de un corazón durmiente o moribundo.

—Quiero ser tu amigo, ¿vale? Quiero que seamos buenos amigos, pero necesito que pongas un poco de tu parte para poder ser el mejor amigo del mundo, ¿me entiendes? Si ya tienes dieciocho años, es decir, si ya has pasado legalmente a la edad adulta, hay ciertas cosas que podemos hacer por ti, pero, si eres menor, las cosas que podemos hacer son otras. Pero antes tenemos que saber todos esos datos. ¿Me entiendes? Son las reglas. No son cosa mía, pero creo que lo mejor será que nos atengamos a ellas, ¿no crees? Así se garantiza la justicia y el orden. ¿Entiendes? Aquí tratamos a todo el mundo por igual, es en lo que creemos. A todo el mundo se lo respeta por igual.

Con la mirada perdida en la oscuridad y la noche en calma y calurosa, escuché a cientos de insectos cantar la misma nota

y escuché a la hierba guardar silencio en el aire oscuro y húmedo. Había muchos tipos de bichos, eso sí que lo sabía —los había visto—, pero ¿cuántos tipos de respeto existían?

Lunes

Me desperté aún con mis zapatos y mi ropa, en el desván, en una cama, de lado, con un pie en el suelo. Un cúmulo de imágenes inconexas. Un vago recuerdo de un lugar —un pasillo estrecho—. Casi pude atisbar algo más, casi pude recordar una palabra o una frase que alguien me había dicho, pero no sabía decir si me había pasado mientras dormía o ya en vela. Casi pude recordar una sensación, una sensación de antaño, de lo que es sentirse una cosita tan pequeñita que cualquiera podría agarrarte y llevarte donde quisiera. Una vez, no sé cuándo, me senté en una cafetería y un crío lloraba y chillaba, y la persona que estaba detrás del mostrador, de mala leche por tener que presenciar un drama tan insignificante, le fruncía el ceño y le decía a quien acompañaba a esa criatura que la callase. La persona que había detrás del mostrador seguro que ha olvidado la sensación de ser una cosita tan pequeñita que cualquiera puede agarrarte y llevarte donde quiera. Qué pavor habita el cuerpo. Es un milagro que la gente exista.

Hilda me dijo que Steven había decidido —y que ella estaba de acuerdo— que no me podía quedar en casa sin nadie mientras todo el mundo estaba en el colegio, trabajando o donde fuera, así que me llevó a la vuelta de la esquina en coche, a una casita blanca rodeada de arbustos en flor, flores muy abiertas, pétalos oscuros, quemados por el sol.

—Esta mañana te va a cuidar la señora Gladstone. Luego pasarás un rato con otra persona…, con Roger, que luego pasará a recogerte. Es muy buen amigo nuestro, así que pórtate bien con él. Tiene algo que quiere enseñarte, una especie de juego para que juguéis los dos. ¿Te gustan los juegos?

Hilda vaciló un instante, esperaba una respuesta.

—Bueno, supongo que sí. ¡Yo creo que a todo el mundo le gustan los juegos! ¿O no? Bueno…, tú pórtate bien con la señora Gladstone, estoy segura de que lo harás. Es una señora muy mayor, está cansada. Ha tenido una vida dura, solo quiere estar tranquila, la mujer… Creo que os llevaréis bien —me soltó Hilda rápidamente mientras estábamos en el porche delantero, luego abrió la puerta de la casita y gritó—: ¡Altar ya está aquí, Paulina!, ¿vale? ¡Adiós!

Hilda cerró la puerta, oí sus pasitos rápidos alejándose. Había una anciana en una silla de ruedas mirando el televisor apagado. La habitación era fría, el ritmo lo marcaba un reloj. Me senté en un sofá cubierto de plástico rígido, mientras me preguntaba si acaso se habría sentado allí alguien. Puede que estuviese pensado para quedarse ahí sin más y que lo dejaran en paz.

—Solo engañas a los bobos —dijo la señora Gladstone hablándole directamente a la televisión vacía—. Solo a los bobos.

Nos quedamos un rato en silencio después de que dijera aquello. No estaba claro si se dirigía a mí. Podría ser que hablara sola o con alguien a quien, por la razón que fuera, yo no veía. Durante un tiempo, mantuvo una expresión que me hizo pensar que estaba a punto de hablar o de estornudar.

—Me casé ya entrada en años —dijo—. Ya tenía treinta y tres, ¡madre mía! Puede que ahora no te parezca demasiado, pero, para la época, a esa edad, yo era requetevieja. Todo el mundo había perdido la esperanza de encontrarme marido, a esa edad, una ya no tenía la posibilidad de elegir; aunque un día la hubieses tenido, con tantos años, se acabó. Bueno, no estoy muy segura, ahora no conozco a mucha gente en edad de merecer, pero creo que sigue siendo así. Una mujer decente se encargará de encontrar marido rápido, luego la cosa se pone muy muy difícil.

»Pero supongo que, en cierto modo, tuve suerte. Charles era viudo, bastante más mayor que yo. A eso me refiero cuando digo que ya no estás para ponerte pejiguera a cierta edad. Su primera mujer había sido muy guapa, todo el mundo decía lo mismo, pero, por guapa que fuera, se había muerto. No por ser guapa, faltaría, creo que fue de cáncer, aunque nadie hablaba mucho de esas cosas. Así, a sus casi cincuenta años, Charles se quedó solo con dos críos que no tenía mucha idea de cómo criar, así que no le quedó otra que buscarse a otra mujer. Nuestras madres nos presentaron y luego él decidió que lo mejor era que nos casáramos. Y, aunque lo de sus chiquillos me tocaba las narices, más me molestaba la idea de ser tan vieja y estar sola, así que nos dimos el sí, quiero. El matrimonio es un arreglo la mar de simple. La gente no es muy de hablar así, pero las cosas son como son. Puede que te des cuenta algún día, cuando te hagas mayor.

Silencio.

—Cuando te hagas mayor —repitió la señora Gladstone—. ¡Mayor como yo!

Se tronchó de risa un buen rato o lo que me pareció un buen rato.

—Bueno, que yo te estaba hablando de Charles. Mira que me voy por las ramas, es por lo vieja e inútil que soy, se me va todo de la cabeza. Todo.

»A Charlie lo querían mucho en la comunidad, todo el

mundo, todos lo querían mucho. Y éramos felices. Nunca me puso la mano encima, ni una sola vez, y mira que no había muchas mujeres en aquella época que pudieran decir lo mismo sin ponerse coloradas. Charlie y yo pasamos muchos buenos años juntos. No tuvimos hijos y eso que lo intentamos. Pero yo era tan vieja… Y él ya tenía dos de su primera mujer, así que ya teníamos bastante. Unos chiquillos muy infelices, un estorbo, la verdad. Creo que Charlie no quería tener más si le iban a salir como los dos primeros. Viajamos mucho, a la Costa Este, a Virginia de vez en cuando y, en una ocasión, a California. También estuvimos una vez en Canadá. Le gustaba conducir y a mí me apañaba que condujera.

»Pero entonces llegó el diagnóstico y fue…, bueno…, ¿ya han pasado veinte años? ¿Tanto tiempo hace ya? No había muchas opciones, ahora parece que tienen todo tipo de tratamientos, pero, en aquella época, pues no había tantos. Los médicos dijeron que no le quedaba mucho tiempo, que pusiéramos sus asuntos en orden, hiciéramos los arreglos correspondientes y demás. Habló con su abogado por lo del testamento, me acuerdo de eso, y pronto se corrió la voz de que se estaba muriendo, así que se nos llenó la casa de flores y de gente. Gente blanca, gente negra, incluso los indios aquellos, o puede que fueran mexicanos; una familia que vivía por la carretera del condado a la que Charles había ayudado hace años… Nos llamó tanta gente, a él y a mí, nos trajeron tartas y cosas por el estilo, y tantas flores… Muchísimas, demasiadas. Una noche, estaba sentada mirando todos aquellos ramos en la salita cuando vino la enfermera y me dijo, me dijo: “Lo siento, me temo que se acabó, se nos va con Dios”.

La señora Gladstone detuvo ahí su historia, sin cerrar la boca, aguantándose las palabras, mirándolas.

—Aún veo la cara de la enfermera, no tenía miedo a la muerte, era su trabajo, claro, pero yo sí que tenía miedo, faltaría más, estaba aterrorizada. Toda la vida que había vivido con él, esos diez años de nada después de haber esperado tanto para tener marido y ahora se iba a acabar, y de verdad que pensé que era la voluntad divina, pero, aun con esas, no me pareció fácil de aceptar. Que igual era lo que tocaba, pero no pude. Sabía que tenía que ser fuerte y aceptar

que Dios se lo llevaba, pero siempre he tenido mal fondo… No quería quedarme sola. Quería hacer las cosas a mi manera; mira que siempre he sido egoísta y mala. Me merezco todo lo malo que me ha pasado en esta vida y fui tan egoísta que odié a Dios por lo que me estaba haciendo, quería seguir viviendo la vida con él. Lo quería mucho. De verdad. Era tan buen hombre.

De nuevo, dejó de hablar. Algo en su rostro me recordó a un caballo que se había escapado y me encontré un día por el bosque, una mezcla de paz y terror.

—Me senté a su lado, respiraba muy despacio, hondo. La enfermera nos dejó a solas para darnos un poco de intimidad en esos últimos momentos y, en cuanto salió del cuarto, Charles me miró y me dijo «Cariño», me lo dijo tan despacio… Recuerdo cada palabra, me dijo: «Cariño, aquí estoy. No soy más que un hombre en su lecho de muerte y necesito decirte que, cuando era un crío, hace ya tanto tiempo, me retaron a meterle la cabeza bajo el agua a un niño negro, en un arroyo cerca de la frontera del condado, y lo hice. Todo el mundo dice que fue un accidente, pero no es verdad. No lo fue. No ha habido día en que no haya pensado en lo que pasó». Hablaba tan despacio; dijo: «Le he pedido al Señor que me perdone. Yo nunca fui un chaval muy espabilado, de hecho, hasta pensaban que me faltaba un verano o algo, y me costó muchos años pensar por mí mismo y, entonces, cuando me retaron, ni me lo pensé. He hecho muchas cosas sin pensar. Todos hacemos muchas cosas sin pensar. Me comprendes, ¿verdad?». Y entonces dijo: «Me arrepiento, Dios mío». Y pensé que eran sus últimas palabras. «Dios mío». Estaba segura de que se iba a ir en ese mismo momento, pero me asustaba tanto verlo morir… Lloré y recé, no se murió, no se murió en toda la noche, aguantamos hasta la mañana, todavía estaba vivo, pero apenas vivo. Lo siguiente que me dijo la enfermera fue que ahora sí que se nos estaba yendo, estaba segura. E hizo lo mismo, me dejó a solas con él, nos dejó algo de intimidad y, después de unas cuantas horas en silencio, Charles se incorporó y me dijo: «Paulina, mi amor, lo que te dije anoche…». Y en ese momento pensé que me iba a decir que era todo mentira, un sueño delirante antes de morir, una alucinación, porque…

¿cómo podría haber hecho algo así? No era un hombre violento, ni mucho menos, estaba convencida de que aquello no podía ser verdad. Pero entonces Charles me dijo…

La señora Gladstone volvió a parar un instante. No estaba llorando. No sé por qué pensé que deberían saltársele las lágrimas.

—Me dijo: «Sobre lo que te conté anoche… La cosa no acaba ahí. Formé parte del grupo que colgó a aquellos cuatro hombres, ¿te acuerdas? Pensábamos que habían violado a la hermana o a la hija de alguien, no me acuerdo bien de los detalles, no estábamos seguros de quién había sido. Así que los colgamos a los cuatro. Eran culpables de algo, aunque no supiéramos de qué. Estábamos enfadados, tienes que entenderme. No fue fácil, pero lo hicimos, éramos veinte o treinta. No quedaba otra. Hasta el sheriff estaba en el ajo». Y claro que me acordaba. Cuatro hombres de la otra punta del pueblo, negros. Había muchos conflictos entre nuestro lado y el suyo. Fue una época muy dura. Mucha gente se acabó yendo.

»Aquella segunda noche no me dijo que se arrepentía o que sabía que estaba mal lo que hizo… Pero tampoco se murió. Por alguna razón, vivió y siguió confesándome otras cosas que había hecho o secretos que les había guardado a otros hombres, cosas peores y otras que no eran para tanto; nunca sabré si había algo de verdad en todo aquello. Hay una probabilidad, una gran probabilidad incluso, de que todo fuese un problema cerebral, cosas que le pasan a la gente cuando se acerca el final, tú ya me entiendes. Veía muchas películas y le gustaban las violentas, no sé por qué.

»Pero sigo preguntándome si todo lo que me dijo era cierto, si había sido esa clase de hombre cuando era más joven y, cuando lo conocí, ya había cambiado. El hombre que yo conocí era amable y bueno, bueno con todo el mundo, con todos, nunca tuvo una mala palabra con nadie. Nunca me puso la mano encima. Aunque, si aquello que me contó era verdad…, algo tuvo que quedar de aquel primer hombre en el que yo conocí, pero yo fui incapaz de verlo. Y desde entonces sigo dándole vueltas a que nunca llegamos a saberlo todo de otra persona, ni quién es ni quién era antes de que la conocieses… o incluso, a veces, después. Yo…

Se volvió para mirarme directamente a la cara y solo entonces me di cuenta de que tenía un ojo de cristal, inmóvil, vacío, brillante. Llevaba una cadenita con una cruz colgada del cuello.

—¿Sabes…? Lo que Hilda me dijo sobre ti por teléfono no se corresponde mucho con lo que estoy viendo ahora. —Me estudió un momento, un ojo fijo en mí y el otro vacío, en paz —. Supongo que da lo mismo. A mí me importa un bledo, sí, sí, me la refanfinfla. Yo sé lo que es quedarse muda. Muchas cosas no sé, pero al menos esa sí.

Nos quedamos sin decir nada unos minutos, mirando el reloj de caja alta haciendo tictac.

—Charlie nos dejó después de una semana de estar que si sí, que si no, y entonces todas las flores ya no olían tan bien. La limpiadora me preguntó si tiraba las que estaban marchitas, pero le dije que daba igual, que las dejara. Unos días después las saqué al jardín y dejé que se pudriesen en una pila.

Cuando llamaron a la puerta, la señora Gladstone me miró y luego volvió a mirar el televisor apagado. Me levanté y fui a abrir. Había alguien en la puerta.

—Soy Roger —dijo la persona en cuestión, ofreciéndome la mano—. Tú debes de ser… Debes de ser la razón por la que estoy aquí. La señora Gladstone se cansa enseguida, así que Steven y Hilda me dijeron que viniera a por ti, me pidieron que me pasara sobre esta hora. He pensado que igual podríamos dar un paseo antes de que haga mucho calor, ¿te parece?

Roger llevaba una camisa blanca de manga corta y una corbatita negra. Iba con un perro de pelaje claro, un animal fibroso que lo acompañaba con toda su masa muscular y mantenía tensa la correa. Caminamos por una calle a la sombra de imponentes robles y grandes casas retiradas tras amplios jardines verdes. Los aspersores salpicaban la hierba.

—Ya ves que para nosotros es raro que alguien venga de visita. Este pueblo no recibe muchos visitantes, la gente no pasa a menudo por aquí, no tenemos carretera interestatal.

Yo miraba nuestros pies caminando por la acera, el paso se nos había acompasado, como si anduviésemos junto a un espejo.

—Cuando tenía más o menos tu edad, calculo, empecé a ir a misas cuáqueras. En aquella época yo vivía por el norte, en una gran ciudad, y el ruido me molestaba, la gente me molestaba, iba para estar tranquilo, para estar con gente tranquila. No sé si lo sabes, pero los cuáqueros, en sus servicios religiosos, no tienen predicador ni nada, creen que todo el mundo debería congregarse en una sala y no decir nada a menos que se sienta realmente llamado a hacerlo en ese preciso instante. Me figuro que en esta congregación sentían esa necesidad todo el rato; si no era uno era otro, pero

siempre había alguien levantándose para tomar la palabra. A veces me parecía que no había ni un minuto de silencio.

El perro que nos acompañaba le ladró a otro chucho que estaba en un porche, detrás de una de las vallas que acabábamos de pasar. El otro perro era amarillento y flaco, estaba enfermo o dormido, las patas las había dejado muertas, sin fuerza, sobre el peldaño de más arriba de las escaleras del porche. El jardín que había frente a la casa era casi todo hierba muerta y rocas y un triciclo tirado por el suelo.

—¡Roscoe! —dijo el hombre—. ¡Ay, no sé qué le pasa! No suele ponerse así.

Roscoe siguió ladrando y gruñendo, pero el perro amarillo casi ni se molestó en levantar la cabeza. Al final, Roscoe lo dejó estar y siguió caminando.

—No suele ponerse así —repitió Roger, negando con la cabeza—. Bueno, a lo que iba, las misas de los cuáqueros. Recuerdo un día que estaba yo allí sentado y una mujer se levantó para tomar la palabra, estaba justo en el ángulo adecuado para que yo pudiera verle los lagrimones, me dio la sensación de que estaba débil, como a punto de desmayarse. Empezó a hablar, noté que la sala la escuchaba de verdad, algo que no pasaba a menudo; la mayoría se levantaban tantas veces que al final nadie escuchaba, pero con esta mujer… Me dio la sensación de que era la primera vez que la veía; mucho menos la había oído hablar. Parecía incómoda, le costó arrancar. Creo que nunca en mi vida me ha emocionado tanto el simple hecho de ver a una persona como cuando vi a aquella mujer, aunque yo era bastante joven, puede que de tu edad. No es porque ella fuese guapa o algo así, era una mujer normalita, si no recuerdo mal, pero tenía una elegancia particular, es difícil de explicar. Me dio la sensación de que le habían hecho mucho daño y que se dedicaba a sobrevivir de una manera que yo, en aquel momento, solo podía empezar a entender. Cuando por fin habló, lo hizo muy despacio, casi como si hubiese ensayado, cosa que habría echado por tierra la finalidad de la misa cuáquera, la verdad, ya sabes, eso de practicar en casa para que te salga perfecto y tal, pero, en todo caso, tampoco estoy diciendo que hubiese ensayado antes, pero había algo tan redondo y definitivo en sus

palabras. Fue como… No sé, es como que de verdad tenía algo que decir. Fueron unas pocas frases, pero recuerdo que, cuando acabó y volvió a sentarse, intenté obligarme a recordar con exactitud lo que había dicho. Seguí repitiéndolas mentalmente, me habían parecido tan útiles y ciertas; intenté aferrarme a aquellas palabras, las repetía una y otra vez, pero incluso entonces se me escapaban… Ya las estaba olvidan do.

»Luego, un par de minutos más tarde, se levantó un hombre a hablar y, en cuanto abrió la boca, olvidé todo lo que había dicho la mujer, hasta la idea en general. Ese es parte del problema de los cuáqueros, al menos para mí, porque, al final, da lo mismo qué se dice en esa sala, siempre se entiende a medias y luego se olvida.

Roger y yo nos quedamos un rato en silencio después de su historia. Seguimos caminando. La camisa blanca se había vuelto translúcida por el sudor en las axilas y en el centro de la espalda. El perro jadeaba y, a veces, le gruñía a nada en particular mientras nos guiaba por la acera, las patitas se movían rápido por el pavimento caliente. A veces sentía como si estuviéramos los tres respirando a compás; otras, que no había ningún tipo de relación, que él paseaba y yo paseaba y nadie era consciente de que la otra persona estaba ahí, que, si yo no hubiese estado, le habría contado la misma historia al perro o a la hierba o a los árboles o al aire.

—Lo que intento decirte es que entiendo por qué alguien puede querer estar en silencio un tiempo. Y no tienes que hablar si sientes que no es el momento adecuado. Si no quieres, no me tienes que decir nada de nada.

Seguimos andando. Yo miraba hacia delante, hacia abajo, a la larga acera. En cierta manera, las calles daban sensación de festivo, de día festivo, y yo no tenía muy claro por qué conocía esa sensación, pero la conocía; una vaga noción de que todo el mundo se ha reunido en alguna parte y no piensan salir hasta que acabe, sea lo que sea lo que estén haciendo. No había coches circulando. No había gente caminando. Solo los aspersores salpicando agua, formando grandes arcos que luego desaparecían, y yo y ese perro y esa persona paseando con todo el calor hacia un lugar desconocido.

—Pero, en cierto momento —dijo Roger—, te tienes que

plantear si permanecer en silencio es algo que está teniendo un efecto positivo o negativo en tu vida. Te tienes que preguntar si es algo que tú haces o algo que se te está imponiendo desde dentro o por alguna razón concreta.

Caminamos un poco más. Dejé de prestarle atención a la acera o a los árboles o al calor. Luego oí a Roger abrir una verja. Seguimos por un caminito de piedras grises hasta una casa de piedra gris. La puerta estaba abierta. Adentro, el ambiente parecía el de una cueva. Paredes azul claro y los muebles, también, tapizados con variaciones de azul: un sofá azul marino, una alfombra azul cerceta y unas cortinas acuareladas.

—Ya he trabajado en casos como el tuyo —dijo—. Bueno, no exactamente como el tuyo, pero muy parecidos. Hay una familia de la iglesia que adoptó a un niño refugiado, un huérfano que venía de un país en guerra y, aunque les habían dicho que el niño hablaba perfectamente nuestro idioma, cuando llegó, tenía un cuadro de salud mental bastante grave, estaba mudo. De hecho, creo que irás a visitarlos, Hilda me lo ha comentado, me ha dicho que te llevarían a cenar a su casa esta noche. Bueno, lo dicho, Nelson, así le pusieron, no me preguntes por qué, después de trabajar unas semanas con él se recuperó del todo. Había visto cosas terribles: toda su familia asesinada, su vecindario bombardeado… Pero no hay nada que no se pueda superar, ¿sabes? Y, según yo lo veo, eso es porque Dios cuida de su rebaño. No digo que tengas que creer en eso si no eres creyente, no soy esa clase de cristiano que piensa que todo el mundo debe creer en lo mismo para que esto funcione, pero sí que pienso que puedo usar lo que sé y lo que siento para ayudarte.

Roger sacó un voluminoso archivador y lo abrió encima de la mesa, entre las sillas donde nos sentábamos. Estaba lleno de sencillos dibujos metidos en funditas, todos los trazos torcidos. Pasó unos cuantos antes de pararse en una página cubierta de líneas finas. Abajo se veía una formita color morado y, arriba, diversas figuras humanas de las que salían garabatos rojos. Los contornos eran intricados pero inexactos; un agujero que no acababa de ser claramente un ojo o una boca, una forma gris alargada que tampoco se veía bien si era una espada o una pistola.

—Este es uno de los dibujos de Nelson, de un sueño que tenía desde muy pequeño. Seguía soñando con eso incluso después de mudarse aquí, pero, después de trabajar juntos unos meses, dejó de tener esas pesadillas.

Roger sonrió y se quedó un momento mirando el dibujo antes de cerrar el archivador y volverlo a guardar.

—Ya ves que, a veces, lo que ocurre es que presenciamos cosas terribles o que esas cosas terribles las vivimos en primera persona e incluso, aunque dejemos de pensar de manera consciente en esos tristes recuerdos para pasar página y poder funcionar en sociedad, a veces, una parte de nuestra mente no deja de darle vueltas a todas esas cosas horribles hasta que encontramos el modo de expresarlas, de sacárnoslas de la cabeza. Para Nelson, con palabras era imposible, pero dibujar lo ayudó a dejar de pensar en el pasado y a empezar a pensar en el presente. La familia que lo acogió, bueno, quiero decir, su nueva familia, su familia legal es afortunada y puede darle todo lo que necesita. Nelson ya no tiene que preocuparse por nada, así que no lo hace. Es muy simple, no puedes dejar que te alteren problemas que ya no existen. Ahora Nelson es un chico de trato fácil, estoy muy orgulloso de él por haber conseguido superar todo aquello. Cuando lo conozcas, verás; sigue siendo un chico callado, pero ya está tranquilo. Ya verás.

Esperamos en la puerta de una casa tan grande que desde la calle no se veía entera —la mitad escondida tras los árboles y los setos esculpidos—. Hilda llamó al timbre y, cuanto más pensaba en la idea de entrar allí, más inverosímil me parecía que me dejasen entrar en semejante lugar —como si no diese la talla para entrar en un espacio como aquel, como si fuera un sitio que yo no tenía por qué pisar—. ¿Acaso alguien podía llamar casa a ese lugar? ¿Acaso había alguien que pudiera deambular por su interior y creer que era el hogar de una persona, más grande que una escuela, que muchas iglesias?

Una mujer nos abrió la puerta, hablando mucho y muy rápido:

—¡Pasad! ¡Pasad! Os damos la bienvenida, qué bien veros, pasad, ¡qué maravilla recibir visitas! Pasad, que afuera hace mucho calor.

No paraba de hacer aspavientos para que entrásemos, agarraba a los niños de los mofletes y les daba besos, abrazos a Hilda y a Steven, y luego me tocó a mí…

—¡Eres una muñequita! ¿Verdad que sí? ¿No es la cosa más mona que habéis visto en vuestra vida? ¿Habíais visto una muñequita más linda que esta? ¿Eh?

Nadie le contestó. La mujer me agarró del brazo un momento.

—Me llamo Kim, pero todo el mundo me llama Kitty, así que puedes llamarme Kitty. —Más aspavientos para indicarnos el camino por un largo pasillo—. Todo el mundo está en el gabinete comiendo queso y galletitas saladas, espero que vengáis con hambre porque le he dicho a la chica que hoy tenemos compañía especial y se ha pasado tres pueblos cocinando. Me he asomado esta tarde a ver cómo iba, ¡y estaba preparando cosas que ni se me habrían ocurrido! Ah, y, escuchad, si necesitáis ir al baño, está al final de este

pasillo, al final a la derecha. Os enseñaría toda la casa, pero ¡perderíamos toda la noche! Además, creo que los niños no se han hecho la cama, casi nunca las hacen, yo no sé ni para qué se lo pido… ¿Para qué se lo pido?

Se detuvo y cogió un cuenco de flores blancas de un pedestal de mármol.

—Holly Henry me ha preparado estos arreglos florales, ¿verdad que tiene mucho gusto? Tiene un don. La llamo para las fiestas y el Festival del Perdón, para las celebraciones y los eventos. ¿No os parece un encanto esta? Ni siquiera sé de dónde consigue las magnolias a estas alturas del año, las tiene que importar de algún sitio. ¿De China? ¡Figuraos, importar magnolias de China! Pero ¿a que huelen bien? ¿Verdad? Ojalá florecieran los magnolios en la época del festival, ¿a que sería maravilloso? Venga, oledlas bien y seguimos…

Mientras avanzábamos por el pasillo, Kitty no dejó de hablar, pero yo no entendía lo que decía. Sentí que el techo estaba demasiado alto, tan alto que puede que, si mirase hacia arriba, no encontrara nada, así que no miré. Continuamos adentrándonos en las profundidades de la casa.

Al final del pasillo había una habitación llena de sofás tapizados en cuero y de sillas, todas mirando hacia una gigantesca pantalla de televisión colgada en la pared, un altar. Había varias personas sentadas, todas parecían variaciones de Kitty —pelo claro, piel luminosa, como si estuviera húmeda, ropa impoluta y bien planchada—, todas vestidas de tonos azules, verdes y blancos, uniformadas cual ejército. Atravesaban el televisor con la mirada. Una persona con un vestido de lentejuelas cantaba con un micrófono en la mano. Algo empalagoso y penetrante flotaba en el ambiente; no eran las flores, era otra cosa, más parecido al olor de la cabecita de un bebé.

—Bueno, han llegado las visitas, apagad eso, ¿queréis? Ahí tenéis limonada, por si os apetece, y colas. Yo a estas horas ya no puedo tomar cafeína, pero hay para quien quiera. Y servíos un platito con lo que os apetezca de picoteo, aunque no os hinchéis demasiado, como os comentaba, la chica lleva to-do el santo día metida en la cocina, haciendo Dios sabe qué. Ay, perdonad que hable así.

Nadie se movió. Ni quienes acabábamos de llegar ni

quienes ya estaban allí.

—Venga, vosotros, apagad ese trasto ya mismito —gritó Kitty sin perder la sonrisa, mirando a toda esa gente que era clavadita a ella.

Un hombre bastante alto, repantigado en una de las sillas, veía la televisión y masticaba la punta de un puro, apuntó a la pantalla con un mando y la cantante se fundió a gris.

—¿Os acordáis todos de todos? Bueno, a Butch ya lo conocéis, claro.

El hombre del puro levantó la mano, casi a modo de saludo, un gesto que Steven le devolvió.

—Y estas son mis hijas, Annie, Rachel y Jill, y mis hijos, Ronnie y Butch hijo —dijo la mujer de carrerilla, sonó entre plegaria y rutina. Las hijas y los hijos estaban como aturdidos, distantes—. ¿Dónde se ha metido Nelson?

—Aún está arriba —dijo una de las niñas sin apartar los ojos de la pantallita que tenía entre las manos.

Era la más pequeña del salón, pero la más idéntica a la madre. Ella y Kitty llevaban el mismo vestido, jerseicito y collar. Ambas lucían una melena pajiza esculpida e inmóvil.

—¡Nelson! —gritó la mujer por las escaleras—. ¡Tenemos compañía! ¡Nelson, baja! Y, cielito —añadió—, recuérdame tu nombre, por favor.

—Altar —dijo Hilda—. Un apodo, por ahora.

—¿Cómo que Altar? ¿Como el de la iglesia?

—Sí —respondió Hilda—, es temporal, solo…

—¡Vaya ocurrencia! Hilda, ¿te hace un vinito blanco? Tengo abierta una botella de pinot grigio y seguro que Butch le puede preparar un whisky a Steven. ¿Os parece? Pero no le vayáis con el cuento a Joe o a Mary-Lee de que os lo habéis pasado pipa, que siempre que vienen escondemos el alcohol, ¡ja, ja!

—¿Qué hostias le pasa a esa gente? —le preguntó Butch a Steven.

—¡Butch! —Kitty lo miró con una expresión rígida y severa —. ¿Qué te tengo dicho? —Y rápidamente se le volvió a endulzar la cara, se relajó y sonrió—. Bueno, bueno, vamos a ver ese pinot.

Recorrí el pasillo para ir al aseo, pasé por delante de una habitación llena de trofeos guardados en vitrinas, otra repleta

de botellas de vino, un dormitorio donde no parecía que hubiesen dormido nunca y otra que, simplemente, estaba vacía, una estancia enorme y vacía. Al final encontré el lavabo, más grande que un coche familiar, todo mármol y cromo, todo impoluto, perfecto. Estuve un buen rato lavándome las manos y, cuando volví al pasillo, vi a una mujer bajita con uniforme blanco, esperando. Me cogió del brazo y me susurró en su idioma:

—*¿Hablas español?*

La miré y no dije nada, asintió como si algo evidente hubiese fluido entre ella y yo, y supiéramos exactamente lo que significaba.

—*Sea lo que sea, pase lo que pase, puedes contarme. Recuerda eso. Ahorita, ándale.*

Enfiló por el pasillo, dio unos cuantos pasos y se volvió otra vez a mirarme.

—*Recuérdalo.*

La miré, me miró. Desapareció al torcer la esquina.

Cuando volví al salón principal, Kitty exclamó:

—Bueno, bueno, ¡aquí estamos! —Me cogió por el codo y me acercó a alguien que no se parecía en nada al resto. Llevaba una gorra de béisbol, vaqueros y una camiseta blanca holgada. A la sombra de la visera, vi una gruesa cicatriz que iba desde la sien hasta el cuello.

La mujer habló a toda prisa, nos hacía gestos a la persona de la gorra, a mí y vuelta a empezar. No parecía darse cuenta de que no la estábamos escuchando —puede que no le importase—. Pronunció la palabra «Nelson» como si fuera un objeto que hubiera deseado mucho tiempo y le hubiese costado conseguir.

—Hola, soy Nelson. —Cada palabra sonaba a esfuerzo, cada palabra salía clara.

—Aquí tenemos a Altar, cielo, como el de la iglesia, ¿no te parece especial? Altar no es muy locuaz, pero seguro que os lleváis de maravilla. Bueno, cielo, creo que, quizá, se te ha olvidado que hay que quitarse la gorra, cielo, ya lo hemos hablado, ¿verdad que sí? ¿Verdad que hemos hablado de cómo comportarnos cuando hay visita?

—Deja al chico en paz, ya se apañará con lo que hace —gritó Butch desde la otra punta de la habitación, agitando un

vaso lleno de hielo medio derretido.

La mujer de blanco que me había abordado al salir del baño apareció a su lado, le sirvió más bebida y volvió a desaparecer por un pasillo.

Sin quitarse la gorra o sin hacer patente que había escuchado lo que le habían dicho, Nelson se acercó al minibar y sacó una lata roja de refresco, la abrió y salió de la habitación. Kitty les dijo algo en voz baja a Hilda y a Steven, la primera vez desde nuestra llegada; ambos asintieron con una expresión de horror, impresionados. La mujer del uniforme blanco apareció al lado de Kitty y le dijo «Cena lista» con una voz minúscula; todo el mundo las siguió por otro pasillo, pasamos por delante de varias habitaciones y puertas cerradas, arreglos florales y cientos de fotografías enmarcadas de Kitty, Butch y toda esa gente. Llegamos a un comedor con una mesa muy larga, cuencos enormes y fuentes de comida, más variada y abundante incluso que la noche anterior. Nelson estaba sentado en una esquina de la mesa y a mí me indicaron que me sentara a su lado. Cuando todos se hubieron sentado, unieron las manos, pero la silla de mi lado se había dejado vacía y Nelson no me cogió la mano, se limitó a mirarme de reojo con algo parecido a una sonrisa. Cerraron los ojos mientras Butch pronunciaba una parrafada que se sabía de memoria y, cuando acabó la retahíla, añadió: «Y que Dios bendiga a Nelson y que Dios bendiga a Altar, amén». Su concentración, torpe y honesta, como un niño que pega dos trozos de papel.

La fuente que tenía delante estaba a rebosar de comida, suaves montoncitos que rezumaban aceite. Había pasado hambre durante tanto tiempo y la conocía tan bien que me costaba reconocer la saciedad, pero ahora, delante de todo esto, casi ni podía probar bocado. Desde que me desperté frente al altar, las comidas habían sido infinitas y deseaba poder volver atrás y darme uno de aquellos platos en los días que había pasado hambre o bien llevármelos a un lugar donde otra persona estuviese pasando hambre, seguro que había un lugar donde alguien no tuviera nada que llevarse a la boca. Nelson engulló como si estuviera compitiendo con alguien, la garganta era un tragar constante. ¿Cómo era posible que me hubiese olvidado del hambre, una sensación

que conocía tan bien? Nelson pinchó un buen trozo de carne oscura de mi plato y dio buena cuenta de él, sin mirarme.

En el resto de la mesa, conversaciones solapadas; se pasaban cuencos y fuentes. La mujer del uniforme blanco pululaba a nuestro alrededor, rellenando vasos con agua, té helado o vino.

Nelson, después de dejar impoluto su plato y el mío, apartó la silla de la mesa, se levantó y yo, por instinto, lo seguí.

—¿No queréis nada de postre? —nos preguntó la mujer que presidía la mesa.

—No, señora —dijo Nelson—. No, gracias.

—Hay tarta de nueces pacanas. Creo que no viviré para ver el día que…

—No, señora —repitió Nelson—. No, gracias.

—Le ha dado por jugar a las damas en el porche trasero después de cenar —le explicó a Hilda y a Steven—. Antes Ronnie jugaba con él, pero me figuro que ya se habrá aburrido, quién sabe, y ahora el pobre de Nelson juega solo, por lo que está muy bien que hoy tenga compañía. Aunque, la verdad, no sé cómo aguanta estar fuera con este bochorno, será por su país de origen, ¿no? Seguro que le recuerda a sus orígenes…

Nelson cerró la puerta para dejar de oírla.

En una de las esquinas del porche cerrado con mosquiteras había una mesita baja con un tablero de damas y unos cojines que les había quitado a las sillas. Nos sentamos en el suelo. Nelson sacó de debajo de la mesa un vaso de tubo de plástico con una pajita y le dio un buen sorbo, hizo una mueca y luego me lo pasó.

—Es whisky —me dijo— con un poco de Coca-Cola.

Le di un buen sorbo, pensé en la mujer de la gasolinera a la que conocí hace tiempo. Hasta la calima era calimosa. Le di otro sorbo y sentí que se me aflojaban los hombros, sentí mi cuerpo acomodarse más cerca del suelo. Le sonreí. Nelson me sonrió también, cogió el vaso y le dio otro trago.

—En verdad no juego a las damas —dijo en voz baja, sin apenas mover la boca, echando un vistazo hacia la puerta—. Me guardo aquí mi vaso. Aquí me dejan tranquilo y puedo beber en paz. Dos años más y me largo. Me piraré y no volveré nunca. —Bebió un poco más y luego esparció las

fichas negras y rojas por el tablero, una acción mecánica de algo que había hecho cientos de veces—. Nunca —añadió.

Puso de canto una de las fichas y la movió hacia delante y hacia atrás como si fuera una rueda que no podía ir a ninguna parte.

—¿Cuántos años tienes? —Estuvo un rato esperando a que le contestase. Negué con la cabeza—. No les diré que has abierto la boca.

Miré hacia el jardín; senderos de ladrillo alumbrados por farolitos que serpenteaban entre fuentes y franjas de césped y arriates que descansaban durante la noche. En uno de los rincones del jardín se alzaba un árbol gigantesco iluminado desde abajo, proyectaba sombras agónicas.

—No lo sé.

Asintió.

—¿Y de dónde vienes?

Me encogí de hombros.

—¿Es verdad que te encontraron en una iglesia?

—Estaba durmiendo —dije.

—Sí, ahí poco más puedes hacer. Me llevan todas las semanas. Matan a mi familia en nombre de Dios y va y ahora esta gente quiere que cante himnos como si todo hubiera sido un malentendido. Habrá sido otro tipo.

Con una ficha roja saltó en diagonal sobre una negra, luego, con una negra, saltó sobre una roja, una partida contra él mismo.

—No soy tan tonto como piensan. He leído libros de historia, su Biblia. Está todo ahí. —Dejó de jugar abruptamente, se reclinó hacia atrás, parecía que tenía la cabeza suelta—. Haces bien en no decir nada. Ellos oyen lo que quieren oír. Cuanto más dices, más cosas usan en tu contra. Igual si pensaran que estoy mudo me dejarían más en paz.

Le dio otro sorbito al vaso, me lo ofreció y lo cogí. En cuanto oímos abrirse la puerta y que Butch nos llamaba, lo volvió a guardar bajo la mesa.

—¿Cómo va la cosa por aquí? —Un puro enturbiaba su voz.

—Bien —dijo Nelson.

—¿Quién va ganando?

—Altar —dijo Nelson.

—Estupendo. —Butch cerró la puerta.

Nelson se inclinó sobre las rodillas con un codo apoyado en cada una y se quedó mirando al suelo un instante.

—Tienes un pase… No he conocido a mucha gente que tenga un pase, al menos no aquí, pero… tú no estás mal.

Siguió mirando al suelo y, cuando volvió a hablar, su voz sonó más baja y desdibujada, como si se estuviera deshaciendo en agua.

—Me sabe mal que hayas acabado aquí o que te abandonaran aquí, o lo que sea. Cuando tenga dieciocho años igual te puedo ayudar a escapar, pero ahora me tengo que ir, ¿vale? Tengo cosas que hacer, ¿de acuerdo? Mejor quédate aquí fuera. Seguro que Butch no vuelve a ver cómo estamos hasta dentro de unos minutos. No tienes que volver a entrar ni nada, te veo aquí dentro de diez minutos, más o menos. ¿De acuerdo?

Asentí.

—Puedes beberte lo que queda —dijo mientras salía al jardín.

Oí sus pasos apresurarse hasta que desaparecieron. El árbol iluminado seguía ahí y, sin darme cuenta, me vi caminando hacia él, sentía la atracción de su dolor maderoso. ¿Por qué no le podían apagar las luces? ¿Por qué no lo dejaban dormir? Me puse delante de uno de los focos, intenté taparlo con las manos, pero de poco sirvió.

—Nelson, eso es…

Kitty había salido, cigarrillo en mano.

—Uy, Altar, cariño, pensaba que eras Nelson. Suele rondar por aquí de noche. Yo… no suelo… Ya sabes que fumar mata, sí, aunque también tiene cosas buenas… De algo sirve antes de dejarte hecha un asco por dentro.

Se rio un poquito, una risa solitaria que pronto se extinguió.

—Esta época del año… me pone muy nerviosa, así que me permito uno por la mañana y uno después de cenar, pero solo la semana antes del festival. —No me miraba a mí directamente, sino hacia la casa, donde las ventanas tenían un relumbre amarillo—. Es una buena época del año, una época muy bonita, pero no sé…, me pongo nerviosa. —Su mirada tenía un aspecto diferente fuera de la casa. Como si no

pudiera enterrarse tan bien detrás de sus ojos.

Levantó la vista hacia el árbol y dio una buena calada.

—¿No te parece como si estuviera a punto de agarrar algo? Me encantan estas encinas, creo que las llaman encinas del sur. Ojalá supiera los nombres de todas las plantas que hay por aquí, lo he intentado, pero se me olvidan… Ese de ahí sé que es un cornejo. —Lo señaló con el cigarrillo y dio otra buena calada—. Ese es un magnolio, los dos de ahí son magnolios, los más pequeños. —El magnolio parecía exhausto, lastrado, agotado bajo todas esas hojas verde oscuro.

»Me encantaría que floreciesen en esta época, me aliviaría un poco, pero por mucho que le digas al árbol… ¡poco te va a escuchar!

Nos quedamos allí un rato en silencio, escuchando su respiración ahumada y el ruido suave de los grillos que nos rodeaban.

—Ya es raro que hayas aparecido justo esta semana entre todas las semanas que podrías haber aparecido. No sé lo que te han contado sobre este sábado, pero no tienes nada de qué preocuparte. Estoy segura de que Nelson te contará de mil amores lo que sabe del festival; con el tiempo ha llegado a disfrutarlo, creo, y, una vez pasa, se le hace más fácil ir al instituto. Ya verás. Después de este fin de semana todo el mundo está más tranquilo. Aunque es cierto que los días de antes son un poco más peligrosos…, en especial esta semana. La gente se pone nerviosa, creo yo. Pierden la compostura. Es la naturaleza humana.

»Pero hace maravillas por la comunidad. Recuerdo cuando empezamos con todo lo del festival, hace ya unos años, y todos los reverendos de todas las iglesias tuvieron que convencernos de que era algo positivo. El día de después le dije a Butch: “Butch, por mucho que a la gente le guste hablar, ¡seguro que hay muchísimas cosas que no dicen!”.

Vi el humo quebrarse en su risa.

Apagó la colilla en el suelo y luego la tiró en un botecito de cristal que se sacó del bolso. Me miró mientras enroscaba la tapa bien fuerte.

—¿Sabes que mataría por tener una piel como la tuya? ¿Qué es, genética? ¿Es cosa de familia o qué? Seguro que sí.

Tienes cutis de bebé, pero no eres tan joven para tener la piel tan perfecta.

Echamos a caminar hacia la casa.

—Nosotras…, bueno…, ¡ya desde el primer día la piel se nos empieza a caer a trozos! ¡Ja, ja! Arrugada y con manchitas, un desastre a menos que te gastes una fortuna en potingues. ¡Ja! ¿No te parece fea? ¿No lo es? ¿No te parece que la piel es un horror? No te da tregua ni un minuto. ¡Ni un minuto!

Cuando nos fuimos acercando al porche, Nelson se levantó.

—Mira a quién me he encontrado en el jardín —le dijo Kitty.

—Ya —respondió Nelson.

—¿Le estabas enseñando el jardín? Qué bien, ¿no?

Kitty sacó un caramelito de menta el bolso y se lo metió en la boca, se echó perfume por el pelo y por el vestido. Butch estaba junto a la puerta cuando entramos.

—Ojalá dejaras de echarte la colonia esa cada noche, Kitty. Como si tapase algo, carajo…

—Solo estaba paseando —dijo Kitty—. Ya sabes que me encanta ver el jardín de noche. Estábamos dando un paseo aquí los tres.

Martes

Roger dejó una pila de folios y una caja de lápices de colores delante de mí, pero yo solo quería mirar por la ventana que había sobre el fregadero, mirar la manera en que el viento movía las hojas, grandes y planas, del árbol del jardín. Roscoe sesteaba bajo la mesa. Roger no paraba de decirme que él tenía todo el día, que teníamos todo el día, que podíamos sentarnos y no hacer nada, no había ningún problema. A veces me acercaba rodando un lápiz y me sugería que dibujase lo que se me pasara por la cabeza, que me relajase y que dibujara de dónde venía, que me relajase y pensara en quién era y en lo que me había ocurrido antes de llegar allí.

—No tiene por qué ser nada concreto. Puede ser algo abstracto. ¿Sabes lo que significa «abstracto»? Significa que no se parece a algo real, son formas que no tienen correspondencia directa con nada o puede que recuerden a un pensamiento… o a una sensación. Solo formas y colores, líneas, lo que quieras.

Roger cogió un folio, sacó un lápiz gris y dibujó un cuadrado grande. Se quedó mirándolo un momento. Dibujó otro dentro del primero. Volvió a meter con delicadeza el lápiz en el estuche, sacó uno rojo y trazó una línea que atravesó el centro de ambos cuadrados.

—Mira, este dibujo representa cómo me siento ahora. Es abstracto, aunque creo que se podría decir que se parece a algo, más o menos. Podríamos decir que es una pantalla de televisión, un mapa o algo parecido, pero no es nada concreto. Eso es lo que significa «abstracto». Sensaciones, nada más. ¿Me entiendes?

Asentí. Roger también asintió. Echó un vistazo al dibujo, parecía a punto de tomar una decisión, luego apartó la hoja.

—¿Quieres probar? Igual puedes dibujar algo sobre cómo te

sientes esta mañana o sobre cómo te has sentido en el pasado. Algo de tu lugar de origen. Algún recuerdo. No te tiene por qué salir perfecto. Y puedes empezar de cero todas las veces que quieras, arrancas la hoja y tiras lo que no te guste. Puedes hacer todos los dibujos que te apetezca.

Pensé en la garza blanca que vi volando por la linde de una hilera de árboles que se ensombreció justo después del atardecer una noche en la que no encontré ninguna iglesia y acabé durmiendo en el campo. Había dos garcetas, como si esperasen algo —las garcetas parece que siempre estén esperando a que pase algo—. Me quedé mirándolas hasta que oscureció demasiado para distinguir nada.

Cogí un lápiz y dibujé la forma de una garceta en pleno vuelo a cierta distancia. El papel era blanco y el lápiz era blanco, pero el tenue contorno del ave —las alas, el cuello, la cabeza, el cuerpo— creó un suave relieve en la página. Cogí un lápiz gris y otro azul, y rellené el resto de la hoja, despacito, con líneas entrecruzadas, luego se la di a Roger deslizándola sobre la mesa.

—Gracias —dijo mientras la estudiaba.

También dijo más cosas, con mucha calma y tiento, me explicó cómo «trabajaba» con sus «pacientes», lo que hacía con sus dibujos, las cosas que le dicen. «Las cosas que nos dicen».

Yo escuchaba sin escuchar. Evitaba el contacto visual. Bajo la mesa, el perro roncaba y suspiraba. En la calle, las ramas del árbol habían dejado de moverse, fijas como una fotografía. Roger me dio más papel y lápices, me pidió que dibujase lo que me hacía sentir ese dibujo.

—Puede ser abstracto.

Sentí como si se me revolviese algo en la tripa.

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes? ¿Todo en orden? ¿Quieres agua? ¿Algo?

Negué con la cabeza.

—Lo único que tienes que hacer es recordar cómo te has sentido al hacer ese dibujo. ¿Puedes hacerlo por mí? Solo te pido un dibujito sobre ese primer dibujo, una sensación sobre un recuerdo. Estamos intentando comprender, ¿me entiendes? Así funcionamos. No podemos vivir las vidas de los demás, no podemos ver sus recuerdos o sentimientos, así que intentamos

encontrar maneras de comunicarnos. Después de este recuerdo, ¿qué te viene a la cabeza? ¿Qué otros recuerdos o sensaciones lo envuelven?

No pensé en casi nada. Roger me miraba y tomaba notas en un gran cuaderno amarillo. Escuché el susurro del lápiz sobre la página. Roscoe se había levantado, saltó a mi regazo y, cuando Roger intentó agarrarlo, el perro gruñó y le ladró, luego volvió a mirarme con ojos empañados y tranquilos.

—Bueno, Roscoe, tú ganas —dijo su dueño, aunque el perro no hizo nada que se pudiera interpretar como una respuesta, se limitó a aposentar todo su peso caliente en mi regazo—. ¿A ti qué narices te pasa hoy? —le preguntó Roger al perro, que tampoco respondió—. Bueno, mira, por lo menos le caes bien, no sé por qué, pero hay mucha gente a la que no soporta.

No hice más dibujos, tampoco tenía nada más que decir. Roscoe se quedó profundamente dormido en mi regazo, yo estuve toda la mañana mirando por la ventana las gruesas hojas inmóviles o mecidas por el viento hasta que Roger me trajo un sándwich en un plato. Encendió el televisor que había en un rincón y me dio el mando. Lo dejé en la mesa, en la pantalla había unos niños comiendo unos cereales que hacían que les creciesen alas y pudiesen volar.

—Cambia de canal si quieres, ¿eh? Yo estaré en el otro cuarto trabajando un poco. Hilda vendrá enseguida a buscarte.

Cuando volví a fijarme en la televisión, los niños habían desaparecido y un hombre trajeado y canoso hablaba de seguros de vida. Me comí el sándwich. En la tele apareció un mapa de la ciudad con una masa de nubes animada. Salió una mujer sonriendo y explicó lo que creía que el cielo iba a hacer en los próximos cinco días.

Me acabé el almuerzo. Se me quedó en la boca un regusto metálico, cárnico. Roscoe me chupó las manos, paró al oír que la puerta trasera se abría, pero enseguida volvió a lo suyo. Oímos la voz de Hilda, una puerta que se cerraba. Roger le ofreció un café, pero ella declinó la invitación.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó.

—Bueno, el chico ha estado dibujando algo…

—¿El chico?

—Bueno, yo, no sé, la verdad…

Bajaron la voz, casi desaparecieron del todo. Roger cerró la puerta que separaba ambas habitaciones. La mujer del mapa ya no estaba en pantalla y, durante unos instantes, no pasó nada en la tele. Todo estaba en blanco, en silencio, sin formas, un silencio nítido hasta que aparecieron dos hombres, así, de repente.

A su lado, una niñita punteaba una guitarra de tamaño infantil con mucha concentración, no parecía interesada en hablar o en que le dijesen nada. Uno de los hombres le preguntó: «¿Por qué no nos tocas una cancioncilla?». Empezó a rasgar las cuerdas con rapidez y convicción como si fuera una maquinita a la que acababan de enchufar, tenía una expresión fija, triste. Los adultos aplaudieron; la niña tocó su música movidita y la cámara enfocaba su rostro inmóvil, luego las manos, que tocaban a toda velocidad. Abajo, un rótulo: NIÑA PRODIGIO DEJA SIN HABLA AL PROFESOR DE MÚSICA DEL PUEBLO.

—Roger te ha pedido una cita en el centro médico de Monroe mañana por la mañana —dijo Hilda después de un minuto de silencio en el coche—. Le preocupa por lo que hayas podido pasar y quiere tener una segunda opinión.

Volvió a quedarse en silencio, no dijo nada mientras dejábamos atrás unas cuantas manzanas.

—Yo también creo que es buena idea pedir una segunda opinión. La gente dice que siempre es bueno pedirla. Además, en el consultorio te pueden hacer una exploración…, un examen rápido, nada más, para asegurarse de que está todo en su sitio. En fin, ahora vamos a ver al pastor que lleva la programación infantil de la iglesia. Me ha pedido que le hagamos una visita. Sonny. Todo el mundo lo llama por su nombre de pila. Es muy cercano. Se encarga del grupo de *scouts* y de otras actividades.

Cuando salimos del coche, reconocí la iglesia en la que me encontraron y, por un momento, me quedé pensando si acaso no pretendían dejarme otra vez frente al altar para que desapareciera y volviese al lugar del que había venido. Seguí los pasos de Hilda por una puerta lateral y luego por un pasillo cubierto con una mullida moqueta roja. La seguí por una amplia escalinata y luego bajamos a otro pasillo que daba a una puerta negra donde ponía PASTOR – ACTIVIDADES INFANTILES con letras pintadas en blanco, muy definidas. Por el suelo se colaba el sonido de un piano, alguien empezaba a tocar, paraba y volvía a empezar, practicaba escalas. Hilda llamó a la puerta y alguien gritó: «Adelante».

El despacho estaba lleno de plantas, una enredadera trepaba por la pared y rodeaba una ventana. Repartidos por la sala había pequeños cuencos de caramelitos morados. Sonny se acercó, dijo algo, envolvió las manos de Hilda entre las suyas y se las estrechó con fuerza. Ella se volvió hacia mí

y me dijo:

—Este es Sonny. —Luego miró a Sonny y dijo—: Te presento a Altar.

Sonny sonrió.

—¿Bien? —nos preguntó Hilda sin preguntarle a nadie en concreto—. Bueno, supongo que aquí os dejo. —Y se fue.

Sonny me miró como si le acabaran de dar una terrible noticia y estuviera intentando guardar el secreto. Cogió un puñadito de caramelos del cuenco de su mesa y se los metió en la boca mientras me indicaba que me sentase en un sillón que había en uno de los lados del despacho. Se sentó enfrente y me acercó uno de los cuencos.

—Es mi pecadillo. Soy muy de dulce.

Se metió otro puñado en la boca. En la mesita que separaba los dos sillones había una maceta con una planta en flor, una baraja y tres gruesos cuadernos sin estrenar.

—Menudo revuelo has causado en el pueblo, ¿eh? Seguro que lo sabes. No tenemos visitas muy a menudo. No hay mucho turismo por aquí. —Sonrió, cruzó las piernas.

En el piso de abajo se oía otra vez el piano, unas voces reunidas en una sala —sonaba como lluvia sobre el tejado—, una risa por aquí, otra por allá, luego todo paró en seco y habló una voz, entonces oímos cantos acompañados de un par de notas de piano.

—Ensayo del coro —dijo Sonny—. Los martes son mi día preferido. ¿Los oíste cantar el domingo pasado? Seguro que sí. Es precioso, de verdad.

Esta vez el piano se arrancó a tocar más fuerte y un conjunto de voces cantó al unísono. Sonny escuchaba, bajó la mirada y apuntó hacia el suelo con las orejas. Cantó en silencio moviendo la boca.

—Uy, qué bien que estén ensayando esta hoy… —Se arrellanó en el sillón—. Es perfecta.

Nos llegaron las voces con más claridad y Sonny se sumó al canto.

Tarareaba y cantaba bajito siguiendo el ritmo del piano.

—No me sé la letra de memoria, pero sí que me acuerdo de la historia de esta canción. La escribió un señor en el siglo XIX, si no me equivoco, aunque no me acuerdo del nombre. Era compositor, escribía canciones, himnos, puede que también

otro tipo de piezas musicales, y un día va y el hombre se entera de que sus cuatro hijas, ojo al dato, ¡cuatro hijas! ¿Te imaginas? Bueno, el caso es que se entera de que sus chiquillas, que estaban cruzando el Atlántico para venir a Estados Unidos, creo, el caso es que se entera de que han naufragado y están todas muertas. Puede que su mujer también, o puede que su señora muriese justo antes del suceso y quizá tenía un niño, me da que el crío también murió, pero lo que sí que está claro es que las cuatro muchachas perdieron la vida en aquella tragedia. Cuando le llega la noticia, el hombre se sienta a componer este himno, «It Is Well with My Soul». Trata de que, aunque vengan mal dadas, por mucho que Satán te ponga a prueba y todos tus seres queridos mueran, tienes que seguir adelante con la cabeza bien alta, tienes que seguir confiando en el Señor. Al menos, esa es la lección que saco yo de esa historia. Es fácil caer en la autocompasión cuando pasan desgracias, incluso de las gordas. Pero no puedes, no puedes. No hay ni que pensarlo. Entiendo que no es fácil, claro, requiere mucha práctica, no siempre nos sale natural, al menos no a la mayoría.

Estuvo asintiendo un rato, como dándose la razón, sin dejar de prestar atención al coro, que volvía a cantar esos versos: *«It is well, it is well… with… my soul!»*.[1]

—Me han dicho que has conocido a Nelson, ¿verdad?

Asentí. Sonny volvió a meterse unos cuantos caramelos en la boca y empezó a hablar sin habérselos tragado todavía.

—Qué pieza, ¿eh? Ha pasado lo suyo. Se parece mucho a ti en lo de que no os gusta hablar de lo que habéis vivido, pero, ay, Señor, ay… —Sonny miró por la ventana, masticaba y tragaba despacio, con la mirada perdida; negó con la cabeza —. Vio cómo asesinaban a toda su familia, él por poco no lo cuenta… Y luego tuvo que pasar por el infierno del proceso de inmigración, mira, ni te imaginas lo complicado, lo ridículo, lo inhumano que es, y eso que ya había aquí una familia dispuesta a acogerlo. Tardó casi dos años más de lo previsto en llegar al pueblo. Le tocó vivir solo en un campo de refugiados, él pensaba que nunca saldría de allí. Casi sin escuela, casi sin nada. Ahora tiene una buena vida, claro, una casa bonita, una familia que lo cuida y a todo el mundo a su

disposición, pero, madre mía, pasaría las de Caín.

Sonny volvió a mirar por la ventana, ahuecó la mano sobre las cejas, como si quisiera protegerse de algo.

—Como te podrás imaginar, todo el mundo se pregunta por lo que habrás pasado. Y es verdad que no es asunto de nadie, eso lo tenemos claro, igual que tú. La vida de una persona es algo que queda entre esa persona, el Señor y su familia, pero nos preguntamos qué podemos hacer para ayudarte. Y confiamos en que podremos ayudarte mejor si sabemos un par de cosas sobre el lugar del que provienes.

Sonny barajó las cartas y empezó a bajarlas a la mesa para jugar al solitario. Recuerdo ver a la mujer de la gasolinera jugando a ese juego y explicándomelo: «Es un juego para la gente que no disfruta mucho de la compañía».

—Qué tiempos más confusos, ¿no crees? —me preguntó Sonny. Reparé en sus dientes, de un lila claro—. Países, gobiernos matando a gente a montones, arrasando ciudades con guerras, asesinando mujeres y criaturas. —Jugaba rápido, le daba la vuelta a una carta, luego a otra; el mazo iba menguando, era suave y estaba desgastado por los bordes—. Es un desastre, terrible. Mires donde mires ves sufrimiento. A veces, incluso aquí, en nuestro país, parece que los hombres y las mujeres se han dado la espalda. Cuánta amargura. Todo el mundo quiere llevar razón.

Bajó una carta despacio, con firmeza, y sonrió con una sonrisa que parecía solo para él.

—Vivir es sufrir, qué gran verdad. Los budistas tienen mucha razón en eso, ya te lo digo yo. Nada es fácil en esta tierra. Incluso el himno del que te hablaba antes… Resulta que, unos meses después de que acabase la letra, el hombre que lo ayudó a componer la música iba en un tren que descarriló y también murió. Así que el señor pierde a toda su familia y luego al compañero que lo ayudó a componer la canción sobre su pérdida.

Sonny había acabado la partida al solitario. Había ganado, supongo, así que barajó todas las cartas para unirlas en un solo mazo y cogió otro puñadito de caramelos.

—Lo que intento decirte, y mira que yo no soy como el reverendo, yo no soy tan bueno dando discursos así de buenas a primeras —dijo e hizo una breve pausa; ahora tenía toda la

boca morada, la lengua, los dientes, irreales, como manchados de tinta—. Lo que intento decirte es que, te haya pasado lo que te haya pasado, aquí hay un sitio para ti, no pienses que fue el azar lo que te llevó a elegir nuestra iglesia para dormir aquella noche ni que fue casualidad que te encontráramos aquí. Criatura, cuando te sientas con fuerzas para hablar, aquí estoy para escucharte.

Nos levantamos, me puso una mano en el hombro y me miró. Abajo el coro seguía cantando. Sus voces hacían que el suelo se estremeciese.

«Bien, ¿cómo estás?», dijo el loro mirando a la pared y asintiendo. «Bien, ¿cómo estás?».

Me senté en la salita que había al lado de la cocina con un vaso de leche y «algo de dulce», como dijo Hilda, una porción cuadrada de tarta negra para rematar mi larga jornada. Yo contemplaba el cielo nocturno por la ventana y, cuando me acerqué a tocar el cristal, noté que aún conservaba el calor. No se había ido, nunca se iba, era constante.

A través de la pared se oía el murmullo de la televisión, Jack estaba viendo algo, oí los golpes de la pelota que tiraba y recogía.

—Jack —gritó Steven desde la cocina.

—¿Qué?

—Apaga la tele y al sobre.

—Pero si van a poner ahora las repeticiones…

—He dicho que a la cama.

—Pero si Altar aún no se ha ido a dormir.

—Me da tres cuartos de lo mismo, tú eres mi hijo y Altar no. Te estoy diciendo que apagues la tele y que te vayas a la cama.

Dejó de oírse la emisión. Jack se alejó de mala leche por el pasillo y se encerró en su cuarto de un portazo. El ambiente de la casa era tranquilo, agradable, solo interrumpido por los susurros de Steven y Hilda en la cocina.

Cerré los ojos y me imaginé una vida en la que solo se viesen nuestros pensamientos y emociones, en la que los cuerpos no fuesen carne, sino algo diferente, algo más que toda esta piel, todo este peso. Por unos instantes olvidé dónde estaba. Me acabé el vasito de leche sin darme cuenta, me atrapó la idea de un mundo descarnado en el que las ideas pudieran contener otras ideas, donde los pensamientos pudieran ver otros pensamientos, donde siguiéramos con vida

mediante el pensamiento y muriésemos al dejar de pensar. De algún modo, nuestros cuerpos no nos retendrían como nos pasa aquí. De algún modo, no determinarían nuestras vidas, las de los demás, las maneras en que pueden converger o no converger con la del resto. No tendríamos que dormir ni que dar portazos o existir en esas células que se comen a otras células y al final mueren igual; esas células en las que vivimos.

«Bien», dijo el loro, esta vez solo esa palabra, una larga pausa y: «Bien, ¿cómo estás?».

Hilda y Steven entraron, sonrojados y tensos.

—Entiendo que no te pondrás a hablar ahora —me dijo Steven—, pero si hay algo que nos tengas que decir, algo sobre lo que sincerarte…, ¿podrías hacerlo ahora mismo?

Hilda recogió el vaso y el plato ya vacíos.

—Mañana va a ser un día más ajetreado que el de hoy —dijo ella sin dejar de recoger—, tendrás que ir a ver al especialista a Monroe, para el que Roger te ha pedido cita, y todo será mucho más fácil si primero hablas con nosotros un poquito. Allí van a tener que echarte un vistazo… para asegurarse de que todo está bien.

Yo era incapaz de hablar. Incapaz de decirles nada. Nos quedamos en silencio, sin movernos de la silla.

—Puede que ya te hayas enterado de que este sábado es el festival. Es un momento muy importante del año y para toda la comunidad es fundamental que se sume todo el pueblo y que todo el mundo entienda lo imprescindible que es su participación.

—Es una festividad muy bonita —siguió Hilda, vertía la voz, como si fuera líquida—, muy significativa…

—Sí, y nos encantaría que participases con el resto, aunque no entiendas del todo el sentido que tiene.

A Hilda se le escaparon un par de lágrimas. Se enjugó las de un ojo, luego del otro, volvió al primero y siguió así. Steven la abrazó por la cintura, se calmó.

—La gente sentirá curiosidad al tener a una persona nueva en la comunidad —prosiguió Steven—. Es natural, por eso queremos asegurarnos de que estás bien, de que estás en condiciones de unirte a nosotros en esta celebración tan importante, sabemos que la gente de fuera no siempre la

entiende.

Nos quedamos en silencio un momento. En la cocina gruñó un electrodoméstico.

—Ay —dijo Hilda—, una cosa más. Había pensado que igual te apetece darte un baño. No te has duchado ni nada desde que llegaste y, bueno, no sé, he pensado que igual te apetece. Te lo estoy preparando en el baño del fondo.

Nos levantamos y fuimos hacia allí, Hilda cerró el grifo, la bañera estaba casi llena.

—Y, si quieres —dijo Steven—, Hilda te puede lavar la ropa.

Negué con la cabeza.

—¿De verdad que no quieres? —preguntó la mujer—. No me cuesta nada, palabra.

—No le cuesta nada. La tendrá planchada y lista por la mañana.

—Yo nunca duermo —añadió Hilda.

—Es verdad, casi no duerme, sobre todo con la cantidad de colada que hay.

—Cierto es.

Volví a negar con la cabeza. Me dejaron con mi baño y cerraron la puerta. Me quité la ropa. Salía vapor del agua y el agua se movía y generaba vapor. Miré la bañera llena, luego mi cuerpo. ¿Sentirá todo el mundo esa soledad vacilante y animal después de desnudarse? ¿Cómo puedo seguir dentro de esta cosa, respondiendo a sus infinitas necesidades y traiciones? El cuarto de baño era todo blanco y gris, y el aire era caliente y el aire se me pegaba y yo me pegaba a esta carne a la que todos esos siglos desconocidos de sangre habían insuflado vida. Tenía que ocuparme de esta carne como si fuera un regalo de corazón, como si hubiese valido la pena. ¿Por qué vivir me parecía tan invisible en su brevedad y al mismo tiempo de una eternidad tan insoportable?

Con cuidado, me metí en el agua caliente y ahí me quedé un rato —segundos, minutos, no lo sé—, luego volví a salir, me sequé con una toalla mullida, me puse otra vez los pantalones y la camisa, y volví a salir al pasillo. Hilda y Steven seguían allí, en la oscuridad, muy juntos, como si hubieran estado cuchicheando.

—Buenas noches —dijeron, primero uno, luego la otra.

Asentí mientras avanzaba a tientas con una mano en la pared, de vuelta al desván.

Ya arriba, me tumbé en la cama; por la ventana redonda se colaba la luna, llena, de un blanco puro, brillaba tanto que casi parecía que hacía ruido. Aunque cerrase los ojos, seguía sintiendo el relumbre atravesarme los párpados; me quedé así, bajo la luz, me acerqué a algo parecido al sueño sin que fuese sueño de verdad, un carrusel de imágenes o sentimientos que pasaban por delante y no me decían nada.

La noche me enterraba. El cuerpo muerto, pensé. Seguía sonriendo. El cuerpo es tu tumba.

Al cabo de un rato, me levanté, bajé sigilosamente por las escaleras para no despertar a nadie, salí de la casa azul y negra al jardín para poder ver bien la luna. Qué suerte tenemos de que exista la luna. Sentí como si ya nadie se parase a mirar al cielo. ¿Se nos había olvidado que estaba ahí? Con todo este tiempo bajo la bóveda, nos olvidamos. Puede que algún día nos abandone y entonces nos daremos cuenta de lo que es.

Oí un portazo en la casa y vi salir a Jack. El aire entre nosotros era como una charca de agua tibia. Vacilante, en el porche, levantó la vista hacia la luna y luego me miró. Sentí como si quisiera asustarme, pero no tuve miedo; al fin y al cabo, ahí estaba la luna, la noche en calma, cálida, la brisa amable y todo era nuestro.

Desde las escaleras del porche, medio gritando medio susurrando, me dijo:

—Ni siquiera sabemos si eres un chico o una chica o de dónde vienes, ni nada, y estás durmiendo en mi cama. En mi cama. Qué asco. Deberías largarte por donde has venido, vete y déjanos en paz.

Al otro lado de la calle, se volcó un cubo de basura y se encendió la luz del jardín de una casa, y un perro salió corriendo, ladrando, persiguiendo algo. Luego se disparó la alarma de un coche, se sumó otro coche, un gato bufó, maulló.

Jack se me fue acercando, aún hablando en ese susurro gritón. Me alejé por el jardín y vi a una señora mayor mirando por la ventana de la casa de al lado y cerrándose el batín a la altura del cuello. No sabía qué hacer con las manos,

mi cuerpo y yo no sabíamos ni adónde se nos permitía ir y si acaso había algún lugar al que pudiera ir sin que me vieran. Cuando me volví para mirarlo, Jack estaba otra vez en el porche, su padre estaba con él; un par de palabras firmes, sin gritar, igual que se llama a un perro. Jack se retiró y se metió en casa. Steven se quedó allí, alumbrado por la luz del porche, sin quitarme ojo, hasta que yo también volví a meterme en casa.

—No salgas de tu habitación —me dijo.

A medio subir por las escaleras que llevaban al desván, oí la puerta cerrarse, esta vez con pestillo.

Miércoles

Conducía Hilda, con los rulos puestos. Pasamos por delante de un letrero verde: BULEVAR SEVERO. Puede que no hubiera nada más que decir de la calle. El cielo se fundía a un azul plomizo. La luna rondaba por el cielo como si fuera un fantasma. Los postes de luz desfilaban por la ventanilla del coche; también las vacas en los pastos húmedos.

—No me imagino lo que habrás tenido que pasar —dijo Hilda. Empezaba a inundar el coche una luz cálida y fina—. Me da que pensar… Pienso en mi infancia, en lo fácil que fue, en toda mi vida, aquí, en el mismo pueblito, los chicos, Steven. Mi madre falleció cuando yo era pequeña, pero nunca me faltó una familia. Tenía a mi padre, a mi hermano. Y a la señora Gladstone, a la mujer que conociste el otro día; ella hizo de madre. Lo sigue siendo, creo yo, aunque nunca se llevó del todo bien conmigo, tampoco me aborrecía, no mucho, pero bueno, en todo caso, conozco a todo el pueblo. He ido a la misma iglesia toda la vida. Todo el mundo me conoce, no tengo que dar explicaciones de nada. Más te diría, he ido a la misma peluquería desde que me salió el pelo. Sé que este sitio tampoco es nada del otro jueves, pero tampoco es lo que la gente se piensa. Me duele mucho que la gente se monte películas, de verdad que me duele.

Aunque la cara de Hilda reflejaba calma, se había puesto a llorar. Se secó las lágrimas con cuidado, a toquecitos.

—Lo siento. Lo siento. Mira que me pongo tonta. Enseguida me emociono. Hasta con un buen anuncio de las fuerzas armadas o de seguros de vida, siempre me sacan la lagrimilla. —Casi se reía de sí misma—. Pero de verdad que me preocupas. A todo el mundo le preocupas. Lo único que queremos es saber lo que tenemos que hacer. No sabemos por dónde tirar.

Su rostro perdió toda expresividad, como ese último

instante al final de un amanecer. Se sentó más erguida, suspiró y se aclaró la garganta. Escondió los pañuelos arrugados entre los cojines de los asientos. Nos iluminaba una firme luz diurna. La autovía se extendía ante el parabrisas. Hilda sacó un bolsito y le abrió la cremallera sin dejar de conducir, sujetaba el volante con la rodilla. Abrió un botecito y se esparció algo por la zona de los párpados, luego se pasó un cepillo diminuto entre las pestañas, abriendo y cerrando los ojos.

—No estoy acostumbrada a tener público, como te puedes imaginar. Igual piensas que esto es una tontería. Normalmente me arreglo por las mañanas, pero hoy íbamos con el tiempo justito.

Se pintó los labios color sangre y los apretó. Lo volvió a guardar todo en el bolso, lo cerró y lo lanzó al asiento trasero como si quisiera olvidarse de todo aquel asunto.

—Paulina siempre decía que, antes de subir al coche, hay que ir arreglada, porque si tienes un accidente y te tiene que recoger una ambulancia, además de todo el lío, seguro que no quieres ir hecha un desastre. —Se echó a reír—. Bueno, seguro que eso lo dicen todas las madres.

Detuvo el coche en un aparcamiento que había junto a un enorme edificio gris.

—Un segundito que me arregle esto… —dijo mientras se quitaba los rulos.

Yo miré hacia otra parte. En cierto modo, me sentía mal mirándola. Una persona con un uniforme verde claro empujaba por la acera a otra que iba en silla de ruedas. Al lado teníamos una hilera de ambulancias aparcadas, a la espera.

Mientras caminamos hacia el hospital, se oía el taconeo de los zapatos de Hilda sobre el asfalto y, aunque hacía apenas unos minutos que la había visto llorar iluminada por la luz matutina, ahora parecía como si nunca en la vida hubiese derramado una sola lágrima, como si, por mucho que lo hubiese intentado, fuera incapaz.

—Espera aquí —dijo Hilda mientras yo me sentaba—, tengo que rellenar unos formularios antes de que puedas ver a los médicos, ¿te importa si te dejo aquí, a tu aire?

Eché un vistazo a mi alrededor. Asintió y se fue.

Había siete televisiones en la sala, en todas estaba puesto el mismo canal. Una muchedumbre se había congregado en algún lugar con pancartas que decían: ¡RESPUESTAS! y¡TRAEDLOS DE VUELTA! Un hombre trajeado le acercó un micrófono a una mujer, que habló a gritos:

—Tenemos razones para creer que el ayuntamiento o alguien del Gobierno sabe lo que ha pasado con las personas desaparecidas. Eso creemos y sabemos que llevamos razón. Les pedimos que nos digan lo que saben para… al menos decirles a las víctimas…, a las familias de las personas desaparecidas…

Los gritos de la mujer flaquearon y se le desencajó el rostro, por un instante, parecía como si hubiera dejado de asemejarse a la estatua de alguien gritando y ahora fuese una pila de papeles olvidada bajo la lluvia. Se recompuso y prosiguió:

—Mi hijo, Vernon, lleva desaparecido dos semanas y es cierto que había gente aquí, en el condado de Limosna, que no lo tenía en muy alta estima, pero sé que es un buen chico y que de ninguna manera se iría así como así. Quiero respuestas. Todos queremos respuestas…

La imagen dio paso a una reportera que entrevistaba a una niña de la manifestación que llevaba una pancarta:

SIN JESÚS NO HAY JUSTICIA
CONOCE A JESÚS, CONOCE LA JUSTICIA

La niña sonrió y habló bajito al micrófono que le acercaron a la cara mientras se ondeaba la falda con una mano. Después

de aquello, aparté la vista de las televisiones, aunque sentía que las pantallas seguían observándome.

Cerca de mí había un hombre con el pelo y la tez del color de un cielo muerto, el pecho y el abdomen redondeados, como si tuviera a una personita sentada en su regazo. A su lado había una señora mayor con una bata y el pelo oscuro recogido bajo una cofia blanca. Le vi en los ojos que su cabeza no paraba de hacer cálculos complejos.

—Qué triste lo de esa gente de la televisión —dijo el hombre.

—Pues sí —dijo ella.

—Te deja mal cuerpo. Da mucha pena.

—Sí, sí. Duele de verlo.

—Pero ¡no tienen por qué estar pasándolo tan mal! ¡No se dan cuenta!

—No, señor.

—Me da que tenemos mucha suerte de estar aquí. Es verdad que en todas partes cuecen habas, pero por lo menos aquí la gente no va por ahí desapareciendo.

—Sí, este es un buen sitio.

—Nadie se iría de aquí, nadie se iría por las buenas.

—Me imagino que no. —La señora carraspeó muy discretamente y cruzó los tobillos—. La verdad es que no.

—No somos perfectos, claro está, nadie es perfecto.

—Claro.

—Y sabemos que no siempre hemos sido justos con todo el mundo.

—La verdad es que no.

—Pero siempre hemos obrado con justicia según lo que se consideraba justo en cada momento.

La señora asintió y se perdió en su interior. Quedaba más o menos claro que los dos pensaban parecido.

—Ya hemos apechugado —dijo él—, y yo, por mi parte, creo que ahora lo estamos haciendo bien.

—Todo lo bien que se puede.

—¿Y no es bastante ya con eso?

—¿No lo es?

—Sí, yo estoy encantado de estar aquí, ¿tú no?

—¿Yo?

—Sí, tú también, ¿verdad?

La señora desenvolvió un minibocadillo que llevaba envuelto en papel encerado y se lo acercó al señor a la boca. Entonces me di cuenta de que estaba atado de pies y manos a la silla de ruedas con unas correas de cuero. Le dio un mordisco al pan como si fuera a matarlo, volvió a morder y le pilló el dedo a la mujer, que soltó un gritito y se le cayó el almuerzo en el regazo del hombre; lo recogió y siguió dándole de comer.

A mi lado, un señor con la cabeza poblada de mechones blancos levantó el bastón y apuntó hacia uno de los televisores. En la pantalla había un hombre detrás de un atril, su mirada respiraba calma y distancia. Debajo, un rótulo:

EL ALCALDE DEL CONDADO DE LIMOSNA
RESPONDE A LA «MANIFESTACIÓN ANTIDESAPARICIONES»

El hombre que estaba a mi lado negó con la cabeza y me clavó fijamente sus ojos brumosos.

—Si por mí fuera, no saldría por la tele ni una imagen de esos malditos politicuchos. No deberíamos conocer ni sus nombres ni sus caras, leñe.

Sonaba enfadado y feliz a un tiempo, contento consigo mismo y disgustado con el mundo.

—Es lo que hace que se vaya todo al carajo, no están ahí para que los miremos, están ahí para currar. La gente que quiere el poder también quiere la fama, pero yo digo que no deberíamos conocer ni su nombre ni la cara que tienen. ¿No creéis que así nos iría mejor? Lo único que hace falta saber es de lo que son capaces, lo que han hecho en su vida por los demás, cuáles son sus creencias y lo que piensan de las cosas, punto.

Se rio entre toses. La cara le colgaba de una manera hermosa, como un árbol centenario.

—Pero a que el problema es justo ese, ¿eh? Que ni piensan ni hacen nada. Solo quieren que todo el mundo sepa que están al mando, punto. No tendríamos que verles la maldita cara, leñe. Solo quieren lucirse. Me supera.

Un tubo conectaba el brazo del anciano a una bolsa llena de líquido transparente enganchada a un soporte metálico que tenía al lado.

—No eres tú mucho de hablar, ¿eh, criatura? Yo, todo lo contrario, no me callo ni debajo del agua, carajo, y me da que no voy a cambiar nunca.

Es extraño cómo dos vidas pueden converger en uno de esos ratos muertos en una sala de espera para dejar que algo invisible suceda entre ellas.

—Seguro que tienes razón —dijo el anciano, reclinándose y apoyando el bastón en el regazo—. Yo, en verdad, no sé nada, nunca he sabido nada y nunca sabré nada. Debería cerrar el pico o por lo menos no tenerlo abierto todo el rato.

Cerró los ojos, creo que enseguida se quedó dormido.

Ahora echaban dibujos en las televisiones. Una cosa indefinida golpeaba a otra cosa indefinida en la cabeza y la cosa golpeada perseguía a la que le había dado el golpe, que a su vez se lo devolvía y echaba a correr. La gente que estaba en la sala de espera seguía el programa con una expresión tan seria, incluso tan tierna, que parecía que estuvieran mirando con amor a otra persona.

Sentí una leve necesidad de hablar, aunque no tenía nada que decir. Casi se me había olvidado cómo retener la voz en la boca. Una persona con pantalones verde claro y una camisa ancha vino a por el anciano, se inclinó para decirle a gritos a un palmo de la cara:

—Señor Gladstone, nos lo vamos a volver a llevar a su habitación para que se eche una siestecita.

Sin abrir los ojos, el señor Gladstone dijo:

—Casi que me quedo donde estoy. Tengo compañía, ¿verdad que sí, criatura?

—Bueno, como usted prefiera —dijo la persona de verde claro y nos dejó allí.

El señor Gladstone se arrellanó en la silla de ruedas para intentar encontrar una postura cómoda, todo en vano. Seguía con los ojos cerrados.

—A veces me gustaría largarme de aquí, pero, una cosa te digo, tampoco sabría qué hacer si me fuera. Aquí me llevan y me traen, me dan el engrudo ese para comer, ¿pero fuera qué? Nadie que me empuje la silla, nada que llevarme al buche. Fuera de aquí no tengo nada, aunque aquí tampoco. Sé que estoy aquí para acabar mis días. Menudo lugar.

Escuché el taconeo de Hilda, más lento cuando se estaba

acercando. Se sentó enfrente de mí y del señor Gladstone, que, por fin, abrió los ojos.

—Mi niña bonita —le dijo el anciano, levantando la mano, temblorosa, y sin llegar a tocarla.

—¿Te dejan estar aquí fuera? —le preguntó Hilda.

—Aún no lo tengo todo prohibido —respondió él—. Aún no se han librado de mí.

Hilda lo miró como si lo diese por imposible y luego apartó la mirada.

—Bueno, ya veo que has conocido a Altar.

—Digamos que no habla por los codos —dijo el señor Gladstone.

—Yo creo que eso a ti te viene de perlas —dijo Hilda.

Nos quedamos un rato sin decir nada, esperando. En la televisión había una persona cortando el césped. Hubo un momento en que apareció alguien que se llevó al señor Gladstone sin mediar palabra.

—Adiós —dijo el anciano, aunque Hilda no contestó.

Apareció una enfermera.

—El doctor ya puede atenderla o… ¿atenderlo? Lo siento, ese dato estaba en blanco en el formulario, bueno, en todo caso, el doctor está listo.

Hilda le dijo algo con esa vocecilla difusa de quien se acaba de despertar, aunque había estado todo el rato sentada con los ojos abiertos y la mirada fija.

—Cuando acabes, aquí te espero —me dijo—. Pórtate bien.

—Hola, yo soy Nancy —dijo la enfermera mientras íbamos hacia la consulta—, me puedes llamar Nancy, ¿vale?

Doblamos una esquina y entramos en una salita pequeña con una camilla y dos sillas con ruedas y una balanza metálica. Tomé asiento mientras Nancy se rezagaba un momento en el umbral, con el apuro de alguien que intenta acordarse de algo. Enseguida me dijo que el médico llegaría muy pronto, que, por el momento, me sentara y no me preocupase, todo iba a salir bien. La expresión de mi cara debió de decirle que yo no tenía tan claro que todo fuese a salir bien. Cerró la puerta y sus pasos se alejaron por el pasillo.

Pasaron unos minutos hasta que se volvió a abrir. Un hombre se quedó inmóvil en el vano un segundo,

examinándome, un rostro inexpresivo, colgante.

—Soy el doctor Winslow. —Me tendió la mano—. Pero llámame Buddy, todo el mundo me llama Buddy.

No le estreché la mano. Cerró la puerta y se sentó en la otra silla.

—Antes que nada, me gustaría contarte un par de cosas sobre mí y sobre el trabajo que hago aquí en Monroe, y también sobre lo que puedo hacer por ti. Me llamo Buddy, como ya te he dicho, y soy médico aquí en el Centro de Salud y Rehabilitación de Monroe. Una de mis especialidades es el tratamiento de pacientes que han vivido experiencias traumáticas. Principalmente, soldados, mujeres maltratadas, con problemas de salud mental, ese tipo de cosas. Un poco como nuestro amigo Roger, aunque él suele trabajar con la infancia, y Roger, bueno, no sé muy bien cómo decirlo, pero digamos que Roger se ha formado mucho menos que yo. Yo fui a la Facultad de Medicina, luego hice mis años de residente en el norte y volví a estudiar un par de años, en una facultad especializada en el estudio del cerebro. Ahí tienes todos mis títulos, como puedes ver.

Señaló hacia la otra punta de la consulta, donde colgaban, inútiles, sus títulos.

—Te puedes acercar a verlos si quieres, pero a lo que iba: me he pasado la vida estudiando el cerebro, el cerebro humano, lo que le ocurre a lo largo de la vida o cuando pasa por situaciones terribles. Ahora, si te parece, puedes hacerme una señal si estoy en lo cierto, pero me da la sensación de que has pasado por momentos muy difíciles, ¿no?

Me clavó la mirada.

—¿Me equivoco? Asiente si la respuesta es que sí… —Esperó un poco, suspiró y se reclinó en la silla, que crujía—. Yo creo que no hace falta complicar tanto las cosas, ¿verdad? Hoy he entrado una hora antes de mi turno solo para pasarte consulta a ti, por lo que agradecería mucho que colaboraras y me devolvieras parte de la amabilidad con la que tanto yo como mi equipo te hemos tratado, ¿queda claro?

No dije nada, no hice nada.

—Tenemos que hacerte un examen físico completo para comprobar que estás en condiciones para que analicemos tu cerebro. Puede que te dé un poco de miedo, pero te aseguro

que es un proceso completamente indoloro.

»Lo que vamos a hacer es llevarte a una salita que hay al fondo del pasillo para explorarte. Allí habrá una bata de papel, tendrás que desnudarte y ponértela. Luego Nancy volverá y te hará el reconocimiento. Necesitamos asegurarnos de que estás bien de salud y, en caso contrario, dar con la manera de curarte. Para eso necesitamos saber qué tipo de persona eres… ¿Me entiendes? ¿Entiendes lo que te quiero decir con eso?

Por instinto, miré hacia la pared, como si fuera a encontrar una ventana, pero se me había olvidado que la consulta no tenía ventanas. De repente sentí mucha pesadez, no podía moverme ni aunque quisiera, como si fuera imposible levantarme de la silla.

—Por ejemplo, si prefieres que el reconocimiento te lo haga un hombre y no una mujer, yo no tengo problema en hacértelo. Eso es cosa tuya, pero recuerda que esa parte del proceso será sin ropa, por lo tanto, ¿qué, un hombre o una mujer?

No había pensado demasiado en la ropa que llevaba, no me había planteado de dónde había salido o lo que era. La camisa y los pantalones eran del mismo material grueso, parecía lona, un marrón entre grisáceo y negro, en función de la luz. En la camisa había un bolsillito cuadrado, unos cuantos más en los pantalones y una presilla para sujetar algún tipo de herramienta que yo nunca había tenido.

—Bueno, entonces doy por hecho que te parece bien que la exploración te la haga una mujer, ¿no? Si no me dices nada, solo puedo hacer suposiciones sobre lo que estás pensando…

El doctor Winslow se quedó un rato callado, luego llamaron a la puerta, era Nancy; caminamos los tres por el pasillo hasta llegar a una puerta que había al fondo, con una ventanita, al otro lado se veía una franja de césped y un bosquecillo. En la puerta había una barra roja y un cartel: SALIDA DE EMERGENCIA.

Nancy abrió otra puerta a la izquierda del pasillo y me hizo pasar a una salita donde lo único que había era una camilla para el reconocimiento. En el borde había una bata de papel plegada formando un cuadrado. Entré y me quedé inmóvil, no estaba en aquella habitación. Miré la bata, pero no la veía. Pensé en la salida de emergencia.

La enfermera me dijo que me desnudara por completo —«calcetines, ropa interior, todo»— y que me pusiera la bata, y ella volvería enseguida para hacerme el reconocimiento. Mi cara tuvo que decirle algo que fui incapaz de esconder; me dijo que no había de qué preocuparse, que no me dolería y que serían unos minutitos de nada.

—Volveré cuando acabes —me dijo, antes de cerrar la puerta.

Miré la bata, me miré los zapatos, negros, sin adornos, con suelas gruesas y sin cordones. Pegué la oreja a la puerta, oí alejarse sus pasos, luego nada, luego nada, luego nada. Sin separar la oreja, aún nada. Cogí el pomo e intenté girarlo, pero estaba bloqueado. Pensé en el pasillo, en la salida de emergencia al fondo del pasillo, en los árboles que se veían a lo lejos y me pregunté qué tipo de árboles serían y cuánta sombra darían. Yo sabía cosas sobre los árboles, pero de esto, nada.

Me senté en la camilla junto a la bata aún doblada. Los zapatos en los pies y la ropa aún en este cuerpo. Me tumbé y cerré los ojos y pensé que quizá en algún momento del futuro, cuando la humanidad haya llegado al final de su camino, después de que otro tipo de criatura nos haya sustituido o quizá incluso después de que las siguientes criaturas hayan remplazado a lo que sea que venga antes que ellas, en ese incierto punto del futuro que no era capaz de imaginarme del todo, puede que surgiera en alguna mente una pregunta y esa pregunta sería: «¿Qué era el ser humano? ¿Cómo era el mundo de esa criatura?», aunque sería en un idioma inconcebible, puede que en una lengua sin sonidos, en una que no surgiera de una boca húmeda y contaminada, y si esa pregunta surgiera en esa mente futura, ¿sería posible catalogar y dar sentido a todas nuestras penas, sufrimientos y guerras? ¿A nuestras demarcaciones? ¿A nuestra necesidad de orden? Y entonces me surgió la pregunta. ¿Todos los problemas humanos empezaron en nuestros cuerpos, estas cosas decadentes, más débiles o más fuertes, más claras u oscuras, altas o bajas? ¿Por qué nos daban tantos problemas? ¿Por qué las usábamos para enfrentarnos? ¿Por qué pensábamos que el contenido de un cuerpo significaba algo? ¿Por qué extraíamos conclusiones al mirarnos cuando el

cuerpo es tan inconcluyente, tan voluble?

Con aquella camisa, sin desvestirme, sin ponerme la bata, temí convertirme en alguna especie de sacrificio, pero no me ofrecería en ese altar. Fuera lo que fuera lo que yo fuese, sabía que no les pertenecía.

Se abrió la puerta y ahí estaba Nancy, acercándose y alejándose de mí al mismo tiempo.

—Uy, casi me había olvidado de que estabas aquí, bueno, a ver, olvidar tampoco, pero hemos tenido un poco de follón y… estos días es todo un poco caótico.

Negó con la cabeza y frunció el ceño, mirando la carpeta que llevaba en las manos.

—Bueno, bueno, ¿por dónde íbamos?

Pasó los papeles que estaban sujetos con una pinza a la carpeta y levantó la mirada.

—¡Por Dios! Pero si aún estás por desvestir. A ver, ¿cómo te voy a hacer el reconocimiento si sigues con la ropa puesta? Te doy un minuto más, ¿vale? Tampoco tenemos todo el día.

Cerró la puerta y volví a oír los pasos alejarse con rapidez por el pasillo. Me incorporé, intenté otra vez abrir la puerta: cerrada. Un ruidito, algo parecido a un techo con goteras, gotas de agua contra las baldosas, luego silencio, otro sonido, silencio, otro. Pasé las manos por el suelo a ver si había agua, pero lo que me encontré, entre la pata de una silla y la pared, fue un insecto del tamaño de la uña del meñique. Era como un saltamontes, aunque algo más pequeño y marrón. Saltaba cada pocos segundos, pero aterrizaba boca arriba y el caparazón era lo que hacía aquel ruidito.

Lo cogí con cuidado, tenía una de las patitas dobladas. Captó mi atención. No podía pensar en otra cosa.

En cierto momento, Nancy y el doctor Winslow debieron de entrar, pero no me di cuenta hasta que se acercaron mucho, me miraban desde arriba y no paraban de hacerme preguntas.

Cuando levanté la vista, dejaron de hablar y el silencio que se instaló en la consulta fue igual que esos que se crean cuando algo se ha hecho añicos; un silencio inequívoco, fuerte.

—¿Lo ve? —le dijo la enfermera al médico—. Y no tenemos suficiente personal para encargarnos de pacientes que no cooperan.

El doctor Winslow asintió, dio media vuelta y se fue.

Ya fuera del hospital, me agaché junto a un arbusto, abrí una rendija en la jaulita que había formado con las manos y esperé a que el insecto saltase. Sentí que la sombra de Hilda se proyectaba en mi espalda. El bicho no se movió. Miré a ver si movía los ojitos o las antenas, pero no. Tenía las patas plegadas y pegadas al cuerpo, lo dejé en una zona con tierra bajo el matorral y me levanté con incertidumbre.

Hilda no me dirigió la palabra cuando nos metimos en el coche ni cuando sacó el coche del aparcamiento ni cuando el coche aceleró por el carril de incorporación a la autovía, ni por la autovía, ni por todo el tramo que hicimos por esa carretera. Ni me habló ni encendió la radio. No me miró y yo tampoco la miré. Fijamos la vista en la carretera; por los respiraderos del aire acondicionado nos llegaban ráfagas de aire frío. Me puse a pensar en el insecto, en si estaba muerto, en si puede que lo hubiera asfixiado o si lo había aplastado sin querer.

—Soy una mujer paciente —dijo Hilda al final—. Me enseñaron a ser paciente y soy paciente, y creo que Dios sería paciente, por eso sé qué es lo que debo hacer y de verdad que lo intento, pero se me está acabando la paciencia.

Abrió las palmas de las manos, aún apoyadas en el volante, y luego lo volvió a agarrar, dedo a dedo, se le transparentaban un poco las venas del antebrazo.

—Lo siento, pero… el reconocimiento médico… Igual no te lo dejamos claro o no fui yo lo bastante clara, pero… era importante para nosotros. Steven y yo hemos decidido que necesitamos sacar algo en claro sobre ti para que te quedes en casa. Tenemos dudas, dudas legítimas. Y tu falta de cooperación la verdad es que está poniendo a prueba mi paciencia. No podemos ayudarte si no nos dices nada y si ni siquiera dejas que un médico se asegure de que estás

físicamente… bien. Debes entender que no tenemos ninguna obligación de ayudarte, que lo hacemos por bondad. ¿Y quién te piensas que ha pagado la consulta? Pues yo. Las cosas no son gratis. El médico no pasa consulta a cualquiera que lo necesite por amor al arte, como te puedes imaginar. Nos ha tocado pagarlo de nuestro bolsillo y no ha sido barato.

Un poco más adelante, un coche pequeño se había salido de la carretera y había acabado en una zanja. Había una grúa. Un grupito de personas aguardaba apiñado e inmóvil en el arcén mientras alguien enganchaba una cadena a la parte trasera del coche.

—Seguro que piensas que yo nunca he vivido una desgracia, que nosotros no lo hemos pasado mal, que nunca podremos entenderte. ¿Pero acaso no es justo ese el problema? No sabemos nada sobre ti porque no nos cuentas nada, pero solo te lo preguntamos porque queremos ayudarte.

Hilda aminoró la marcha cuando nos acercamos al coche accidentado y a la grúa. Había una mujer sentada en el arcén a los pies de dos hombres. Tenía el pelo apelmazado en un lado, parecía cubierto de sangre. Los hombres, con los brazos cruzados, observaban cómo se tensaba la cadena y empezaba a sacar poco a poco el coche de la zanja. Cuando pasamos por su lado, Hilda bajó la ventanilla y los saludó. Los tres le devolvieron el saludo y sonrieron, incluso la mujer que tenía la cabeza ensangrentada. Volvió a subir la ventanilla y pisó el acelerador.

—Igual piensas que no te vamos a entender, pero de verdad que sí. Sé lo que es pasarlo mal. Sé lo que es sufrir. —Tragó saliva—. Te lo voy a contar y todo.

Pero no dijo nada, seguimos un rato en silencio antes de que volviera a hablar.

—Mi padre, el hombre que has conocido en la sala de espera, estuvo muy enfermo hace unos años, casi se muere. Después de aquello, no quedó muy allá. Una tarde, cogió un cuchillo de cocina y apuñaló a mi madrastra en el ojo. En el ojo, pum, sin venir a cuento de nada. Así que tuvimos que internarlo en Monroe porque en la residencia de ancianos no lo aceptaban. Gracias a Dios que no mató a Paulina, porque nuestra familia…, nuestra reputación…, en fin…, creo que no nos habríamos recuperado de algo así. Me habría afectado a

mí, a los chicos, a mi marido. Todos a cargar con esa lacra, puede que nos hubiéramos tenido que ir del pueblo y todo…

»Cuando mi padre se casó con Paulina… Bueno, digamos que era mucho más joven que él y… no acababa de «encajar» con el resto. Siempre estaba nerviosa y tenía un aspecto diferente, ya sabes a lo que me refiero, pelo oscuro, un poco morena… En fin… Nunca conoció a su padre, yo creo que había alguna razón por la que su madre se lo tenía calladito. Ni siquiera se vistió de blanco en la boda, y no es que fueran sus segundas nupcias ni nada por el estilo. No te puedes imaginar lo difícil que fue mi infancia. Incluso en la iglesia, los niños se metían conmigo por eso. Parece que siempre son los niños los que se atreven a decir en voz alta lo que está mal. Y tener que llamar madre alguien que se comportaba como ella… En fin, que no estaba bien. Éramos la única familia de ese tipo en el pueblo, así que tuvimos que esforzarnos el doble para… encajar. Para encajar en la comunidad. En este pueblo, es todo lo que tenemos: encajar bien en la comunidad. Es lo que quiere todo el mundo.

»Por supuesto, la señora Gladstone, Paulina, después del incidente no volvió a ser la misma, claro, criaturita de Dios, la vergüenza que pasa por el ojo de cristal. Apenas sale de casa. Yo intento incluirla, ya sabes, en mi… vida. No quiero que se sienta abandonada, pero nunca sale de casa, nunca; no le da la gana y a mí me cuesta muchísimo poner un pie allí.

»Cuando se despertó en el hospital, pensó que era su marido, mi padre, quien había muerto, estaba segurísima y por mucho que le dijéramos, por mucho que le explicásemos mil veces que estaba vivo y que la había atacado, ella no se lo creyó. Pensaba que había perdido el ojo por su culpa, me decía: “No, mi Charles no haría algo así. Tuvo que ser un extraño, un extraño que entró en casa y luego le echó la culpa a Charlie”. Yo le decía que no, que no había sido un desconocido quien había entrado en casa, el propio Charles admitió haberla apuñalado. Pero ella seguía en sus trece y decía que, si de verdad había sido su marido, algo habría hecho ella para «merecérselo». ¿Te lo puedes creer?

Me acordé de Paulina, de la señora Gladstone, sentada quietecita en su casa, callada y sola. La mente humana se puede malear tan fácilmente y es tan difícil volver a dejarla

como antes.

—Fui yo quien se la encontró —dijo Hilda—. Salió tambaleándose al porche delantero, chorreando sangre, y gracias a Dios que pasaba por allí con el coche en aquel momento, si no se habría muerto allí mismo, en el césped, y, entonces ¿qué habríamos hecho? No nos hubiera quedado otra que irnos del pueblo o algo por el estilo…

En la autovía que se extendía ante el parabrisas se veía el sol alzándose y alabeando el aire. Hilda sacó dos chicles, se los metió en la boca y mascó sin dejar de hablar.

—Lo único que quiero decirte con esto es que sé un par de cosas sobre pasarlo mal. Es lo único que te digo. Por eso, igual hay algo de lo que no quieres hablar, pero tienes que hablar. Es la única manera de que las cosas mejoren. La única manera. Al menos podrías ponerte en nuestro lugar, en el de la comunidad.

»No sabemos muy bien lo que hacer, apareces la semana anterior al festival y en medio de toda la confusión que hay ahora en el condado de Limosna. Es un momento especialmente complicado y necesitamos que cooperes. ¿Lo entiendes?

Hilda detuvo el coche y apagó el motor en la entrada que había junto a la casa de Roger, pero no abrió su puerta, así que yo tampoco abrí la mía y nos quedamos ahí un rato. Empezó a hablar un par de veces, pero solo conseguía hilvanar un par de palabras antes de volver a quedarse callada, luego empezaba otra vez. Seguía con la mirada fija en la carretera, así que yo también.

—Roger te va a llevar de visita a casa de un amigo para que pases allí el día, yo tengo que hablar con Steven a ver si te puedes seguir quedando con nosotros. Puede que considere, y puede que yo esté de acuerdo, que esto es demasiado para la familia, para los chicos. Y es… Bueno…

Abrió un poquito la puerta, pero cambió de idea y la cerró otra vez, se volvió hacia mí, sus expresiones más amables, la voz bruñida y aguda.

—Pero quiero que sepas que nuestra familia está encantada de acogerte en casa, encantada, te lo digo muy en serio. No tengo ningún problema «contigo», no, no, y de verdad que quiero lo mejor para ti y tienes que entender que si no

podemos permitir que te quedes con nosotros no es por algo personal, es una decisión práctica. Y te lo digo de corazón, estaremos encantados de recibirte en casa en cualquier momento en el futuro, igual que ahora, eso que quede claro. Solo que tengo que hablar con Steven, a ver qué es lo que piensa que es lo más práctico. Después de lo de hoy y de todo lo que ha pasado… Tengo que ver lo que opina mi marido.

Asintió a su difuso reflejo en el parabrisas.

—A la gente de por aquí no le gusta la gente de fuera, ya ves. Aunque puede que ya te hayas dado cuenta.

Tammy se estaba fumando un cigarrillo finito, tiraba la ceniza en una lata de refresco vacía. La casa era de madera, vieja, todos los tablones estaban combados y astillados, la pintura azul claro se estaba desconchando. A pesar del abandono actual, saltaba a la vista que habían cuidado de aquel lugar, aunque quizá de otro modo. Roger me había dejado allí hacía una hora, solo me dijo que volvería más tarde.

—Sí —dijo, dándole una buena calada al cigarrillo—, seguro que ya te has dado cuenta.

Estábamos en las sillas del porche, escuchando. Más o menos cada media hora pasaba un tren rugiendo por las vías que había detrás de la casa; de repente se levantaba un muro de sonido metálico, enorme, luego se desmoronaba y al final desaparecía. Me fijé en que los cigarrillos se le volatilizaban en el aliento, aunque la mayor parte del tiempo me limité a mirar el jardín, colonizado por enredaderas enmarañadas y hojas muertas. También rondaban por ahí algunos gatos, al acecho, intentando matar todo lo que pillasen.

—¿Sabes qué? Nunca pensé que sería una de esas mujeres que se pasan la tarde esperando a que el marido vuelva del trabajo, pero igual tienen razón con eso de que te acabas convirtiendo en tu madre; aunque no te des cuenta, no tienes elección.

Sonrió tras decir eso, negó con la cabeza y tiró la colilla en la lata. Silbó al rozar los restos de refresco.

—Bendita sea. Qué mala pécora. No debería hablar mal de una muerta, ya lo sé, pero… bueno, una madre tampoco debería hablar mal de su propia hija. Supongo que…, supongo que yo también la decepcioné bastante y que no

vivió lo suficiente para liberarse de toda esta decepción.

Un gato atigrado subió por los escaloncitos del porche con un animal muerto balanceándose entre los dientes, pero la mujer lo fulminó con la mirada y el gatito se quedó congelado con la pata en el aire, se retiró despacio y luego se dio la vuelta y echó a correr a toda prisa hacia los matorrales del jardín.

—¿Tienes familia o solo gente que pensaba que tenía que ser dueña de alguien?

—Nada —dije. La palabra me pilló por sorpresa, me salió abrupta y suave.

—Vaya. ¿Tus padres murieron?

Estuve un rato sin decir nada, mirando al suelo de madera, sentí que un recuerdo se cernía dentro de mí, en algún rincón, como alguien que no sabe si llamar o no al timbre y se queda delante de la puerta sin hacer nada.

—No me acuerdo.

—Bueno. La familia está sobrevalorada. Tienes suerte si naciste en una donde encajabas bien. Es mucho menos frecuente de lo que la gente se atreve a reconocer. Mira, yo me escapé a la ciudad cuando tenía… ¡por Dios! ¿Diecisiete años? Bueno, ya sabemos cómo acaba la historia, ¿no?

Tragó saliva fuerte y se encendió otro cigarrillo.

—La cosa es que encontré un sitio para dormir un par de semanas, por ahí, en un barrio que ni siquiera sabría decirte ahora dónde está; se me había ido la cabeza. Pero era un barrio letón, así que encontré un trabajillo barriendo pelo en la peluquería de una señora letona bastante mayor. Ni siquiera me acuerdo de su nombre, mira tú cómo estoy de boba. Quiero decir, creo que nunca había oído hablar de Letonia, pero por aquella época yo era muy tonta. Lo sigo siendo. Pero aquella mujer fue tan amable conmigo, era tan divertida, yo era una chiquilla, feúcha, sin dinero, sin amigos y no había visto nada ni había hecho nada en la vida. Aquella mujer había tenido una existencia tan diferente… Se había marchado de su país, había dejado atrás a todas las personas que conocía, había empezado de cero. Pero, en aquel momento, sentí que tenía más en común con ella que con cualquiera de por aquí, más incluso que con mi familia. Fue una sensación inmediata. No sabría explicarte por qué. No sé

por qué alguien se puede sentir tan fuera de lugar, incluso desde el principio, te digo que incluso de niña sentía que yo había nacido aquí por algún tipo de equivocación. Supongo que mi madre, toda mi familia en realidad, sentía lo mismo, que yo había sido algún tipo de error. ¿Y dónde estoy ahora? A unos quince kilómetros de donde nací, todo el día en casa trajinando, dando cabezaditas, fumando mucho e intentando no comerme todo lo que hay en la nevera.

Apagó el cigarrillo y se quedó callada y quieta un rato.

—Tampoco es que quiera yo ponerme tremendista. Sé que a la gente no le gusta. Solo que a veces es muy difícil pensar en tu vida, en todos los años que han pasado y que no puedes recuperar, pensar en qué se ha convertido.

Durante un rato, esperamos a que se esfumara esa última frase y cuando parecía que se había alejado lo suficiente, Tammy se levantó y empezó a pasear por el porche.

—No le voy a contar a nadie —dijo, mirándome de reojo— que has hablado. Es lo que quiere todo el mundo, ¿verdad? ¿A eso están esperando? Hay gente que se piensa que lo tuyo es por mudez, claro, que tienes una enfermedad y que no se puede hacer nada y, en verdad, no hace falta que los saques de su error. Ni Hal ni yo te vamos a delatar. Para el caso, como si nos fueran a creer. —Se apoyó en la barandilla del porche, quizá buscaba al gato, luego se volvió otra vez hacia mí—. Mira, este sitio no es tan terrible, pero tampoco es tan maravilloso.

Se agachó para encender una pequeña radio que había en el suelo. Alguien cantaba al piano y Tammy se animó también, bajito, con un poco de vergüenza. Se acercó un coche rojo y aparcó en la única parte del jardín donde habían podado las enredaderas y habían arrancado las raíces. Un hombre larguirucho salió del coche y subió por los escalones del porche sonriéndole a Tammy. Llevaba una camisa verde con el nombre de HAL bordado en un parche encima del corazón. Cuando Tammy lo abrazó, parecía el doble de alta que él, se tuvo que encorvar para darle un beso en la coronilla calva. Se tocaron de manera tan natural, tan fácil, como si cada uno tuviera una suerte de veleta apuntando hacia el otro.

—Yo soy Hal. —Sonrió y me saludó moviendo la mano con

fuerza.

Se sentó en el viejo sofá donde antes estaba Tammy, que se había metido dentro de la casa, pero enseguida salió con un cuenco de patatas fritas y una bebida de color rojo oscuro para él, con el hielo cantando dentro del vaso. Yo me quedé mirando fijamente unas plumas grandes y de colores vivos que colgaban del techo del porche, daban vueltas por la corriente que generaba el ventilador.

—¿Alguna vez has visto un pavo real? —preguntó Hal.

—Ya estamos otra vez. —Tammy se encendió un cigarrillo y se fue a la otra punta del porche.

Vagamente, percibí un recuerdo: me despertaba en un prado, en un lugar indeterminado, y veía dos pájaros muy grandes —pavos reales—, que me miraban desde la otra punta del prado. Uno de ellos desplegó su gran cola de plumas y el otro hizo lo mismo. Con el cuello bien tieso, estuvieron un rato moviéndose con gestos nerviosos, con el vaivén en las plumas. Era como si cada una se me quedara mirando un momento, me observaban a través del silencio y del calor, luego plegaron la cola como un abanico y las aves se fueron arrastrando toda su elegancia por la hierba, corriendo por su vida.

—Mira que son bonitos —dijo Hal—. A Tammy siempre le han gustado, así que ahorré un poquito para tener algunos por aquí. Llegaron por correo, en una caja de madera que nos mandaron enseguida. Eran tan bonitos. Me parecían increíbles: eran de un azul muy vivo, casi morado según cómo les diera la luz. Eran preciosos. La cosa es que los instalamos en el viejo gallinero, que llevaba vacío desde que construimos el nuevo, pero, a la mañana siguiente, vimos que algún animal se había colado allí dentro y se había comido dos, toda la hierba estaba cubierta de sangre y de plumas azules, y Tammy, que mira que es dulce, estuvo un buen rato recogiéndolas todas, llorando y recogiendo las plumas.

—Las quiero usar para hacer algo —dijo Tammy—. En su memoria. Todavía no sé muy bien el qué, pero eran tan bonitas que daba mucha pena tirarlas, dejar que se pudrieran en el suelo así como así.

—Bueno, en todo caso trasladamos al nuevo gallinero a los pavos reales que sobrevivieron mientras intentábamos

arreglar el viejo —dijo Hal—. Supuse que habría sido un perro callejero o algo por el estilo. Así que me imaginé que los pavos reales que quedaban estarían bien con las gallinas una temporadita.

—Odio esta parte —dijo Tammy en voz baja, paseando por el lado más largo del porche—. Tendríamos que haberlo visto venir.

—Pero si son todo pájaros —dijo Hal—, así que no pensé que fuera a suponer un problema. Parecía que todo iba bien, las gallinas se arremolinaron en un rincón, amontonadas, como si fueran perros, como si tuvieran miedo de los pavos reales, la verdad; pero, en cuanto me despisté, la gallina más grande fichó al pavo real más pequeño y picoteó al pobre animal hasta que casi lo mató. No sé qué le dio a la gallina, sigo sin hacerme una idea, aunque se me pasó por la cabeza que igual era alguna especie de espíritu maligno, la verdad, nunca había visto a una gallina tan fuera de sí, no paraba de hacer esos ruiditos, esos gorjeos tan raros, corría que se las pelaba, tan rápido que no conseguí atraparla para cortarle el pescuezo, la muy bicha. Tuvo que ser con la escopeta. Imagínatelo: dispararle a una gallina. La bala la destrozó. Totalmente echada a perder.

—Bueno, tampoco es que fuera a hacer caldo con ella —dijo Tammy—, aunque le hubieras cortado el cuello como de normal, no pensaba comérmela.

—Sí, sí, parecía que estuviera poseída o algo, es lo que estaba diciendo. No era… Bueno, no sé… No sé ni lo que era ni lo que no era. La verdad es que no. No lo tengo nada claro.

—Le dije que la enterrara al otro lado de las vías —dijo Tammy—. No quería tenerla cerca, ni hablar.

Le dio una calada al cigarrillo y miró hacia el jardín, a lo lejos. ¿Adónde se va la gente cuando se les apodera ese tipo de mirada?

—Así que, después de enterrarla, metí a los tres pavos reales que quedaban en una jaula en una parte vallada del jardín para que no pudiera entrar «nada»; ni nuestros animales, ni el perro de nadie, ni animales salvajes, nada. ¿Y sabes qué pasó? De repente vino una tormenta, rayos, truenos, de todo, hasta granizo, dos de los pavos reales se ahogaron y el último se quedó temblando bajo los otros dos,

muertos; este último aguantó una semana más hasta que alguien lo robó o quizá se escapó.

—Yo apostaría a que se escapó. Esto era un infierno para esos pájaros —dijo Tammy—, cada vez que lo pienso, me siento fatal, todos los días.

—No lo hiciste con mala intención.

—He querido tener pavos reales toda mi vida, desde que era pequeñita. —Tenía los ojos empañados. Se encendió otro cigarrillo mientras hablaba—. Y, al final, cuando por fin los tengo, voy y meto la pata hasta el fondo.

—Lo que no ha de ser no ha de ser. No lo hiciste con ninguna mala intención, Tams.

—¡Pero lo hice!

—No lo hiciste.

—Indirectamente sí.

—No sé yo qué decirte…

—Aunque fuera de manera indirecta, el mal es el mismo. El mismo. Puede que incluso fuera peor. Debería haberme informado de en qué condiciones han de vivir. Y no lo hice, no lo hice…

Se tapó la cara con una mano muerta y negó con la cabeza.

—Ay, Tammy, tú qué ibas a saber. Venga, mujer, que no he sacado el tema para que te pongas así. Han pasado muchos años, se me ha ocurrido contarlo y ya está. Hay cosas que no se pueden saber hasta que ya es demasiado tarde.

Pasó un tren, me pareció más ruidoso y más largo que los demás. Cuando se alejó, reparé en un grillo en uno de los rincones del porche, hacía cricrí. Yo quería decirles algo a Tammy y a Hal, quería decirles lo que estaba pensando, lo que sentía, pero todas las palabras estaban fuera de mi alcance. Las palabras no eran mías, no me correspondía utilizarlas. Deseé ser capaz de hacer un ruido como un insecto. Pensé que ojalá todo el mundo supiera hablar así, con una sola palabra, sin lenguaje.

—Al cabo de un tiempo —dijo Hal—, parece como si el tren estuviera siempre pasando, ¿verdad? Como si siempre estuviera ahí, aunque hay veces que sí que lo oyes. ¿No te parece? Es como si la casa temblara todo el rato.

Tammy le sonrió y se sentó en los escalones del porche, mirando al jardín lleno de malas hierbas y de gatos.

Estuvimos un rato en silencio. La luz del día empezaba a abandonarnos. Pasó otro tren.

—¿Te apetece pasar? —me preguntó Tammy desde la puerta.

Las polillas se arremolinaban alrededor de la lámpara del porche. Una televisión hablaba desde algún punto del interior de la casa.

—Aquí se está bien, se está fresquito y te puedes tomar una Coca-Cola.

Seguía hablándome desde la boca que hay entre la casa y el porche, desde ninguna parte. Solo entonces me di cuenta de que me había quedado allí fuera a oscuras, sin nadie, aunque había perdido la noción del tiempo que había pasado; tampoco me acordaba de cuándo habían entrado en casa Hal y Tammy. Cuando la miré, pasó otro tren, un ruido enorme, y en ese momento, de repente, tuve claro que Tammy tenía la capacidad de aguantar muchísimo dolor antes de decírselo a nadie.

—Vale, no pasa nada, tampoco te voy a obligar —dijo en voz baja—, nadie puede obligarte a nada.

La ventana que tenía detrás proyectaba un cuadrado de luz amarilla a mis pies. A veces lo deformaban sombras, otras se mantenía fijo, cuadrado. La voz de la televisión; los infinitos ruidos de insectos; el siseo de una bombilla. Un coche aparcó a cierta distancia de la casa. El sonido de unos pies desplazándose sobre piedras sueltas. Roger y Nelson emergieron de la oscuridad y subieron por las escaleras del porche.

—Qué bien, ¿eh? —dijo Roger mientras Nelson se metía directo en la casa sin decir ni hola—. Bueno, parece que alguien tiene mucha prisa.

Una mecedora crujió bajo el peso de Roger al sentarse.

—¿Te lo has pasado bien con Tammy?

Asentí. Roger se meció, estaba medio a oscuras, medio

iluminado, las suelas golpearon el suelo arrítmicamente durante un rato.

—Bueno, me han contado cómo ha ido la visita con el doctor Winslow, así que me imagino que, ahora mismo, no me tendrás mucho cariño por haberte pedido la cita…

Tenía los dedos entrelazados sobre el regazo. Dentro de la casa se oía a Tammy preguntándole cosas a Nelson, que respondía con monosílabos.

—Normalmente no me gusta entrar en terreno personal —dijo Roger—, no me gusta proyectarme en los demás, pero me cuesta mucho no… ver algo de mí reflejado en tu… presencia. Seguro que no te pilla por sorpresa, pero supongo que te habrás dado cuenta de que soy un poco diferente a la gente de por aquí. Es decir, no soy como Steven ni tampoco como Hal. Tampoco es que sea un secreto. No sé lo que dirán de mí por ahí. Igual hablan bien de mí, aunque puede que no. Pero nadie me trata mal. Me dejan en paz. Me dejan hacer mi trabajo y yo con eso tengo bastante. La gente es muy de hablar, claro, seguro que cotillean, no lo sé, pero, si lo hacen, siempre de puertas para adentro. Siempre. Son gente educada en ese sentido.

Las polillas aleteaban alrededor de la lámpara del porche, las mirábamos. Un par de veces Roger se incorporó un poco hacia mí, pero no dejaba de mirar al techo, a la luz, a otra parte.

—Con esto no quiero decir que seas como yo, pero, si no hablas porque te da miedo, por sentirte muy diferente al resto, creo que deberías dejar de preocuparte por eso. Aquí las cosas seguro que no son tan malas como igual te imaginas.

Soltó una risita, muy breve, y, cuando lo miré, vi esa parte de Roger que nunca se movía. Demasiada luz te ciega y demasiada agua te ahoga. Es peligroso aceptar verdades de otra persona, saber algo de ella. Hay que ir con cuidado con las voces que escuchamos, con las caras que nos permitimos ver.

Roger se puso en pie rápidamente, paseó por el porche mientras su tono de voz se volvía liviano, edificante; la presión del momento se fue como un abrigo que te quitas al entrar en casa.

—Tammy y Hal son muy progres, ya has visto. Por eso he

pensado que te gustaría hacerles una visita. La gente pensaba que a lo mejor te podías identificar con ella porque es…, bueno, Tammy es Tammy. Hace mucho tiempo tuvieron una criatura, adoptada, claro, porque…, en fin, una historia muy triste, y desde entonces tienen perros y gallinas, creo que antes también tenían pavos reales, o igual me lo estoy inventando. Todo el mundo ha pensado que sería bueno que Nelson y tú os volvierais a ver. Así que, después de cenar, te llevaré de vuelta a casa de Hilda y Steven, ese es el plan. Te quedas con ellos otra vez… Se ha decidido que así será mejor. Minimizar los cambios. Esa es la idea.

Tammy salió al porche y se encendió otro cigarrillo. Llevaba un delantal y el pelo recogido en una badana azul.

—Roger, hay algo que… —Pero paró a media frase, miró hacia la ventana y se acercó más a él. Bajó la voz—: ¿Hay algo que Nelson no coma? He intentado que me lo diga él, pero no me dice nada y he pensado que igual hay normas sobre lo que pueden comer, ¿no? Como con el *kosher*, no sé, ¿cómo se llama eso?

—Ah, bueno, tranquila, creo que come lo que le echen. Lleva un tiempo ya por aquí y tampoco me han dicho nada cuando he ido a recogerlo.

Tammy asintió, se incorporó y le dio una calada larga al cigarrillo, que se consumió bastante.

—Ah —dijo—. Pues mira, mejor, porque tenemos pollo frito y costillas de cerdo, no se me había pasado por la cabeza que igual no comía de eso hasta que ha llegado, entonces me he quedado mirándolo y he pensado, ay, no, se me ha olvidado preguntar por el… chaval.

Cuando entramos, Hal y Nelson estaban viendo la televisión; el chico, bien agarrado a los brazos blandos del butacón; Hal, fumando en pipa. En la tele estaban entrevistando a una adolescente, se le desencajaba la cara con tanta lágrima, se recomponía, hablaba y se volvía a desmoronar. Un rótulo en la parte inferior: EL CONDADO DE LIMOSNA EN CRISIS.

—Mejor si apagamos eso ahora —gritó Tammy mientras pasaba por allí de camino a la cocina—, ¿no creéis?

—Sí, mejor. —Hal dudó un segundo, luego se levantó y apuntó con el mando a la tele. Se instaló en la salita un

silencio pesado.

—Pon un vinilo, ¿no te parece que deberíamos poner un vinilo? —preguntó Tammy desde la cocina.

Hal no respondió, deambuló por la habitación, se puso la pipa entre los dientes para tener las manos libres y sacó un disco de la funda.

—Sé que no debería fumar —dijo con la mandíbula fija—, y sobre todo antes de cenar y demás, pero, mira. —Se quitó la pipa de la boca y puso la aguja en el vinilo—. Últimamente es todo tan raro —dijo, una mujer empezó a cantar—, que no hay manera de quitarme el fumeteo, parezco una chimenea, joder.

Roger dijo algo, paró a mitad de frase, la retomó y lo dejó estar otra vez.

—No sé, pero no… Solo es que… No…, no… Es igual.

—En esta época… no paro de pensar en la maldad.

—Sí, exacto —dijo Roger.

—Bueno, en todo caso, estábamos los dos a punto de dejar de fumar, ¿te acuerdas? La semana pasada dijimos que esta sería la última y que luego lo dejábamos, pero ahora… No sé, no puedo. O no he podido. O no quiero. Parece que no hago una a derechas estos días.

Roger asintió, se miró las manos, sobre el regazo. Nelson paseaba la mirada por la habitación, saltaba de un rincón a otro.

—Y en esta época del año, con el sábado a la vuelta de la esquina… Bueno, ya sabéis a lo que me refiero, no paro de pensar en que me alegro de que todo eso esté pasando en Limosna y no aquí. ¿Es de mala persona —Hal levantó la vista hacia el ventilador del techo, pipa en mano, y amusgó los ojos — alegrarse porque otra persona sufre y no te toca a ti?

Suavemente, me agarré el reverso de la mano, ese lugar olvidado donde crecen los nudillos. Tammy nos llamó al comedor y nos indicó dónde sentarnos. Hal bendijo la mesa y cenamos en silencio hasta que Tammy dijo:

—¡Ay! ¿No os parece bonito? Que os hayáis conocido y os llevéis tan bien… Me pongo contenta de veros. Me parece estupendo.

—Genial —dijo Nelson—, yuju.

Pasó un tren atronador y Tammy atrapó una araña con un

vaso y un periódico, salió al jardín a liberarla.

—Siempre le da por ahí —dijo Hal, el tren aullaba ya a lo lejos—. Así saca los bichos de casa. —Negó con la cabeza—. Siempre le digo que así van a volver a entrar, pero ella erre que erre.

Después de cenar, a Nelson y a mí nos dieron dos cuencos de helado y una baraja, nos dijeron que saliéramos a la parte de atrás a entretenernos. En cuanto cerraron la puerta trasera, Nelson sacó una petaquita metálica del bolsillo, le dio un trago, le echó un chorrito al helado y me la pasó.

El metal era piel caliente —podría haber gritado—, pero me limité a imitarlo, le di un buen trago y regué el helado, igual que él. Las últimas gotitas, de un marrón claro, cayeron en el cuenco como agua oxidada en una palangana.

—¿Sabes de dónde saco el whisky?

Negué con la cabeza.

—Me lo da Butch. Me tiene bien abastecido. No dejo de pensar que es porque el hombre se siente mal por que tengamos que aguantar a Kitty. Ella quiere que la llame «mamá», pero ni hablar. «Mi madre ha muerto», le solté una vez y se echó a llorar, Butch le dijo que parase y yo algo sobre que ni siquiera llegó a conocer a mi madre y por qué leches lloraba por alguien que no conocía, pero al oír eso aún se puso peor, se puso como loca, se me acercó a la cara, muy agresiva, así que Butch hizo que se fuera arriba y empezó a darme de esto, sea lo que sea, burbon, creo. Bueno, la cosa es que esta tarde me dice Kitty que iba a ver a mi nueva amistad del alma y yo: «¿Quién?». Y me dice: «Pues Altar, ¿quién va a ser?». Y, a ver, sin ofender ni nada, pero tampoco diría yo que tenemos una amistad. La cosa es que yo ni te conozco. Ni tú a mí tampoco. Así que se lo digo: «Pero ¿cómo va a ser Altar? ¡Si no nos conocemos!». Y me suelta un rollo tipo: «Tenemos que darle una calurosa bienvenida, seguro que tenéis muchas cosas en común». Y le digo yo: «¿Por qué, porque tenemos la piel morena?». Yo creo que a ella le parecemos iguales. ¿ Y sabes qué? Va y se pone a reír la muy cabrona. Ni me responde ni nada. Risitas. Pero ahora que te veo… No sé… El otro día me pareció que tenías la piel más oscura. Es raro… Bueno, da igual, quiero decir, que a mí me da igual. Me importa una mierda.

Repartió las cartas, un mazo en medio, otro para mí, otro para él.

—Quiero decir, mola, estoy a gusto, pero me da un poco igual si nos vemos o no, no creo que tengamos nada en común, la verdad. Aparte de que no somos de por aquí.

Nelson bajó un rey. Dos cabezas. Cuatro manos. Un rey.

—Total, estoy haciendo el tonto, no sé jugar a las cartas. Me imagino que tú tampoco, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Figuras.

Seguimos poniendo cartas sobre otras cartas, por parejas y solas. Robábamos, nos descartábamos, ordenábamos la mesa, la desordenábamos, barajábamos. Así pasamos una hora. Nelson sacó otra petaca de la bota. Nos la bebimos, entera. Me fui ablandando con el avance de la noche.

Nos dimos cuenta de que nos habíamos inventado un juego por accidente, sin verbalizar las reglas. Por turnos, ganamos y perdimos. Nos tiramos un rato así. Cuando pasaba un tren, tapábamos la mesa para protegerla de la ventolera. En cierto modo, tanto él como yo sabíamos lo que significaba todo aquello, lo que significaba el juego, para qué era.

—La otra noche tuve un sueño —dijo Nelson—. ¿Te lo cuento?

Recogió las cartas, barajó y volvió a repartir sin mirarme, luego paró y volvió a mirarme.

—Te lo pregunto porque hay gente que piensa que los sueños de los demás son aburridos. ¿Tú que piensas? ¿Te parecen aburridos?

—No.

—A mí tampoco, vamos, no si son buenos. En fin, que tuve un sueño, no uno de esos en los que estás tú dentro, sino de los que observas lo que les pasa a otros. Era una especie de reunión, llena de científicos y filósofos dando discursos, supongo que es lo que me imagino que será la universidad. Todo lleno de expertos y tal. Aparece una mujer que ha decidido cambiar su cuerpo por el de un caballo. En plan…, ha decidido que solo será feliz en el cuerpo de un caballo. Y se ha pasado toda la vida inventándose medicamentos y operaciones para convertirse en un animal, poco a poco se ha ido transformando en un caballo y en esa conferencia…

puede que sea la primera vez que se presenta como tal. Pero parte de las operaciones implicaban que primero tenía que pasar por la fase de potrillo, tiene la piel casi translúcida, ¿alguna vez has visto a un potrillo recién nacido?

Negué con la cabeza.

—Bueno, pues la mujer parecía uno, prematuro incluso, aún no anda, así que alguien la lleva en una carretilla, tampoco habla, pero se ha inventado una máquina que convierte sus pensamientos en palabras, así puede dar la conferencia sobre el proceso de transformación al que se ha sometido. Dice que, más adelante, quizá se transforme en otro animal, luego en otro, y así podrá vivir una vida cada vez más larga, porque la señora tendrá ya sesenta o setenta años, no sé por qué lo sé, pero lo sé. En plan, supervieja. Y en el sueño también me medio entero de que hubo polémica, había gente que pensaba que no estaba bien lo que se había hecho, pero los asistentes a la charla la seguían tan atentos a través del altavoz ese… de la carretilla.

Nelson bajó un diez de tréboles y, no sé por qué, dejó de hablar y seguimos apilando las cartas, robando y bajándolas a la mesa.

—La verdad es que no me lo quito de la cabeza, aunque tampoco es para tanto. Es un sueño raro, no tiene más historia. No paro de pensar en esa señora y en que… tiene toda la razón y todos los demás se equivocan. No sé por qué te he sacado este tema, igual de jugar a las cartas me ha venido el recuerdo. Roger me explicó que cuando sueñas algo siempre tiene que ver contigo y solo contigo, todos los personajes de un sueño son partes de ti hablando entre ellas. Pero… no sé. Pa'l caso, me da igual.

Nos quedamos en silencio un minuto, Nelson ganó una ronda de nuestro juego inventado.

—Me pareció divertido —dijo—. O una chorrada. Lo soñé hace un mes, mucho antes de que aparecieses por aquí, que lo sepas. No va de ti, vamos. Me da igual lo que seas. A mí me da absolutamente igual.

Nos fuimos de casa de Tammy y Hal con el coche de Roger, pasamos por serpenteantes carreteras oscuras y campos yermos; ahí estaba la luna, la misma de siempre, escondida tras un fino manto de nubes. Nelson bajó del coche sin

despedirse, se metió en la gigantesca casa donde vivía con pasitos cortos y lentos. Me quedé mirándolo sin saber cuándo volvería a verlo. Roger le gritó algo, algo tipo gracias o en tono de preocupación, el chico levantó los brazos, una despedida, un adiós.

Cuando llegamos a casa de Hilda y Steven, Roger se volvió hacia mí con una palabra dudando en la boca. Hizo ademán de ponerme la mano en el hombro, pero la dejó en el borde del asiento del pasajero y me dijo:

—Creo que… Creo que todo irá bien.

Steven estaba en el porche, bebiendo de una lata plateada. Cuando empecé a subir por las escaleras, se puso de pie y abrió la puerta delantera y gritó hacia dentro de la casa:

—¡Hilda!

Me quedé inmóvil en las escaleras del porche. Durante un instante, nada. Luego se oyeron pasos que salían de algún rincón de la casa.

—Métete dentro un minuto —me dijo Steven—. Hilda y yo tenemos que hablar un momento, luego nos gustaría hablar contigo antes de que te vayas a dormir. Hay bebidas frías en la nevera.

Bebí agua tibia del grifo de la cocina, luego fui a la salita donde tenían al loro. Estaba en un lado de la jaula, con las plumas en punta de la misma manera que se levanta el vello en un cuerpo helado. Me senté en la butaca que había al lado de la jaula y estuve un rato mirando por la ventana, fijándome en todas las plantas en medio de la oscuridad.

«El Señor está contigo», dijo el loro. «El Señor está contigo. Contigo. Contigo. Que te jodan. Que te jodan. El Señor».

Oí una risilla que venía desde la otra punta de la salita.

—¿Qué has hecho para que se cabree? —preguntó Jack.

Reparé en una risita de dientes blancos en el cuarto oscuras.

«Que te jodan», dijo el pájaro. «Que te jodan. Que te jodan. El Señor está contigo. El Señor».

Jack siguió riéndose, se levantó y se acercó a la jaula, la abrió y sacó al loro, se lo puso en el hombro y me miró de arriba abajo. Estaba a punto de decirme algo, pero se abrió la puerta delantera y Steven le gritó:

—Jack, a la cama. ¿Cuántas veces te lo tengo que…?

—Te has olvidado de darle de comer a Minichuck, así que le estaba dando de comer yo. Papá, tiene hambre…

Steven vino hacia la salita hecho una fiera, le arrancó el loro del hombro a su hijo y lo metió de nuevo en la jaula. El pájaro aleteaba tras los barrotes mientras decía:

«Bien, ¿cómo estás? Bien, ¿cómo estás?».

—Si no estás dormido dentro de cinco minutos —dijo Steven—, te vas a enterar de lo que es bueno.

Jack se fue a su cuarto, ya sin reírse; desapareció por el pasillo y dio un portazo.

—A Hilda y a mí nos gustaría hablar contigo en el porche un momento.

Steven tiró un puñado de alpiste dentro de la jaula.

Desde el porche vi que las polillas se arremolinaban alrededor de una farola que había al otro lado de la calle. Otras se dedicaban a volar en vano contra las mosquiteras que nos separaban a Steven, a Hilda y a mí de ellas.

—Cuando te dijimos que podías quedarte con nosotros todo el tiempo que quisieras, te lo decíamos de verdad y lo mantenemos —empezó Steven. Hilda asintió.

—De verdad.

—Aunque todavía no sabemos muy bien cómo hacer que participes en el festival. ¿Te acuerdas de que te lo comentamos?

Asentí, pero seguía pensando en el sueño de Nelson y preguntándome por qué todo el mundo creía que el cuerpo humano tenía que ser de una manera en particular o por qué le daban tanta importancia. ¿Es posible que una mente, su historia, recuerdos e ideas vivan dentro del cuerpo de un caballo? Y, si lo es, ¿eso convertiría a la persona en cuestión en un caballo? ¿Cuál era la diferencia entre una vida y otra?

—Bueno, Steven y yo hemos estado hablando con algunas personas para ver si deberías venir o no… o incluso dejar que participes. Ya sabes que es una celebración que organizamos solo para la comunidad y nos preocupa que no tenga mucho sentido o que incluso fuera… Bueno…

—La cosa es que los niños van aprendiendo todo lo relacionado con el festival a lo largo de unos cuantos años —dijo Steven—, se lo vamos explicando poco a poco.

—Exacto —dijo Hilda a media voz, casi para sí misma—. Y

no estamos del todo seguros de lo que podría pasar si tú…, bueno, si tú no tienes esa preparación previa.

—Yo creo que tendrá sentido en cuanto estés allí —dijo Steven—, o al menos cuando todo haya terminado. Todavía no está decidido cuánto hay que explicarte de antemano. Puede que suene… Bueno… Puede sonar algo extraño, más de lo que es en realidad.

—En verdad es todo muy normal —dijo Hilda—, y útil.

—Sí.

—Pero aún queda hasta el sábado y, como ya te hemos dicho, no tienes nada de qué preocuparte.

—Solo queríamos prepararte —dijo Steven.

—Mañana habrá un piscolabis en casa de Kitty y Butch, ya sabes, la familia de Nelson, pero como es un día de clase normal, los niños no estarán, aunque hay mucha gente que se muere de ganas de conocerte…

—Sí. Nuestra comunidad está deseosa de encontrar la manera de ayudarte a seguir adelante con tu vida, tanto si eso implica que te integres aquí como si es en otra zona que pueda ser más apropiada y cómoda para ti.

—Así que un grupito de la iglesia hemos organizado un piscolabis para debatir las ideas que han ido surgiendo —dijo Hilda—. De verdad que será una cosa muy de andar por casa, nada formal. Hemos pensado que lo correcto es que todo el mundo esté de acuerdo, poner las propuestas en común y ese tipo de cosas.

—Y no te preocupes, no nos olvidamos de que te hemos prometido que puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras, te lo decimos completamente en serio, aunque también puede darse la situación de que no «haga falta» que te quedes aquí y, en ese caso, te desearemos lo mejor, vayas donde vayas.

—Sí…, sí. —Hilda asintió con un gesto diminuto y silencioso, de acuerdo con Steven.

—Y si te vas a vivir a otra parte, queremos que entiendas que no es porque no queramos que vivas aquí. Lo importante es priorizar lo que sea mejor para ti. Lo que se decida que es mejor para ti.

Hilda tenía la mirada clavada en el suelo, como si le pasara algo extraño.

—Bien —dijo Steven—, ya es hora de que nos vayamos todos a la cama.

Volvimos dentro y, cuando llegué al rellano del desván, oí que Steven empezaba a decirme algo, así que me volví hacia él.

—Ojalá nos dijeras algo, no pedimos más. Ojalá hablaras. Nos encantaría.

Oí que cerraba con pestillo casi sin hacer ruido.

Jueves

Me senté junto a la ventana redonda para observar las ramas de los árboles, entonces oí que le quitaban el pestillo a la puerta que daba a la escalera del desván. Era Hilda, entró despacio a la habitación.

—Bueno, pues… Yo no lo veo claro, pero… hay un vecino que lleva desde el domingo preguntando si puede verte, yo le he dicho que igual ya habías tenido bastantes visitas, que quizá no era el mejor momento, pero… la cosa es que insiste. Normalmente me plantaría, pero el señor Kercher es un hombre muy tranquilo, no es propio de él empeñarse tanto. Su hija se casó con el chico de los Hindman, así que se vino aquí cuando se jubiló, no me acuerdo de dónde era, además, es muy buen vecino: se encargó de habilitar el sendero del bosque el año pasado, dice que le gustaría llevarte a dar un paseo por allí. No tienes ninguna obligación, pero si te apetece, está abajo y hasta después de la comida no tenemos nada que hacer.

El señor Kercher estaba en el porche delantero con el sombrero entre las manos.

—Hace rasca esta mañana —dijo el anciano—. Este fresco es poco habitual, pero no durará mucho. Por eso voy a darme un paseo por el bosquecillo que tenemos cerca. ¿Quieres acompañarme?

Asentí y lo seguí, nos alejamos de la casa y nos acercamos a una pinada umbría que había al final de la manzana. Caminamos en silencio. En un par de ocasiones pensé que el señor Kercher estaba a punto de decir algo, pero lo dejó estar antes de articular palabra.

Los pinos tenían el tronco delgado y había muchas calvas en el bosque. Había marcado un sendero entre los árboles. Cada pocos pasos, había una piedra en la que habían pintado flechitas blancas para marcar el camino.

—Hola —dijo el señor Kercher, agachándose para acariciar un montoncito de musgo verde. Se quedó mirándolo igual que había visto a la gente mirar a los niños o a los bebés cuando duermen en los carritos, cuerpos blandos que una persona más grande tenía que proteger—. Adiós —dijo en voz tan baja y tan serio como antes.

Volvió a ponerse de pie y reemprendimos la marcha.

—De donde yo vengo, hay muchos bosques, hay mucho senderista. Aquí no tantos, aquí la gente va a la iglesia. Así que hay que transmitirle al bosque nuestro aprecio.

Seguimos caminando despacio, suave cada paso. A unos pocos metros, en el sendero, vi un pájaro pardo bañándose en un charco. Volvió el pico hacia el señor Kercher cuando pasamos por su lado, gorjeó, echó a volar y se adentró en el bosque. Empezamos a remontar una suave colina y, cuando llegamos arriba, la luz cambió, el mundo se veía más nítido y claro. Había un tronco a un lado, el señor Kercher tomó asiento, así que yo lo imité y nos quedamos escuchando el arroyo que corría por abajo, cómo fluía el agua sobre las piedras, cómo las lavaba. Llegó una brisa y luego se fue.

En aquel silencio compartido sentí como si me hubieran devuelto algo que había perdido hace mucho tiempo. Ni el señor Kercher me miró a mí ni yo a él. No hacía falta.

—Me siento… confuso, a todas horas —me dijo en cierto momento—. Mi hija, Ava, dice que son los años. Ya sé que me estoy haciendo viejo. Puede que sea la única forma natural de impartir justicia. Puede. Pero creo que mi confusión no tiene nada que ver con la edad.

»Me mudé aquí porque quiero a mi hija y porque es todo lo que me queda. Se casó. Tienen tres hijos. Él…, toda su familia es de aquí. Me parece que su familia, los Hindman, tiene una posición… especial en el pueblo. Son…, siempre han sido amables conmigo, pero no entiendo tanta reverencia hacia ellos. Me temo que solo es porque tienen dinero, he visto a gente hacer cola para hablar con ellos, siempre tienen mesas especiales en los restaurantes, muchas invitaciones a eventos. Los Hindman están en todas las juntas, esos grupos de gente que toma decisiones sobre los demás. Puede que haya algo que no sepa sobre ellos, pero ya han pasado muchos años y…, bueno…, tampoco quiero hablar mal. Conmigo han sido de lo

más amables. O al menos no han sido maleducados. Y Ava eligió unirse a esa familia, convertirse en una Hindman, así que a mí me toca respetar su decisión. Cada cual tiene su vida, sus decisiones y, en todo caso, hay tantas cosas que están fuera de nuestro control, las circunstancias de nuestra muerte y nuestro nacimiento, es decir, las circunstancias que tienen lugar entre esos dos momentos…

Mientras escuchaba al señor Kercher, me visitó el recuerdo de un sueño que tuve hace mucho tiempo: una tarde de otoño, estaba en el banquito de una plaza desconocida. Uno de los escaparates que hay cerca tenía expuestos unos vestidos blancos, con lentejuelas, encaje y drapeados, y maniquíes sin cabeza; la plaza estaba tranquila, sin ruidos, salvo por las campanas de una iglesia a lo lejos o quizá un carillón, pero, de repente, la puerta de aquella tienda se abrió con fuerza y salió una chica, otras mujeres la persiguieron. La chica llevaba un camisón holgado de color azul celeste, gritaba y lloraba «es horrible, horrible, no quiero», y las otras señoras, con sus vestidos de punto y medias gruesas y suéteres abotonados hasta arriba, se arremolinaban a su alrededor. «Vas a pillar un resfriado, métete para adentro ya», dijo una de ellas. La chica, descalza, intentó zafarse de las manos de aquellas mujeres, pero no pudo. «Es lo peor que le puede pasar a alguien —dijo—, ¡lo peor de lo peor!». Pero las señoras no paraban de decirle: «eso son tonterías» y «cálmate» y «cariño, por favor, entra, haz el favor de volver a entrar». Y al final les hizo caso, aunque sin dejar de llorar.

Pensé en contarle la historia al señor Kercher, pero no sabía si realmente la había presenciado o imaginado o soñado. No, para qué se la iba a contar. Volví a guardar la imagen en mi interior.

—Yo no habría acabado aquí de no ser por mi hija —dijo el señor Kercher—, pero he encontrado una manera aceptable de vivir. Tengo el bosque. Hay un lago a unos minutos en coche. Así que suelo estar por allí. Me paso gran parte del día leyendo.

El hombre se echó a llorar sin hacer ruido, al cabo de un momento pareció como si hubiera plegado el llanto y lo hubiera guardado como un pañuelo. Sonrió algo confuso, mirando al suelo.

—Llevo muchos años intentándolo, me cuesta mucho asumir que se uniera a la iglesia de los Hindman, pero así son las cosas. Se casó con él. Y eso que nunca había sido creyente. Estudiaba Filosofía y cada año volvía pletórica a casa para las vacaciones. Quería hablar de todo, razonarlo todo. Me hacía leer todos los libros que le habían mandado en sus clases. Me enseñaba todos sus trabajos. Toda la vida refinando ese bagaje que le pertenecía…, su manera de pensar, sus convicciones… Ava.

»Y, entonces, no sé exactamente cuándo…, puede que no fuera hasta que pasó un tiempo en esta iglesia o puede que fuera antes y yo no me di cuenta, pero, de repente, ya no había ni rastro de la Ava que quería saberlo todo. Dejó de leer. Nunca sacábamos el tema, yo no quería cuestionar su nueva vida. Había elegido a ese chico, se había mudado aquí por él, se había unido a esta congregación, había empezado a tener hijos, decidió quedarse en casa para ocuparse de ellos… y lo respeto, claro. Es hija única, así que me parece natural que quiera tener muchos hijos, quizá para corregir los errores que vio cometer a sus padres, la soledad de su infancia. También pensé que quizá esta era su forma de volver a estar con su madre, ser madre para recordar a la suya…

»Una de sus hijas se parece tanto a mi difunta esposa que… da hasta miedo. Sé que mis nietas son personitas únicas, claro, la gente no se repite, aunque es natural buscar a los muertos en caras nuevas. Pero ¿qué pasa cuando pierdes a alguien que sigue con vida? Cuando le pierdes la pista a esa persona que conoces dentro de la persona en la que se ha convertido, ¿qué tipo de duelo es ese?

Negué con la cabeza. El señor Kercher también.

—Ha sido hace poco cuando he empezado a preguntarle a Ava por las cosas que acostumbraba a debatir conmigo día y noche, casi nunca nos poníamos de acuerdo, de hecho, creo que nunca hemos estado del todo de acuerdo en nada. Ella siempre con el ateísmo por bandera, cosa que me llevó a plantearle la idea de que algunos misterios de la naturaleza me hacían preguntarme si acaso había alguna especie de… conciencia superior…, algo más allá de la conciencia humana… En aquella época se ponía hecha una fiera intentando rebatirme. La razón, la razón, la razón, me decía.

No tenía paciencia para «palabrería agnóstica» ni para quienes se habían dejado «seducir ciegamente por el deísmo». ¡Así me hablaba! No se lo recordaré ahora…

»Hace poco me dijo: "Dios me ha hablado y ahora ya no lo cuestiono". Con eso pusimos punto final a nuestra discusión… Bueno, ella. No quería que le cuestionase nada. Cuando alguien te dice que ha oído algo que tú no has oído y que sabe que tú no lo has oído, tampoco le puedes decir que no ha oído lo que cree que ha oído. Lo que ha oído esa persona es su deseo de oír algo y el deseo siempre habla más fuerte que nadie. Es la emoción que más grita y más confunde: el deseo.

La voz del señor Kercher desapareció entre los pinos, el arroyo, la tierra y las piedras. Se había apoyado las manos en las rodillas, con las palmas hacia arriba, miraba al frente. La boca le colgó abierta un rato, luego la cerró.

—Siempre me ha parecido y, cuanto más viejo me hago, más claro lo tengo, que ser amables también nos recompensa de alguna manera. Es una sensación inmediata. Y lo único que creo que nos da la fe es el derecho a la crueldad, ya que se cree en una vida después de la muerte que es la vida de verdad…, no esta de aquí. La gente necesita una justificación para arrebatarles las cosas a los demás… Para emplear la violencia. La divinidad se lo da. Le da riendas a la crueldad…

El señor Kercher se puso de pie y miró en derredor, como si se acabara de acordar de dónde estaba. Había dejado de llorar.

—Siento haberte soltado esta perorata. —Sonrió y echó un vistazo a su alrededor como si, de repente, se hubiera perdido —. Normalmente no hablo tanto. —Se metió las manos en los bolsillos y luego las sacó—. Hay tan poco que decir.

Hilda estaba en el porche cuando el señor Kercher y yo nos acercamos a la casa. El calor ya era sofocante. En alguna parte del vecindario ronroneaba un cortacésped.

—Ojalá pudiera hacer algo más —dijo—. Ojalá pudiera hacer algo para ayudar.

El anciano negó con la cabeza, pero no tuve muy claro por qué.

—¿Os ha sentado bien el paseíto? —preguntó Hilda.

La vi forzar la vista mirando hacia el otro lado de la calle, saludó al señor Kercher hasta con los colgajos del brazo; el hombre se había vuelto para mirarnos.

—¡Gracias, señor Kercher! —exclamó—. Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo.

—¿Lo veré después en casa de Kitty y de Butch?

El señor Kercher se quedó parado un momento, sin decir nada, mirándose los pies.

—Me da a mí que no.

—Ah, vale, bueno, pues que pase igualmente un buen día. —La voz de Hilda era fuerte y firme, una roca.

—Sí.

A la luz del día, aquel caserón parecía incluso más grande, como si fuera un palacio de justicia. Había un par de camionetas y coches aparcados a ambos lados de la calle. Caminamos por la acera de la casa, entramos por una puerta lateral y enfilamos por un senderito de piedras; a los lados, uno de esos árboles que intentan agarrar el cielo, flores que suspiraban por el bochorno.

Hilda llamó a una puerta acristalada y Kitty vino a abrirnos. Dentro, el ambiente de la casa estaba impregnado de voces y ruido. La anfitriona estuvo hablando un rato con Hilda y luego se volvió hacia mí:

—Ojalá estuviera Nelson para hacerte compañía, pero está en el instituto y no podía hacer que se saltara las clases sin que mis otros hijos se enfadaran, intentamos no darle un trato de favor, ni diferente ni especial. Intentamos tratarlos a todos por igual.

Me dieron un vaso de té helado y una sillita colocada en el rincón de la cocina. Había varias mujeres que metían y sacaban cosas de los hornos, disponían cosas en grandes bandejas, cortaban cosas en lonchas. También estaba la mujer que me había hablado la última vez, con el mandil blanco almidonado y limpio, la melena oscura bien recogida en un moño, como si no hubiera cambiado o pasado nada desde la última vez que la había visto. Huyó de la cocina cruzando unas puertas batientes y escuché una oleada de voces que venía de la habitación de al lado.

—¿Por qué esto parece un funeral? —escuché a una mujer preguntarle a otra.

—Ya sé a qué te refieres…, a este ambiente. Supongo que es…, bueno, la gente se pone un poco así justo antes del festival, ¿verdad?

—Anoche se escacharró el coche de Jimmie Lee y alguien

robó las bicis de los niños de los Karlton en su propia cochera esta semana —dijo una mujer mientras servía jamón en una bandeja.

—¿No me digas? —preguntó Hilda.

—Las cuatro bicis. Se me olvida todo el rato que el festival es el sábado —dijo la mujer, como si le hablase a la bandeja de fiambre.

Al otro lado de la cocina, una niña con un vestido rosa muy pulcro y un lazo blanco se entretenía con una cocinita de juguete, metía y sacaba cosas del horno, ponía comida de plástico en platos de plástico… Un pequeño televisor, en el otro rincón de la cocina, emitía palabras en sordina.

—A veces —dijo Kitty lo suficientemente alto para que la oyeran todas las presentes—, siento como si, al tener encendida la tele todo el día, no pudiera pasar nada malo, ¿sabéis a lo que me refiero? Como cuando no le quitas ojo a lo que tienes al fuego, algo así. Luego, otras veces, me da por pensar todo lo contrario: sé que algo se va a torcer y no quiero ser la última en enterarme.

—Sé a qué te refieres —dijo una mujer, las otras asintieron y dijeron que sí, que también sabían a lo que se refería.

—¿Os habéis enterado de lo que han dicho esas dos ancianitas del asilo de Glendale sobre Altar? —le preguntó una mujer al resto—. Piensan que el chico es un arcángel. ¿Qué os parece?

El murmullo creció por la cocina.

—Qué cosas, ¿eh?

—Yo que pensaba que Altar era una chica.

—Chitón.

—Si la gente está apostando y todo.

—¡Uy! Pues podría ser —dijo una de las mujeres mientras fileteaba carne de un rosa intenso—. Si pasó en la Biblia. Pasa en la Biblia cada dos por tres.

—Bueno. —Kitty se aclaró la garganta e intercambió una mirada con otra mujer que enarcó las cejas y arrugó la boca formando una extraña sonrisa—. Supongo que tienes razón.

Kitty aún le daba la espalda a la mujer que fileteaba el jamón.

Las voces que nos llegaban desde la otra habitación se habían apagado un poco y, por un momento, oí cómo el

horno gruñía del calor. La mujer del jamón me miraba igual que se mira un motor en un taller: sedimentando con la mirada años de experiencia.

—Bueno, ¿a que nos lo estamos pasando en grande? —dijo Kitty—. Ya casi nunca me meto en esta cocina, pero tendría que echar a la chica e invitaros todas las noches, ¿qué os parece?

Se oyó un ruido al otro lado de la cocina. La niña que estaba jugando con la cocinita estaba en el suelo, sonriendo, pillina, rodeada de un montón de bloques de madera desparramados.

—¡Jill! Te has arrugado el vestido, cariño —Kitty se acercó a ella corriendo y la levantó del suelo—. Y hoy tenemos visita. Cielo, casi toda la congregación está aquí, no tengo tiempo de volver a planchártelo, así que todo el mundo te va a ver con el vestido arrugado.

—¿Toda la congregación? —preguntó Jill.

—¿Qué hacemos cuando tenemos visita? ¿Qué te digo siempre?

—Que hay que portarse bien.

—Eso es, corazón, ¿y qué más?

—Estar bonita.

—¿Y estás bonita con un vestido arrugado?

La niña vaciló, miró al suelo con cierta tristeza.

—¿Así estás bonita, cariño?

—No —dijo la cría, bajito, como si hablara un pajarillo desde el otro lado de la ventana.

—Y ahora te toca ir con ese vestido hecho un trapo delante de todo el mundo. ¿A ti qué te parece eso?

Jill me miró como si mirase a través de una campana de vidrio.

Cuando me llevaron a la otra habitación, las voces pararon en seco y las gargantas se aclararon. Yo seguía mirando al suelo, pero sentí unos cuantos ojos clavados en mí; otras miradas, más reticentes.

Habían apartado a un lado del salón los tres sofás y unos cuantos butacones; en el centro había muchas sillas plegables, en la mayoría había gente sentada con platos de comida en el regazo o en la mano.

Una mujer con un gran moño me dio un plato a rebosar —dos porciones de tarta, un sándwich bien cumplido y un batiburrillo de fruta cortada—, luego me señaló una silla que había junto a un gran helecho en una maceta. Me senté. En la otra punta, un hombre masticaba con cuidado el muslo asado de lo que en su día había sido un pájaro.

Kitty se colocó en el centro y llamó la atención de la sala golpeando una copa de vino con un cuchillo.

—Me gustaría daros las gracias por venir sin mucho preaviso. Sé que la idea de organizar una reunión ha sido un poco, bueno…, digamos que ha habido un poco de desacuerdo sobre lo que hacer con esta situación, pero quiero daros las gracias por confiar en nosotros, por hacer posible que actuemos como comunidad. Para empezar, Harold Grimshaw quiere decir unas palabras.

Un hombre bajito que iba vestido con un traje gris claro se puso en pie, las manos unidas a la altura del pecho.

—Bueno, creo que conozco a casi todo el mundo, pero para quienes todavía no he tenido el placer de conocer, me presento: me llamo Harold H. Grimshaw quinto. Mi padre fue Harold H. Grimshaw cuarto; mi abuelo, Harold H. Grimshaw tercero; y mi bisabuelo, Harold H. Grimshaw segundo. El nombre nos lo pusieron por mi tatarabuelo, Harold H. Grimshaw a secas, uno de los fundadores de este pueblo; trajo

el tren, fue alcalde durante un tiempo, hizo muchas cosas buenas por nuestra comunidad y mi familia, los Grimshaw, seguimos creyendo en ella, siempre hemos creído en esta comunidad y todos trabajamos duro para servirla.

Harold empezó a pasearse por el espacio libre que había frente a las sillas.

—Y yo, en particular, bueno, cualquier persona puede saber lo que quiera sobre mí, no tengo nada que esconder. Puedo deciros en qué facultad estudié, qué carrera hice, dónde he viajado. Os puedo contar cómo fue la primera vez que vi a Birdie Lee y también os puedo contar la historia de cómo le pedí matrimonio y la del día en que se convirtió en mi esposa. Os puedo hablar de nuestros hijos. Os puedo decir con total seguridad que he estado cada domingo en el quinto banco del ala oeste del templo, excepto los días en que he estado enfermo o cuando nacieron mis hijos, todos en domingo, qué casualidad, ¿no?

—Amén —gritó una voz entre la multitud.

—Y no tengo problema en enseñarle mis agendas a quien tenga interés, deciros a quién he visto cada día, en qué casos he trabajado y cómo he pasado cada día de mi vida. Y compartiré de muy buena gana esa información con cualquier miembro de nuestra comunidad que quiera conocerla, porque amo este pueblo, confío en todos vosotros y no tengo nada que esconder.

—¡Bien dicho, Harry! —dijo un hombre alto que estaba al fondo del salón.

Todo el mundo aplaudió, algunos incluso silbaron, otros solo dieron palmas y, por un instante, aquello me pareció un sitio real, algo verdadero, tanto la estancia como el sentimiento que se extendía por ella. Todo el mundo se conocía y formaba parte de algo. Había certeza, claridad, una alegría real que los unía en un solo ser, en una entidad enorme que el peso de todos sus años había comprimido, miles de años en aquella habitación, sin distancia entre sí, sin soledad, sin aislamiento y en ese momento entendí claramente que alguien pudiera desear con todas sus fuerzas pertenecer a aquella congregación.

—Y como confío y respeto mucho a mi comunidad, no tengo problema en hablar de cualquier cosa con vosotros. Me

gusta pensar que mi congregación merece mi confianza y mi cariño y, aunque por supuesto intento cuidar de los pocos que…, de los pocos que no tienen a nadie, de las almas descarriadas, sé que primero tengo que proteger a mi comunidad, a mis hijos y a mi familia por encima de todo, es mi deber como padre y como hombre en esta comunidad. Hay que tratar a todo el mundo con la misma vara de medir, ¿verdad? Tratar a todo el mundo por igual. Ser justos.

»Por eso, tenemos un problema con la reciente aparición de una persona en nuestra comunidad. Puede que ya conozcáis a Altar, que no ha dicho ni una palabra desde que apareció, le han puesto ese apodo porque se coló ilegalmente en la iglesia para dormir. ¿Y qué hemos hecho nosotros ante eso, amigos y amigas?

Unas cuantas personas cambiaron de postura en las sillas plegables, que no dejaban de crujir. A alguien se le cayó un plato de comida y hubo un poco de ajetreo de fondo para limpiarlo.

—¿Y qué hemos hecho nosotros? —repitió Harold.

Nadie respondió. Oía mandíbulas machacar galletitas saladas y gente llevándose pastelitos a la boca.

—Le preguntamos a Altar de dónde viene: nada. Qué necesita: nada. Qué le ha pasado al pobre o a la pobre. Francamente, todavía no sabemos si Altar es un chico o una chica, no sabemos su edad, no sabemos su nombre real, si alguien lo está o la está buscando; y cuando le preguntamos todas esas cosas, no nos dice nada. Ni siquiera hemos sacado algo en claro sobre sus raíces, su nacionalidad, su raza, nadie se pone de acuerdo sobre de «dónde» es Altar, y yo creo que eso es preocupante, ¿no es cierto? Yo, personalmente, nunca había visto a nadie como él… o ella…

Alguien del fondo de la sala se levantó y dijo:

—Harry, esto no es lo que habíamos acordado, no dijiste que te ibas a poner en ese plan…

—Para el carro, que ya entro en materia —dijo Harold.

Hilda se le acercó con disimulo y le susurró algo al oído.

—Está bien, está bien, ¡me han dicho que me atenga al guion! Las mujeres nos meten en cintura, ¿eh?

Todo el mundo se echó a reír. Toda la sala. Hasta los muebles y el suelo parecían reírse.

—Lo único que intento decir es que el momento en el que ha llegado es curioso, ¿no creéis? Y que todos estamos un poco nerviosos por la situación en Limosna y yo creo que es normal, tenemos que estar muy atentos ante cualquier cosa… inusual. ¿Y no os parece bastante inusual no hablar? Negarse a hablar. Con lo que me gusta a mí hablar. A todo el mundo le gusta hablar. Todos hablamos, ¿verdad? Debatimos las cosas en voz alta, así nos lo ha enseñado nuestra cultura, ¿o no? Los relatos. Compartir cosas hablando. Con esto no quiero sacar conclusiones precipitadas. De verdad que no. Yo tengo un pálpito, pero para algo tenemos los procesos judiciales, ¿verdad? No queremos rebajarnos al nivel de someter a esta persona a un juicio público, ¿o me equivoco? Para algo existen los cauces legales. Por eso, me figuro que el siguiente paso lógico es que consideremos las razones por las que una persona decide dejar de hablar…

—Harold —dijo Kitty desde la otra punta del salón, avisándolo un poco con la mano—, ¿por qué no volvemos a lo que teníamos planeado…?

—Por ejemplo, puede que os hayáis enterado por las noticias de que hace poco apareció una chiquilla en Villaverde, pensaban que estaba muda, pero la policía se dio cuenta de que probablemente lo que le había pasado es… Bueno, lo que hace que muchas niñas se queden mudas un tiempo, es decir, que alguien la hubiera tratado mal y estuviera asustada, ya está. Esas cosas pasan. Sí, pasan. Pero todo el pueblo de Villaverde que la vio tenía claro que era una niña de unos siete años, obviamente americana, blanca, enseguida encontraron su documentación, partida de nacimiento, huellas dactilares del grupo de *scouts* femenino… Creo que lo más importante de todo sobre su silencio, sobre lo de que se hubiera quedado muda, es que no le causó ningún problema a nadie, creo, estaba claro que no pretendía «causar» problemas. No pretendía esconder nada, porque no tenía nada que esconder, la llevaron a un hospital, dejaron que se calmase y al cabo de un par de días acabó contándoles a las autoridades lo que recordaba, lo que le había pasado; una historia terrible, no hace falta que la repita aquí. Pero ahora está bien, se está recuperando. ¿Y sabéis por qué? Porque ha hablado. Porque ha querido ponerse bien.

Miré el plato que tenía entre las manos. La tarta sangraba sirope oscuro y empapaba el pan de sándwich.

—Mirad, ese tipo de historias y, creedme, porque me toca leer muchas de esas siendo abogado, ese tipo de historias te pueden dejar muy tocado si bajas la guardia, pero yo siempre me recuerdo que son casos aislados. Y, como todos los presentes en esta sala, quiero que la justicia prevalezca, que gane el bien. Y para que eso suceda, necesitamos saber lo que «es» la gente. Quiénes son «en realidad».

»Es eso lo que nos hace personas civilizadas, ¡identificarnos a nosotros mismos y a los demás! Así todo está en su sitio y podemos responsabilizar a la gente de sus actos. Así sabemos con quién nos relacionamos y quién está emparentado con nosotros. Así sabemos cuál es nuestra mujer y cuál es la del vecino…, para que, bueno…

Estalló una carcajada, se disipó un poco la tensión.

—¡Perdóname, Birdie Lee! —exclamó Harold.

Se rieron como un rebaño a la carrera.

—¡Qué bien que volvamos a reír!, ¿verdad?

Harold echó un vistazo por el salón y asintió. Reparé en que la gente asentía a la vez que él, las risas dieron paso a un aplauso y el ambiente de la estancia —humano, húmedo— se agitó a mi alrededor.

—Muy bien. Gracias, Harold —dijo Kitty, volviendo a hacer sonar la copa con un cuchillo—. Bueno, ahora vamos a darle la palabra a otras personas para que hablen de las experiencias que han tenido con Altar y para que expresen su parecer sobre cómo deberíamos actuar a partir de ahora. Creo que Hilda Bonner quería decir unas palabras. ¿Hilda?

—Sí. —Hilda se puso en pie, se alisó el vestido y se ahuecó el pelo, se volvió hacia el resto, con las manos unidas a la altura del pecho.

—Venga, Hilda, habla, querida —gritó Harold.

—Sí, es solo que…, no estaba, no sabía que… —Hilda se agachó y le susurró algo al oído a Kitty, que asintió—. Bueno, allá voy. En fin, muchas gracias por venir esta tarde. Me alegra mucho veros las caras. Gracias a Kitty y a Butch por acogernos en su preciosa casa. Y a todas las mujeres que han ayudado a preparar el piscolabis.

Corrió una brisa de aplausos. Hilda asintió, miró a los

asistentes y sonrió, luego me miró a mí, más bien con un rictus.

—Bueno, os iba a contar un poco lo que ha sucedido, aunque Harold ya os lo ha adelantado; en fin, en todo caso, solo os quería decir lo que pasó el domingo para que todos sepáis a las claras cómo ha sido la historia y podamos empezar a pensar en lo que hacer. El domingo, cuando nos sentamos en nuestro banquito enfrente del altar, nos encontramos a esta persona durmiendo, no supe qué hacer, para seros sincera, la situación me asustó un poco, pero Steven mantuvo la calma.

—Qué buen hombre tu marido, Steven Bonner —dijo Harold—, muy buen hombre.

—Gracias. Bueno…, la cosa es que Steven pensó que mejor si nos sentábamos allí como siempre y esperábamos a que Altar se despertase, luego nos podría acompañar a comer con los chicos. Y eso hicimos. Steven y yo decidimos que podríamos dejar que… Altar se quedase en casa una temporada porque nuestro hijo, Jack…

—Un chaval estupendo —dijo Harold—. Lo tuve tres años seguidos en los *scouts* y es un chiquillo estupendo, muy fuerte.

—Gracias. Bueno, Jack había montado su cuarto en el desván, así que lo volvimos a instalar en la habitación de sus hermanos y dejamos que Altar se quedara arriba. El reverendo vino aquella misma noche a cenar con nosotros, a él se le ocurrió el nombre de Altar. Bueno…, nuestros chicos han aceptado a Altar como si fuera de la familia, de verdad que sí. Por eso me puse muy triste cuando, una noche, mi marido pilló a Altar intentando escabullirse, a pesar de todo lo que estamos poniendo de nuestra parte… He de admitir que, a partir de ese instante, empecé a tener la mosca detrás de la oreja y la cosa es que, al día siguiente, se negó a someterse a un reconocimiento médico en el centro de Monroe…

—Eso, cuéntanos lo que pasó en Monroe —dijo Harold.

—Pues fuimos el miércoles por la mañana muy temprano, le dijeron que le iban a hacer una exploración, pero, cada vez que volvían a la consulta donde le iban a hacer el reconocimiento, Altar no se había puesto la bata de papel como le había indicado el doctor.

—Vaya —interrumpió Harold—, ¿así que te llevaste a Altar hasta Monroe y ni siquiera le pudieron hacer un reconocimiento?

—Exacto.

—¿Y no pudieron hacerlo porque Altar no quiso desvestirse?

—Sí, exacto.

—¿Y qué os hizo pensar que Altar necesitaba un reconocimiento médico?

—Bueno, antes que nada, queríamos asegurarnos de que estuviera sano… o sana. No sabemos dónde ha estado, no sé, o si…, o si ha pasado hambre, cosas de esas. Sobre todo, lo hicimos por su bien, quién sabe la de tiempo que hace que no va al médico. También queríamos asegurarnos de que no tuviera nada… contagioso o algo.

—Claro, como cuando llevas a un perro callejero al veterinario —dijo Harold— para que le pongan las vacunas.

—Eh, bueno, sí, supongo —dijo Hilda—. No lo había visto de esa manera, pero me imagino que podría decirse que sí.

En medio del salón, se levantó el doctor Winslow y Hilda se calló.

—Buddy —dijo Harold—, ¿quieres decir algo?

—Sí, bueno, me gustaría aclarar un detalle. Una de las razones por las que no pudimos hacerle el reconocimiento, es decir, además de porque se negó a cooperar, es porque vamos justísimos de personal y todo el equipamiento que se suele utilizar en caso de encontrarnos con pacientes que no cooperan estaba en otra ala del edificio. Fue una mañana con mucho lío, es muy habitual la semana anterior al festival, la gente suele sufrir más infartos y suele haber más accidentes en esta época del año. Pero, además, aprovecho para decir que necesitamos equipamiento nuevo y recursos urgentemente, nuestras peticiones para que se aumente el presupuesto llevan mucho tiempo sin recibir respuesta, por lo que Betty ha pensado en organizar un acto benéfico para recaudar fondos, quizá un concierto benéfico de góspel o una rifa. Por lo demás, y esto me gustaría dejarlo claro, la tasa de éxito en el centro de Monroe es altísima, estoy muy orgulloso de todo mi equipo de enfermeras, unas chicas estupendas, por lo que no quiero que nadie se lleve una idea equivocada.

Trabajamos muy bien.

—Sí, estupendamente —dijo Harold.

—Hacéis una labor maravillosa, es el mejor centro de rehabilitación y de salud mental de todo el estado, más os digo, puede que de todo el país —dijo Hilda.

Unas cuantas personas aplaudieron, luego se sumó el resto, con chiflidos y palmas hasta que parece que la gente se cansó.

—Hablando de actos benéficos, me parece una buena propuesta, ¿no creéis? Podríamos organizar alguna actividad para recaudar fondos y así ayudar a financiar los servicios o ayuda que Altar necesite.

—Uy, esa es buena —dijo Kitty.

—Tengo otra idea —dijo una persona de la primera fila—. ¿Por qué no hacemos que el doctor Winslow intente llevar a cabo el reconocimiento otra vez? Yo creo que esto es una cuestión de seguridad para la comunidad, ¿no?

Emergió una vocecilla al fondo de la sala, entre la multitud, de una cara que yo no alcanzaba a ver.

—Pero ¿y si…, y si Altar no quiere desnudarse, como la vez anterior? Me preocupa mucho…

La voz se ablandó y palideció.

—Bueno, a ver —gritó Harold—, si vas a hablar, habla.

—Bueno —dijo la voz pálida—, solo me preocupa que…, bueno… Yo creo que, bueno, que Altar debería tener derecho a…

—A ver, a nadie le hace gracia ir al médico —gritó otra voz —. Pero, de vez en cuando, es lo que toca. Hay que cooperar.

—No me refería a eso —dijo la voz pálida—, solo pienso que no me gustaría que Altar estuviera en una situación en la que se vea en la obligación de actuar… en contra de su voluntad. Me resulta incómodo solo de pensarlo.

—Sí —dijo Harold—, creo que aquí todos entendemos que hay muchos aspectos en toda esta situación que nos incomodan. Por eso hemos organizado esta reunión. Para decidir, como comunidad, cómo proceder con la aprobación de la mayoría.

—Mira, y una mierda —dijo alguien—, perdonad que hable así, pero soy la única persona con edad para hablar a las claras y sabéis que tengo razón. Y una mierda a todo lo que estáis diciendo. ¡Esto es un asunto de salud pública! ¡Todos

sabemos lo que estás diciendo de manera «implícita»! ¡Gilipolleces!

—Cómo están los ánimos por aquí… —Harold se puso otra vez en pie y asumió un poco el control de la sala—. Pero vamos a aparcar eso por ahora y vamos a pasar a otras preocupaciones. ¿Hay más cosas que nos preocupen en este momento?

Kitty levantó la mano.

—Señora Goodson, ¿algo que decir?

Se levantó con parsimonia, cómoda ante la mirada de los invitados.

—Bueno, según lo he entendido yo, Altar hizo algunos dibujos con Roger Smith que pueden ser bastante reveladores sobre su origen y sobre cómo podemos ayudar. Sé que su labor con mi hijo adoptivo, Nelson, que pasó su infancia como refugiado y como huérfano tras una terrible guerra, fue de mucha ayuda. Tal vez podamos encargar a algunos expertos el análisis de los dibujos que ha hecho Altar con Roger.

—Una gran idea, señora Goodson —dijo Harold—. Hilda, apunta eso. Y, Kitty, me gustaría decir que a todos nos conmueve mucho que acogieras en tu casa a ese pobre chaval. ¿Hay obra más cristiana que esa?

Todo el mundo aplaudió y, mientras aplaudían, la señora Goodson se volvió para sonreír a cada uno de los presentes, los saludaba con una mano, luego con la otra.

Una mujer con las cejas enarcadas se puso en pie.

—Me gustaría decir algo.

—Adelante, señora Robertson —la animó Harold.

—Estaba aquí hablando con Minnie Sims sobre Altar y yo tengo que deciros que no estamos del todo de acuerdo sobre su… apariencia. Quiero decir, para mí, está clarísimo que es una chica y, sin lugar a duda, que no es blanca, yo diría que tiene entre trece y catorce años, pero Minnie está convencida de que es un chico, blanco y ¡que por lo menos tiene quince años!

—Más blanco que no blanco, diría yo —aclaró Minnie.

—Pero ya veis lo diferente que es nuestra opinión —dijo la mujer que estaba de pie, con las cejas muy enarcadas—. ¡Es como si estuviéramos mirando a dos personas distintas! Y no

me siento cómoda dejando que esté con más adolescentes, ya sabéis a lo que me refiero, sobre todo si no sabemos si es una cosa o la otra. ¿Os pasa también a los demás que no os ponéis de acuerdo sobre el aspecto de Altar?

Un estallido de voces, manos levantadas. Harold intentó reencauzar el debate golpeando una copa con un cuchillo, luego un tenedor contra un plato de cerámica y, por último, a gritos.

Una voz del fondo del salón atravesó la masa de ruido:

—Deberíamos bautizar a Altar.

La sala se calmó al oír esa sugerencia.

—Ah, sí —dijo Harold—. Deberíamos ocuparnos de eso este domingo. Eso es muy importante. Muchas gracias por sacar el tema, Bill.

—Nada, hombre —dijo Bill.

—Entretanto, creo que podríamos hacer un descanso, echarnos más comida en el plato y rellenarnos las tazas de café. ¿Os parece?

La gente empezó a levantarse y las voces acabaron siendo un murmullo.

—Marlena Dean ha hecho su famoso queso de untar con pimiento, no os quedéis sin probarlo.

—Hay tarta en una camarera del comedor —anunció Kitty.

—Sí, hay tarta —repitió Harold.

La mujer con el delantal blanco estaba fregando platos cuando Kitty me llevó a la cocina.

—María, si le puedes echar un ojo a Altar durante un rato… No sé cuánto tardaremos, quizá una hora. Vete con la criatura al gabinete, por favor, si no te importa, aquí las paredes son muy finas y no quiero que le importune, eh…, a nadie.

—Al gabinete, claro, a mandar. —María se secó las manos con un trapo y vino hacia mí, mordiéndose el labio.

Apareció el rostro de una chiquilla en el vidrio de la puerta trasera, me miró con cautela y luego abrió la puerta muy despacio.

—¡Annie! Pero ¡por Dios!

—¿Por qué hay tantos coches aparcados fuera?

—¿Por qué no estás en clase?

—¿Es una reunión por el Festival del Perdón?

—No es asunto tuyo de qué va la reunión mientras no me digas por qué no estás en clase.

Annie dejó la mochila en el suelo y cogió un dadito de queso de una bandeja que ya había sido objeto de pillaje. Kitty extendió la mano bajo la cara de su hija.

—Escúpelo.

Annie hizo un puchero y escupió poco a poco el dadito de queso medio mordido. María enseguida le quitó los restos de la mano a Kitty y se la limpió.

—Mira, Annie, no tengo tiempo para sandeces. Tenemos visita y me están esperando en el salón ya mismo.

Annie me miró y luego volvió a mirar a su madre.

—Te acuerdas de Altar, de la cena del lunes, ¿verdad que sí? Vino con los Bonner.

Annie me volvió a mirar, se le cruzó una media sonrisa por la cara.

—No seas maleducada, Annie, saluda.

—Hola.

—María se iba a llevar a Altar al gabinete, así que ya estás subiendo a tu cuarto a hacer deberes hasta que vaya yo a verte, ¿entendido?

—Vale.

Annie salió por una de las puertas y María me llevó al gabinete por otra.

Me había sentado en el borde de una bañera y llevaba un rato así, cuando, de repente, oí que llamaban a la puerta.

—Oye…, Altar, ¿necesitas algo? —La voz de María.

No había oído sus pasos, así que debía de haberme seguido, seguro que se había quedado sentada junto a la puerta todo el rato.

—Dale un golpecito a la puerta si estás bien, ¿vale?

Un largo silencio.

—Bueno, tú avísame.

Cogí una pastilla de jabón y la tiré contra la puerta. Cayó sobre las baldosas, se abolló.

—Órale, te dejo en paz. Ahorita vuelvo a ver cómo andas.

Pasitos rítmicos. Se fueron difuminando.

Me senté en la bañera vacía, sentí que la porcelana fría se iba atemperando. En otra parte de la casa las voces se solapaban, reían, un golpe metálico en la cocina, entonces oí un ruido que se acercaba al baño, algo que estaba al otro lado de la pared.

Saltó la rejilla del conducto de ventilación de la esquina y apareció una piernecita, luego otra; Annie se deslizó por el suelo del baño, primero se sorprendió al verme, aunque luego su expresión cambió, inflexible y desafiante.

—Pensaba que no había nadie —susurró.

Estuvimos un rato mirándonos. Llevaba el pelo alborotado. Se acercó al armario de las medicinas y sacó un tubito azul. Lo apretó y salió una pasta densa que se restregó por la cara mirándose al espejo.

—En el instituto todo el mundo habla de ti —le dijo a su reflejo—, pero que te entre por un oído y te salga por otro, son idiotas. Ha empezado Jack. Menudo gilipollas. Sabía que no tenía que hablar de lo tuyo menos con la gente de la iglesia que ya lo sabía, pero se lo ha largado a casi todo el

mundo. Mira que es imbécil.

Ya se había cubierto media cara con la pasta azul celeste cuando se detuvo un momento para examinarse más de cerca en el espejo.

—A veces pienso que nadie es solamente una persona, que, en verdad, somos muchas personas diferentes a la vez y tenemos que apañárnoslas para que cooperen entre sí y engañar al resto para que piensen que somos una única persona, aunque todo el mundo esté haciendo lo mismo.

Se volvió hacia mí.

—¿Y? ¿No crees que tengo razón?

Se volvió hacia el espejo otra vez y siguió restregándose la pasta azul claro.

—Mi madre me dice que hablaría hasta con las paredes si pensara que me están escuchando. Ahora le ha dado por la bobada de que me eche el potingue este porque un día me pilló robándole un cigarrillo, se puso como loca, me dijo que te salen arrugas prematuras y canas. Tengo una cana, ¿quieres verla?

Se lavó la crema de las manos y se peinó mirando al espejo.

—¡Mira, ahí! —Se me acercó, se inclinó apoyándose en la bañera y estiró un pelo blanco—. ¿Lo ves? Mamá me vio una cana en el cogote hace un par de semanas y me la arrancó, así que más me vale esconder esta si no quiero que me la quite. Me gusta.

Annie se sentó en el suelo. La pasta se estaba aclarando y secando por el borde. Algunos pelos se le habían quedado pegados al potingue.

—En fin. Tienes suerte de que no te obliguen a ir a clase. Me ha sentado fatal que me mandaran a casa, aunque, en el fondo, estaba encantada de irme.

Se apoyó en los codos y miró hacia el techo.

—Ha sido en clase de Naturales. La profesora nos estaba explicando la reproducción de las flores y nos ha dicho que todos los seres vivos pueden reproducirse, y que todo lo que tiene capacidad reproductiva es macho o hembra, entonces yo he levantado la mano y, aunque me ha visto, no me ha dicho nada, así que al cabo de un rato la he interrumpido y le he dicho que eso no era verdad, que había seres que se reproducían y no tenían un sexo determinado. Lo he estado

estudiando por mi cuenta por una cosa que vi en la tele sobre las estrellas de mar; las estrellas de mar se reproducen por su cuenta sin tener que aparearse ni nada por el estilo. Y los caracoles, igual. También les pasa a algunos tipos de plantas, incluso hay animales que cambian de una cosa a la otra; siempre había pensado que eso era ciencia ficción, pero no, no solo es cosa de ciencia ficción. Así que esto es lo que le he dicho a la señora Goldwater: «¿Y qué pasa con los dientes de león? Son asexuales y se reproducen por sí mismos». La señora Goldwater se ha limitado a decir: «Quizá por eso se considera que son malas hierbas». Pero no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, lo ha dicho para que la clase se riera y todo el mundo se ha reído, hasta Jeremy, que sé que es gay porque me lo dijo él mismo, aunque todo el mundo ya se ha dado cuenta. Así que he seguido preguntándole a la señora Goldwater por las estrellas de mar y por los caballitos de mar, que lo hacen al revés, son los machos los que llevan los bebés; toda la clase se moría de la risa porque son imbéciles y al final me han mandado al despacho de dirección.

Annie se tumbó en el suelo y estuvo callada un rato.

—En la biblioteca encontré un libro sobre las revoluciones que tenía todo un capítulo dedicado a la gente que se prende fuego para protestar. Da que pensar, ¿verdad? Da que pensar.

Se levantó y se miró la cara en el espejo. La pasta casi se había secado del todo y se había vuelto de un tono grisáceo. La tocó.

—Ya está casi.

Se aupó para sentarse en el borde de la pila y pataleó un rato al aire, luego paró y me miró.

—¿Te van a obligar a ir al festival?

La miré unos instantes sin decir nada y luego dije:

—No lo sé.

—¿Cuántos años tienes?

Me incorporé un poco.

—No lo sé.

—Yo tengo quince. ¿Respondes a todo con un «no lo sé»?

—A veces.

—Eso es muy de Nelson, no le gusta nada hablar.

Annie se dio la vuelta y se lavó la cara, seguía hablando a través del agua mientras se aclaraba la pasta.

—¿Y cómo es que acabaste durmiendo en aquella iglesia? ¿Porque no tenías casa o elegiste nuestra iglesia por algo en particular? ¿O huías de algún sitio?

Se incorporó y se secó la cara con una toalla blanca. Por primera vez, casi recordé de dónde venía después de todas las caminatas, después de todas aquellas noches buscando un lugar donde dormir. Quería decirle algo. Quería empezar a hablar sin saber lo que iba decirle, pero no pude. No pude articular palabra.

—Mira, si no quieres hablar, no hables. No intento sonsacarte nada, ¿vale? Mi padre dice que soy muy preguntona. Pero es solo que, si no tienes casa, yo…, no sé, la verdad es que me siento mal, solo es eso. Me pone triste y ojalá pudiera hacer algo.

Tiró la toalla al suelo y se acercó a la ventana, abrió con dos dedos las lamas del estor y echó un vistazo.

—El trimestre pasado, en clase de Ética, teníamos que escribir ensayos sobre algo que pudiéramos hacer para mejorar el mundo. Se suponía que solo teníamos que escribir una página, pero yo escribí siete y media sobre que todo el mundo debería tener exactamente lo mismo; todo el mundo podría vivir en el mismo tipo de casa, de tamaño normal; solo debería haber colegios públicos, a los que pudiera ir cualquier persona, en lugar de esos privados en los que solo entra la gente rica, y cuando la gente muere, no debería permitírseles dejárselo todo a sus hijos. Se debería dividir el dinero entre las personas más pobres, porque, si no, los hijos de los ricos ya empiezan con muchísima ventaja por el simple hecho de haber nacido en la familia que nacieron, mientras que los hijos de la gente pobre empiezan mucho más abajo que el resto por haber nacido donde han nacido. Y, bueno, tenía un montón de ideas, por eso escribí siete páginas y media, a ordenador y todo. Pero ¿a que no sabes lo que pasó cuando lo leyó mi profesora? Me dijo que tenía que ir a hablar con la consejera escolar porque era comunista. Yo le respondí que nunca había dicho que fuera comunista, ella blandió mi ensayo y me dijo: «Señorita Goodson, esto es muy preocupante». Yo le dije: «¿Porque quiero que traten a todo el mundo por igual?», y entonces se puso a decirme que esas ideas eran peligrosas, que tenía que hablar con alguien que

me metiera un poco en cintura antes de que la cosa empeorase, se puso en plan «el mundo no funciona así» y yo le dije que ya sabía que el mundo no funcionaba así, pero que yo pensaba que así era como «debería» funcionar y me puso un parte por contestar. ¿No te parece absurdo que te la puedas cargar por contestar? No te lo digo a malas, tú haz lo que quieras, pero ¿no se supone que nos tenemos que contestar? Si no, te quedas… con la mitad de la discusión. Yo creo que el hecho de que unas pocas personas tengan mucho depende de que otras tengan menos. Con la consejera escolar no me fue mucho mejor, básicamente, me puso tan de los nervios que acabé lanzando una silla a la otra punta del despacho; sé que no estuvo bien, pero, al fin y al cabo, demostró una de mis ideas: no se trata a todo el mundo por igual, un chaval hizo lo mismo el trimestre anterior y lo expulsaron, pero, en mi caso, la consejera escolar se echó a reír y ni un parte me puso, nada. Eso no es justo.

Annie se apoyó en la ventana y el estor hizo un crujido metálico.

—Creo que estoy hablando demasiado. Dicen que no me callo ni debajo del agua. Sé que no debería, pero hay muchísimas cosas que me tocan la moral y la gente sigue actuando como si no pasara nada, pero sí que pasa. Seguro que piensas que todo esto que te he soltado es una chorrada.

—No —dije.

—Menos mal. Puede que seas la única persona que piensa así. No entiendo cómo soportan este lugar. Mi madre siempre dice que la gente que va de que odia el sitio donde ha nacido es gente aburrida que se cree mejor que los demás. En todo caso, esta semana es lo peor, justo antes del festival. Ya sé de tres chicas que… En fin, para las chicas es lo peor, creo yo. Todo el mundo está más preocupado por si le entran a robar en casa o le roban el coche, pues en el festival se perdona todo y luego es agua pasada. En cualquier caso, la mayoría de las veces las chicas ni siquiera llegan a decir nada sobre lo que les pasa estos días porque se meterían en un buen lío… Además, total, lo único que te van a decir es que reces en el festival, que ahora ya no se puede hacer nada…

Oímos pasos en el pasillo y Annie se puso en guardia, miró hacia la puerta.

—Está cerrada con pestillo —susurró—, ¿no?

Asentí.

—Será mejor que me vaya. —Y se volvió a meter a rastras por el conducto de ventilación por el que había venido, pero antes de desaparecer por completo, me miró y susurró:

—Altar no es tu nombre real, ¿no?

Negué con la cabeza,

—¿Alguien sabe cómo te llamas de verdad?

No supe qué decirle.

—Alguien sabrá tu nombre real, ¿no?

No me moví de la bañera, inspiraba y espiraba, pasaba los dedos por el borde, muy suave. A Annie se le saltaron las lágrimas, en silencio, la cara arrugada y roja. Se dio un buen bofetón, luego otro, luego otro.

—Alguien debería saberlo —dijo y se volvió a meter por el conducto de ventilación, colocó la rejilla desde dentro y desapareció—. Adiós —me dijo desde el interior de la pared.

Al quedarme otra vez sin ninguna compañía, sentí como si enfermase, punzadas. Cerré los ojos, me tumbé en el fondo de la bañera, intenté desaparecer, igual que las serpientes antes de una tormenta. Intenté recordar cómo huele un campo húmedo al alba, a esas horas justo antes de que llegue la mañana de verdad, a esas horas antes de que el sol se haya levantado, cuando la tierra parece un pulmón. Intenté respirar como respiran los campos en esos momentos.

Llamaron a la puerta. Oí la voz de Harold desde el otro lado:

—¿Altar?

Pausa larga.

—Criatura, parece que llevas un buen rato en el baño. Hay unas cuantas personas en el salón a las que les gustaría despedirse de ti, no es de buena educación hacerlas esperar tanto.

Entendí que no era un campo. No era, al menos aquel día, solo tierra y semillas y hierba. Un campo es algo vivo. Los campos tienen principio y final. Cada planta tiene un nombre verdadero que nadie tuvo que darle. La gente era el final de algo. El cuerpo ya está muerto.

—Si no me abres —dijo Harold entre risas—, siempre puedo forzar la cerradura, pero no hace falta llegar a eso,

¿verdad?

No se puede hacer esperar a la gente. Hay veces que una persona tiene a otra cogida por el cuello. A veces una persona tiene a otra cogida por el cuello y pasan los años sin que nadie haga nada, cuántas vidas cogidas por el cuello. Sé lo que soy. El cuerpo ya está muerto.

—¿No prefieres salir por las buenas?

Todo aliento se toma y se da a través de la garganta. Todo el aire es prestado. No se puede hacer esperar a la gente.

Hilda condujo en silencio. Lo que fuera que antes la permitía mirarme a los ojos ahora parecía haber desaparecido. Se acabó el mirarme a los ojos. Se aclaró la garganta un par de veces, intentaba aclarársela del todo, pero ahí seguía el carraspeo. Yo miraba a lo lejos por la ventana, cada cierto tiempo veía un cartel blanco con letras en rojo. El primero estaba plantado junto a un árbol enorme y nudoso:

EL FESTIVAL
SALVA.

Algo después:

EL PERDÓN:
¿A FAVOR O EN CONTRA?

Y, el último, torcido en el parterre de una mediana de la autovía:

EL
FESTIVAL DEL PERDÓN:
¡SANADOR DE ALMAS!

—Harold… Bueno, es un hombre importante. La gente lo respeta y cuando le da por algo, digamos que puede que se le vaya de las manos el entusiasmo. Nada más.

Cuando llegamos a su casa, volvía a estar sumida en el silencio. En el porche delantero había una maceta volcada.

—¡Vaya! —dijo Hilda al pasar.

La planta intentaba crecer otra vez hacia el sol torciéndose con todo su empeño. Se había salido la tierra por las grietas de la cerámica. Unas nubes oscuras vespertinas se cernían por el cielo, envolvían la casa de gris, fantasmal. Oí el tictac de

dos relojes diferentes, cada uno a su ritmo.

Hilda abrió la puerta que daba a las escaleras del desván y, mientras yo subía, me dijo que bajara cuando quisiera, pero que ella y Steven habían llegado al acuerdo de dejarla cerrada con pestillo por una simple cuestión de seguridad, por eso, si quería bajar, solo tenía que llamar fuerte a la puerta y ella vendría a abrirme y se sentaría conmigo en el salón o en el porche o donde me apeteciera estar. Pasaba de mirarme a mí al suelo, a una pared, a un escalón, a la puerta, al pomo que sujetaba, al suelo, otra vez a mí, fugazmente, a la pared.

Tuve claro que no iba a salir del desván. Asentí.

—No es porque pensemos que has hecho algo malo, solo que no sabemos lo que has hecho. Por eso queremos ser precavidos.

Se quedó allí parada un instante, ya no respiraba alterada ni paseaba la mirada de un sitio a otro; era como si ya no respirase, como si ya no viese nada.

Me senté junto a la ventana de la buhardilla a esperar a que llegara la noche, a que la luz nos abandonara y aparecieran las luciérnagas. Me parecía más importante que nunca ver las luciérnagas revolotear por el jardín, la manera en la que se encendían y desaparecían y reaparecían y desaparecían, que pudieran ser y no ser, volver a ser y volver a no ser.

Oí a Hilda llamar a Steven en el piso de abajo, el marido respondió a gritos, sus voces amortiguadas, apremiantes. No me moví de mi sitio en el alféizar, me quedé ahí observando la noche. Apareció una luciérnaga y toqué el vidrio cálido.

Se abrió la puerta que daba al desván y desde abajo subió el eco de la voz de Hilda:

—¿Altar? ¿Puedes bajar un momentito, por favor?

Un par de lámparas brillaban tras su pantalla en el salón. El loro caminaba a pasitos por la percha de la jaula. Todo estaba en calma, en silencio, lo suficiente para oír cómo sus garras se agarraban y se soltaban.

—Nos gustaría ponerte al día de lo que está pasando —dijo Steven—. Informarte de las decisiones que se han tomado hasta ahora.

—Sí —dijo Hilda, y nos quedamos en silencio un momento —. Pensamos que es importante que lo sepas.

—Esta noche los chicos se quedan a dormir en casa de su abuela —dijo Steven—. Después de la reunión de hoy, he estado hablando con algunos miembros de la comunidad y todos han coincidido en que no es muy buena idea tenerte tan cerca de los chicos. Cada cual tiene sus razones y yo las mías, no hace falta que entremos en eso…

—No hace falta que entremos en eso —dijo Hilda, aunque Steven siguió hablando por encima.

—… porque tampoco hace falta que lo sepas. No es más que una decisión que he tomado con respecto a mi familia y,

al fin y al cabo, es una decisión personal, una decisión de familia. Lo que sí te diré es que el comportamiento de Jack, tanto en casa como en el instituto, no es nada propio de él.

—Nada propio —dijo Hilda, que se abstuvo de decir nada más.

—Me da la sensación de que puede haber sido maleducado contigo. No lo he pillado haciendo nada fuera de lugar, pero es la sensación que me ha dado y quería disculparme en su nombre. No es de esos, lo hemos educado bien, pero esta semana en el instituto hasta lo han castigado a quedarse después de clase, eso no es nada propio de él, ese no es nuestro Jack. Siempre le ha gustado mucho ir a la iglesia y el coro, la moralidad que conllevan… Parece que, con lo que está pasando, está un poco descolocado.

Entonces lo supe: yo no había venido a ese lugar. Siempre había estado ahí, sabía que siempre había estado ahí, pero no lo dije. Ni siquiera hacía falta que yo hubiese nacido allí porque yo siempre había estado allí; ni siquiera hacía falta que yo hubiera nacido. Tampoco dije nada de eso. No dije nada.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué calor hace! ¿No? —Hilda se levantó —. ¿No crees que debería poner un poquito el aire acondicionado? Este verano está empeñado en no irse. No dejo de pensar que mañana refrescará, que al final empezará a hacer fresco, pero nada de nada.

Hablaba sola cuando salió del salón, pero no distinguí qué decía exactamente.

—Otra cosa que quería comentar contigo es que te vas a quedar con la familia Corbin, al menos mañana por la noche, quizá un poco más, todavía no lo sabemos. El doctor Corbin vendrá a recogerte mañana por la mañana.

Hilda había vuelto, pero se quedó junto al umbral, abanicándose con las manos. Se secó el sudor de la frente.

—Es el reverendo de la Segunda Iglesia Baptista, está al otro lado del pueblo, en la zona de, bueno, por decirlo a las claras, la zona de los negros, si no os parece mal que hable así, ¿pasa algo, Hilda?

—No…, creo que no —dijo Hilda.

—En la reunión de hoy había gente que pensaba que estarías mejor con ellos, que puede que con ellos sí que

hables, ya que con nosotros no dices ni mu. O igual prefieres vivir allí si no te gusta vivir con nosotros. Personalmente, no sé por qué han decidido que se haga así y no sé por qué van a cambiar las cosas si te vas con ellos, pero esto es lo que me han dicho que te diga. Supongo que no todo el mundo está de acuerdo sobre…, bueno, supongo que hay gente que piensa que eres de una manera y gente que piensa que eres de otra y, como parece que no vas a animarte a hablar para resolver el enigma, hacemos lo que podemos. A ver, no quiero que suene mal, no quiero que te parezca que estoy siendo desagradable contigo. Nadie quiere ser desagradable contigo, solo que… es la primera vez que nos pasa algo así. Hay gente a la que le parece un poco frustrante, nada más. Pero el doctor Corbin, por lo que tengo entendido, es un hombre muy respetado, así que te quedarás con ellos al menos una noche y luego te llevará al festival.

Hilda se agachó a susurrarle algo a Steven.

—Vaya, yo pensaba que se lo iban a explicar ellos —dijo Steven.

—Es solo que a Harold le parece que a ti se te dará mejor explicárselo —dijo Hilda—, ellos ni siquiera participan.

Steven amusgó los ojos un momento y empezó con la explicación:

—A ver, el Festival del Perdón…, bueno, la historia de cómo empezó todo es muy larga y me temo que no soy la persona más indicada para contártela, pero lo que sí que te puedo decir es que el festival es lo que nos diferencia de otras congregaciones de la zona. Es una de nuestras maneras de reconciliarnos activamente con nuestro pasado, unir ambas partes de nuestra comunidad y reconocer que todo el mundo, todos y cada uno de nosotros nacemos con el pecado. En eso creemos, ya sabes que es una parte fundamental del cristianismo. Que sin Dios todos estamos en pecado. Hace unos años, todos los predicadores del pueblo se reunieron porque reinaba la sensación de que todo el país estaba particularmente enfadado y la gente siempre se estaba acusando, grupos enteros de personas culpaban a otros grupos de sus problemas, a los negros y a los inmigrantes, por ejemplo, y a las mujeres, claro; pero tengo que admitir que, en cierto sentido, también era al revés, supongo. Todos

culpan a los demás y nunca se culpan a sí mismos. La cuestión es que nuestros predicadores decidieron que ya estaba bien la cosa, así que rezaron y se pusieron a leer sobre este asunto en la Biblia; y pasó algo muy particular, Dios les habló a todos nuestros predicadores, a todos a la vez…

Hilda farfulló algo, pero Steven ni se dio cuenta y siguió hablando.

—Y lo que el Señor les dijo es que debíamos tener un día especial al año para que todo el mundo confiese sus pecados en comunión, en voz alta, para que toda la comunidad entendiera que todos somos pecadores, que todos estamos mancillados y que no sirve de nada culpar a otra persona por los problemas que tiene uno. Para la confesión, la gente prefiere algo de privacidad, por lo que colocan estores y cortinas, claro…

—Es muy bonito —dijo Hilda—, hasta con los estores. Ya verás lo bonito que es.

—Sí —añadió Steven—, es conmovedor ver a toda la congregación unida.

—Bueno, casi toda.

—Siempre están invitados. Los invitamos cada año. Y el doctor Corbin estaba en el grupo de predicadores que creó el festival, pero no ha sido capaz de convencer a su propia iglesia para que se una. Eso me han dicho, vamos.

—A ver. No sé. Puedo entender sus razones, pero…

—En fin, que da tres cuartos de lo mismo —dijo Steven—, la cosa es que el doctor Corbin te llevará al festival el sábado, así vas a poder ver cómo es y cuáles son nuestros valores fundamentales.

—Exacto.

—Puede que durante el festival o de camino al festival veas cosas que hemos decidido que es mejor que te expliquemos de antemano.

—Para que no te pillen por sorpresa —dijo Hilda.

—De camino al festival puede que veas a muchos policías por la calle.

—Las armas son simbólicas. —Hilda lo recitaba como si lo estuviera leyendo en alguna parte—. Simbolizan el poder de Dios y los poderosos dones que nos ha concedido.

—Y también están para garantizar que nadie resulte herido.

—Exacto.

—Porque casi la mitad del pueblo va al festival, por lo que la mitad de las casas se quedan sin vigilancia; los agentes garantizan la seguridad de los barrios, como comprenderás.

Hilda asintió con solemnidad.

—Después del festival, la comunidad está excepcionalmente segura, pero sí que es cierto que justo antes hay algunos problemillas…

Hilda le susurró algo a Steven al oído.

—Ah, sí, lo del rumor. Cierto. Una cosa que todo el mundo quería que te quedase clara es que no hay nada que temer, no sé lo que Nelson u otros niños te habrán dicho, pero Kitty y Butch tenían miedo de que te hubieran contado el rumor que ha estado circulando por el instituto, no sé qué de un sacrificio humano después del festival, pero eso es una mentira que alguien se inventó para asustar a la chiquillería…

—A los niños los introducimos poco a poco.

—Exacto. La mayoría no tienen permitido presenciar la parte de la confesión del festival, hay una sala justo al lado de la principal donde se quedan mientras tanto. Así que me imagino que algunos de los mayores intentaron asustar a los más pequeños.

—Exacto —dijo Hilda.

—No hay nada que temer.

—No, no, nada de nada.

—El ritual es muy importante para la comunidad —dijo Steven.

—Sí.

—Bueno, pues yo creo que, con esto, ya está todo explicado. El doctor Corbin te llevará al festival en coche, puede que veas más policía por la calle y, cuando estés dentro del festival, te taparán los ojos como a los demás; después de eso, verás que todo tiene mucho sentido.

—Uy, sí, ya lo creo —el cuerpo de Hilda permanecía inmóvil. Como si, por unos instantes, no respirase.

Viernes

Me desperté con hambre; escuché al viento lamentarse entre los árboles que había al otro lado de las ventanas. Salí de la cama, pegué la oreja contra el suelo y no oí nada. Mi tripa se quejó y sonó como si fuera una canción.

Hilda gritó algo desde el otro lado de la puerta que daba a las escaleras del desván:

—¿Altar?

El sonido del pestillo.

—¿Te has levantado ya?

Me acerqué al rellano. Hilda llevaba un albornoz blanco y el pelo envuelto en una toalla.

—Había olvidado que estabas aquí, como apenas haces ruido. Baja a comerte unas gachas cuando acabes de vestirte.

Comí de pie dándole la espalda y escuchando al loro cantar las mismas cinco notas una y otra vez en la salita; al cabo de un rato, bajé la vista y vi que el cuenco estaba vacío. Lo dejé en el fregadero. El pájaro seguía cantando, cantaba como si estuviera ensayando para algo, como si algún día esa canción fuera a ser necesaria.

—El doctor Corbin llegará dentro de un par de horas. Según me han dicho, primero te va a llevar a comer, luego una siestecita y después a una especie de reunión o evento que hay en su barrio. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a arreglarme el pelo.

En el salón, Steven estaba sentado en una butaca, parapetado detrás de un periódico que le tapaba la cabeza y el pecho.

Yo me senté en una silla junto a la ventana y miré los tupidos matorrales del jardín. Un escarabajo trepaba por unas hojas, intentaba abrirse paso, intentaba ir a alguna parte. Así pasé la mañana, con los crujidos del periódico de Steven al volver la página y con los escarabajos encaramándose a las

hojas.

El doctor Corbin llegó en una camioneta color beis con asiento corrido en la parte delantera. Llevaba un traje liso de color gris. Encorvaba los hombros y tenía el pecho hundido, como si estuviera perpetuamente asomándose por el borde de algo. Me dio la sensación de que se acababa de dar cuenta de que nunca iba a recuperar algo muy querido que había perdido. Emanaba una intimidad complicada, su propio viento lento.

No sé por qué a veces veo todas esas cosas en la gente, no sé por qué veo todas esas cosas silenciosas y, aunque me haya resultado útil, creo que, a veces, ser capaz de ver a través de las máscaras que intentan proteger los deseos y necesidades no satisfechas de una persona me resulta más bien una especie de aflicción. La gente se pone esas máscaras por algo, igual que hay presas en los ríos y las tapas sirven para cerrar frascos.

El doctor Corbin no me dijo adónde íbamos, tampoco me hacía falta saberlo. El motor de la camioneta se estremeció y farfulló. Me pregunté si algún día volvería a casa de Hal y de Tammy. Me la imaginé dándome una pluma de pavo real, algo inútil y bello, algo auténtico entre dos personas, ya que no podemos ver todas esas cosas intangibles que suceden entre la gente.

El vehículo se detuvo junto a una iglesia estrecha en la linde de un campo. Era de madera y la habían pintado de blanco. Entramos y oímos el sonido atronador y elíptico de un órgano, amplios círculos de notas que se perseguían entre sí, frenéticas, incansables. Nos sentamos en un banco al fondo del templo. Vi un cuerpecito ante las fauces del órgano que aporreaba las teclas, se levantaba y se sentaba. El órgano pronunciaba las notas que le habían dado y afinado y que tenía guardadas para cantar. Recordé que un órgano es una máquina que siempre puede gritar más fuerte que un ser humano.

El doctor Corbin se volvió para decirme algo, pero era imposible oírle con aquella música. Su boca se movía y yo veía su boca moverse, y cuando dejó de moverse, asentí sin pensar; fuera lo que fuera, le había dicho que estaba de acuerdo. Oímos el lamento del órgano. Estuvimos un rato así.

Empezó a parecerme posible que una persona pudiera tener pensamientos y dolores que se resistían a convertirse en lenguaje y que tenían que transfigurarse a través de un instrumento, transformados en puro sonido, hilados en el aire solo para ser oídos.

El órgano empalmó una canción con otra. Acabó la siguiente y comenzó otra más. Empecé tanto a recordar como a perder la forma de los años que me habían llevado hasta allí. Recordé una habitación de techo bajo y sin ventanas. Tres pasos por dos pasos. El suelo húmedo. El sabor de la sangre. Una criatura. Una larga hambruna. Unos cuantos años. Unos cuantos años, ahora desaparecidos. Habían acabado y nunca volverían y nunca terminarían. Eran míos o habían sido míos, pero ahora estaban en otra parte, en otra parte cerca y lejos de mí. Esos años intocables no le pertenecían a nadie. Lo único que quedaba de ellos era su huella, el campo vacío que habían dejado en mi interior.

El organista quiso pasar una página de la partitura con mucha ceremonia, pero salieron todas volando, esparcidas por el aire.

La música se detuvo, no quedó ni su sombra, los papeles revolotearon y cayeron como hojas caducas. Una leve maldición desde el púlpito. El organista se agachó y recogió aquel desastre.

El doctor Corbin me puso una mano en el hombro y sonrió. Nos levantamos y nos fuimos.

Seguimos por la misma carretera con la camioneta hasta llegar a un edificio bajito y pequeño con un cartelito en la puerta, un neón chamuscado: RESTAURANTE. Cuando entramos, sonó una campanita en la entrada, pero nadie se volvió a mirarnos. En la barra, había una persona con un mono de trabajo lleno de manchas y la espalda encorvada dando buena cuenta de un sándwich. Otras dos personas menudas con vestidos color melocotón estaban sentadas en un compartimento una enfrente de la otra; una pinchaba una porción de tarta y la otra no apartaba la vista del café. No había hilo musical. Los ventanales estaban algo grasientos.

Salió una voz de la cocina:

—¿Dos platos?

—Sí, señora.

Otra persona, que había estado apoyándose en un palo de escoba, levantó la mirada y le hizo un gesto con la cabeza al doctor Corbin, que se quitó el sombrero y lo sostuvo con las dos manos, luego nos sentamos en la esquina del fondo. Nos instalamos en uno de los compartimentos y, por encima del hombro de mi acompañante, veía un pequeño televisor junto a la barra; una multitud silenciosa, gritando, las bocas abiertas, un sinfín de gargantas temblando, agitando banderitas y estandartes, los puños en el aire. Me quedé mirando aquella multitud que parecía estar observándome a mí.

—Es un sitio agradable. Las verduras están riquísimas, las van variando cada día. Nancy trabaja en la cocina. Hace un pan de maíz estupendo. Lo hornea a diario, así que siempre tienen.

Las campanitas de la puerta volvieron a tintinear cuando entró una mujer con un alegre vestido estampado. Echó un vistazo y, en cuanto nos vio, se quedó parada, como

sorprendida de vernos.

—Judy —dijo el doctor Corbin mientras la mujer se acercaba a nuestra mesa.

Me miró a mí primero, luego a él y luego a mí otra vez.

—Señora Columbus —lo corrigió echando chispas por los ojos. Parecía estar empleando ingentes cantidades de energía en algo tan sencillo como estar delante del doctor Corbin y de mí. No paraba de mover los dedos, inquietos, por el asa de un bolsito amarillo.

—Bueno —dijo el doctor Corbin—, ¿ves como te dije la verdad?

—¿Puedo sentarme?

—Claro —dijo el hombre, pero la señora Columbus seguía de pie—. Ahora lo ves con tus propios ojos, ¿no? ¿Contenta?

—Doctor Corbin, ¿acaso me he perdido algo que le permita hablarme en ese tono?

—A ver, Judy, yo solo…

—Puede llamarme señora Columbus.

Cada palabra era una piedra. No me quitaba ojo.

—Señora Columbus, lo siento. Le pido disculpas, de corazón. Es la costumbre, ya sabe. Siempre la esperamos en la iglesia los domingos, pero nunca viene. La esperamos cada domingo, señora Columbus, ahí estaremos para recibirla con los brazos abiertos cuando quiera volver. Yo siempre…

—Me han dicho que podría pasar un rato con la criatura.

—Ya ha visto lo que tenía que ver, ¿no? —preguntó en tono suplicante el doctor Corbin—. No es…

—Me dijeron que se me permitiría. Ese era el acuerdo.

Cerró los ojos y bajó la cabeza. No estaba rezando. No sé por qué lo sabía, pero sabía que no estaba rezando. Estuvo un buen rato en silencio, de ese modo que te obliga a escuchar. Pasó una camioneta grande y las ramas de los árboles restallaron por la ventolera que dejó a su paso; una pipa suspiró cerca; la caja registradora se abrió y se cerró y toda la sangre siguió acompañando al cuerpo, marcando el tiempo.

—Bueno —dijo el doctor Corbin—, supongo que ese rato puede ser aquí y ahora.

Se levantó y nos dejó a solas, salió a la calle, se metió en la camioneta y se quedó mirándonos por la mugrienta ventanilla. La señora Columbus se sentó en el compartimento.

Me miró como si me conociera de algo, pero no se acordase. Quizá sí. Quizá se siga acordando de mí.

—Me imagino que tienes que estar hasta el gorro de que la gente te atosigue. Solo te lo digo porque, créeme, conozco muy bien a esa gente que te lo explica todo sin saber lo que realmente necesitas… Es para perder un poco la cabeza.

Colocó el bolso amarillo sobre la mesa, entre ella y yo.

—Hace más o menos un año que mi hijo Johnny se marchó, o eso o se lo llevaron. Todavía no lo sé, nadie lo sabe. Tenía mucha amistad con el doctor Corbin. Todo lo que le decía el reverendo iba a misa, tú ya me entiendes. Por un tiempo no me pareció mal, el doctor Corbin; en términos generales es un buen hombre, un buen ejemplo de buena conducta. Pero, como comprenderás, cuando pierdes a alguien es inevitable echar la vista atrás e intentar dar con el momento en el que podrías haberlo cambiado todo, evitar que desapareciera. En fin. No lo puedo saber a ciencia cierta, pero no hay más ciego que el que no quiere ver. La influencia del doctor Corbin en Johnny tuvo un efecto…, un efecto demasiado fuerte.

»Mira, hace muchos años, cuando era un chiquillo, me lo llevé al zoo porque llevaba meses pidiéndomelo. Al final, lo preparé todo, puse gasolina y pedí el sábado libre para llevarlo de excursión. Pero, en cuanto llegamos, se fue directo a la jaula del león y se quedó mirándolo un buen rato, pensativo, luego se sentó en el suelo y estuvo llorando como una hora; la gente lo miraba y se quejaba. Un guardia me dijo que me lo llevara a otra parte, que Johnny estaba molestando a todo el mundo que quería ver al león, pero no había manera de convencerlo para que se moviera. Igual otra madre u otro padre le habría cruzado la cara, pero yo no soy así; igual le habría dado un bofetón si hubiera sido capaz, pero nunca he tenido agallas para hacer esas cosas. El león se paseaba por el fondo de la jaula, sin mirar a nadie. Intenté que Johnny viniera conmigo, que fuéramos a ver al siguiente animal, pero no había forma. Tardamos la vida en salir del zoo y conseguir que entrara en el coche para volver a casa. Hasta el final del verano no me dijo qué fue lo que lo había entristecido tanto. Me explicó que no veía diferencia alguna entre él y el león. Yo le dije: “Pero, Johnny”, tendría como once o doce años en aquella época. “Johnny, pero si tú eres un chiquillo que va al

colegio y hace deporte y canta en el coro, un león es un león". Era un niño muy espabilado, siempre el más listo de la clase, leía sin que yo lo obligase, así que pensé que lo entendería, pero me dijo, y mira que nunca se me olvidará: "Ma, tienen ojos como cualquiera". Así que le dije lo que sabía, que los ojos de un león eran mucho más grandes que los de un chiquillo, que no eran para nada como los suyos, pero él seguía en sus trece. Empezó a enumerar el resto de los animales del zoo, los que ni siquiera había llegado a ver, y no paraba de decir que eran iguales que él, estaba convencidísimo. Pensar algo así le sentaba fatal, se ponía muy triste de pensar en todos esos animales encerrados, pero yo no tenía ni idea de qué hacer. Era imposible razonar con él. Ni cuando era pequeño. Tenía sus ideas y de ahí no lo sacabas.

Mientras me hablaba, notaba que quería y no quería mirarme a los ojos, mis ojos como los de cualquiera. Y yo me sentaba dentro o detrás de mí, escuchándola hablar.

—Pasado un tiempo, pensé que ya se había olvidado de la historia del zoo, empezó a leer más la Biblia y adoraba al doctor Corbin, siempre quería llegar el primero a catequesis los domingos… Yo estaba encantada de verlo tan emocionado, pero, a la vez, no sé cómo expresarlo, me parecía que estaba un poco… enfadado. Se lo tomaba todo tan en serio. Parecía que todo le hacía daño. Todo, el mundo entero. Luego dejó de comer carne, no probaba ni el pescado, luego fueron los huevos y los lácteos, no quería verlos ni en pintura; una temporada hasta estuvo preocupado por los granjeros. Bueno, la cuestión es que al final apenas comía de nada. Quería saber quién había cultivado y cosechado todo lo que intentaba darle de comer… Se quedó tan flaquito. Catorce, quince años y más pequeño que una niña, yo no sabía qué hacer. Lo llevé al médico, al psicólogo de la ciudad, pero nada. Estaba tan débil… Pero no lo ingresaban en el hospital porque yo no tenía seguro médico. Imagínate, no ayudar a un niño enfermo por algún papelucho de las narices, otros médicos se limitaban a decir que era un cabezota, que ya se le pasaría. El doctor Corbin tampoco supo qué hacer, aunque tampoco es que sea doctor «de los de verdad»… La gente lo llama doctor, pero no es doctor, seguro que no sabe ni poner una tirita. Bueno, en fin, que no sabía qué hacer y

mi hermano me dijo que estaba exagerando, me dijo que preocuparme tanto no haría más que empeorarlo todo, pero no podía evitarlo, le veía los huesos en la cara cuando lo miraba, era como tener delante su esqueleto. ¿De quién iba a ser la culpa, sino mía? Mi hijo.

Se quedó en silencio, extendió las palmas sobre la mesa y las arrastró despacio hasta dejarlas en su regazo.

—Bueno, al final mejoró, empezó a comer un poquito más, aunque seguía sin probar carne y, si cocinaba carne en casa, se ponía a hablar con ella. Una vez le leyó un montón de poemas a un paquete de carne picada que estaba en la encimera de la cocina. Otra vez me contó que oía las voces de los muertos, de las personas y de los animales, que todos hablaban el mismo idioma. La verdad es que nunca supe qué decirle a eso. Escuchar las voces de los muertos… no me parecía muy cristiano que digamos.

En ese momento supe que me entendería bien con el hijo de la señora Columbus y que él me entendería a mí perfectamente; la única tragedia era que ya no estaba allí ni lo volvería a estar, supe que era cierto por la manera en que el duelo había calcificado en la señora Columbus. Hay cosas que una persona no puede evitar saber.

—Pero Johnny siempre había sido muy serio con su iglesia y, aunque llegué a pensar que había sido el doctor Corbin el que había hecho que se volviera vegetariano, nunca me ayudó con el pastel que me dejó. Sigue insistiendo en que fue Johnny quien eligió ese camino él solo, que él nunca le dijo lo que tenía que hacer. Pasaron unos cuantos años y parecía que Johnny se había calmado un poco, así que empecé a preguntarle por aquella época, por lo del zoo, lo de pasar hambre, las preocupaciones, lo de hablarle a la carne… Le pregunté si había estado deprimido o algo así, me dijo que todo le había venido de las Escrituras. «Ma, yo no merezco nada, igual otras personas sí, pero yo no», me dijo. Y yo le contesté: «Hijo, claro que tú también mereces cosas», pero me cortó con una negativa. Luego me dijo un montón de cosas que no llegué a entender y al final me soltó que no pensaba que los cristianos fueran especiales, que incluso la Biblia tenía partes donde se trazaban líneas entre las personas y que ahora la iglesia no significaba nada para él, que solo seguía

yendo para tenerme contenta.

La señora Columbus estaba mirando al techo, cabeceaba un poco, pero mantenía la serenidad en la mirada.

—La verdad es que me extrañó mucho que me dijera aquello, yo pensaba que era él quien me arrastraba a mí a la iglesia, iba sobre todo por él, por su bien y no por el mío. Es verdad que me había dado cuenta de que Johnny ya no se pasaba las noches en vela leyendo la Biblia, que había dejado de bendecir la mesa a la hora de cenar y que ya no cantaba en misa, pero no había querido hacerme cábalas. Simplemente, estaba contenta de que no se hubiera mudado a otra parte al acabar el instituto, de que quisiera quedarse cerca, que no se alistara en el ejército o se fuera por ahí, como hacían otros chicos de su edad. Después, solo unos días antes de su desaparición, me habló otra vez de que no creía que nadie fuera diferente a los demás y yo le dije que, vamos, que estaba de acuerdo con él en que todas las criaturas del Señor eran iguales y él me dijo no, no lo digo en ese sentido. Me dijo que era algo mucho más amplio y difícil de creer, que había empezado a pensar que ni siquiera podías querer a una persona más que a otra, que no podías preferir una comunidad a otra, que no podías creer en un país más que en otro, que ni siquiera podías preferir a tu propia familia de sangre, que daba igual la familia en la que hubieras nacido, que ni siquiera deberíamos tener nombre. Tenías que dejarlo todo. Tenías que ser nada, absolutamente nada. Me dijo que eso era lo que Jesús realmente predicaba y que todo el mundo lo había entendido mal. Tenías que ser nada. Nada.

La señora Columbus se dio unos toquecitos en la cara con el pañuelo.

—Ni siquiera un nombre. Renegaba de su propio nombre. —Movió de lado a lado la cabeza—. Me dijo que no era fácil creer en esas cosas, pero también estaba convencido de que ya era demasiado tarde para pensar de otra manera. Cuando lo miré, me di cuenta. Ya no estaba. Ahí ya no había nadie.

Se guardó el pañuelo en el bolso. Me miró con atención, despacio.

—Bueno. Supongo que con esto que te he contado ya te puedes imaginar por qué… Cuando me enteré de que habían encontrado a alguien en la otra iglesia pensé que…, tal vez.

Bueno, no eres él. Sé que no eres él. No te conozco de nada.

Me miró una última vez y yo la miré; lo que me había dicho no era verdad. Sí que nos conocíamos. Lo que habíamos vivido antes o a partir del momento en el que nos conocimos no importaba. Aunque dijo que no me conocía, tuve muy claro que sí y sé que ella también. No importaba lo que se había dicho, esta vez no. Las palabras sustituyen lo que no puede comunicarse; por mucho que se intente, por muchas palabras que se acumulen, siempre está esa ausencia. Me quedé en silencio.

—Así que dejé de ir a la iglesia y es verdad que puede que le haya dicho un par de cosas feas al doctor Corbin desde que Johnny se marchó, pero que le quede muy claro que me debe a mi hijo. Que le quede bien clarito.

El doctor Corbin había vuelto al restaurante y estaba de pie cerca del compartimento. La señora Columbus se levantó y se volvió para mirarlo.

—Todo el mundo piensa que las desgracias solo pueden pasar en un sitio como el condado de Limosna y que aquí no pasa nada malo —dijo la mujer—. Pero se equivocan. Todos se equivocan.

Oí sus pasos en retirada, se alejaba para no volver. El doctor Corbin se volvió a sentar. Alguien nos trajo unos platos azules hasta arriba de verduras estofadas y nos las comimos sin siquiera parar a mirarnos.

El doctor Corbin aminoró la marcha de la camioneta cuando vio a una persona caminando por la acera un poco más adelante. La persona en cuestión llevaba un sombrero de ala ancha y no cargaba con nada, le colgaban los brazos como si simplemente los tuviera adheridos al cuerpo, sin más relación.

—¿Adónde vas? —le gritó el doctor Corbin cuando llegamos a su altura.

—No tengo ninguna prisa por llegar adonde voy —dijo el hombre.

—Bien está eso —dijo el doctor—, cuídate, ¿eh? Que no me entere yo…

—Descuida.

Seguimos nuestro camino.

La carretera por la que íbamos, con frondosos campos verdes a cada lado, torcía y se convertía en otra carretera que nos condujo a un barrio de casas endebles y desvencijadas. Había una boca de incendios abierta en una esquina y la chiquillería jugaba a ponerse delante del chorro, llevaban la ropa empapada, colgando.

—El día anterior al festival es un día especial… No hay clases ni nada, así que algo hay que hacer con ellos.

Aparcó el coche enfrente de una casita amarilla sin árboles alrededor.

—Supongo que, en parte, por eso te han enviado aquí. Supongo que allí todo el mundo tiene que quedarse en casa todo el día para prepararse.

El aire era cálido y sofocante. Entramos en la casa, que tampoco estaba mucho más fresca a pesar de que todas las luces estaban apagadas. El doctor Corbin llevaba una bolsa de papel y la dejó en el borde de un sofá.

—No tenemos una habitación de sobra, así que tendrás que

dormir aquí, si no te importa. Bueno y, si te importa, tampoco es que tengamos mucha más opción. —Sonrió—. Hilda te ha puesto unas mudas en esta bolsa, me ha dicho que a lo mejor necesitas cambiarte de ropa.

Se encogió de hombros y salimos por la puerta trasera, que daba a un patio donde había un grupo de gente sentada en sillas plegables blancas alrededor de mesas vestidas con manteles de un azul intenso. Una criatura corrió hacia mí, me agarró de la mano y me llevó hacia un cornejo que crecía en un rincón del jardín vallado. Tres o cuatro perros se perseguían y olisqueaban el suelo en busca de algo.

—¡Mira! —dijo la niña, señalando el árbol. Había una muñeca enganchada en una de las ramas, fuera de nuestro alcance y con todo el pelo tapándole la cara—. ¡Se ha quedado ahí encajada! —dijo muy seriamente, luego echó a correr tras uno de los perros mientras cantaba.

Oí una voz familiar a mi espalda.

—Ya me olía yo que al final te iba a captar alguna iglesia…

Era la mujer de la gasolinera, la que me había dado leche y whisky.

—Anda, ve a servirte algo de comer, ¿me oyes? Hay que acumular fuerzas en esta época del año con el calorazo que hace. Hay que economizar recursos.

Señaló hacia una mesa llena de platos y de cuencos grandes, pasteles que cedían espacio allá donde ya habían desaparecido porciones. Alguien le gritaba al doctor Corbin, intentaba endosarle un plato pequeño de algo.

—Me alegro de verte la carita, criatura —me dijo la mujer de la gasolinera—. Nunca he visto una cara tan dulce como la tuya. —Me miró a los ojos, serena, como inspeccionándome —. Bueno, cuídate, adiós.

Una parte del jardín formaba una hondonada y habían colocado una lona alargada y estrecha por la que corría el agua de una manguera. Los niños y las niñas se tiraban por ahí, solos, de dos en dos, de panza, de cabeza, gritando.

—¿Vas a probar? —me preguntó el doctor Corbin, que apareció a mi lado. Me dio un trozo de tarta en un plato—. Estas señoras no van a parar hasta te hayas tomado un poco de tarta, así que mejor que vayas empezando. Es imposible razonar con ellas. No hay manera.

Nos sentamos en unas sillas bajo un árbol demasiado pelado para dar sombra. La gente se acercaba a hablar con el doctor Corbin, a veces para rezar con él, otras solamente para contarle algo. Por lo general, él contestaba con pocas palabras. Escuchaba, asentía, su boca dibujaba pequeñas sonrisas que iban y venían. A veces alguien me daba palmaditas en la espalda o se dirigía a mí, aunque yo me pasé el rato pensando en cómo la luz de las vidrieras sangra el techo en esos primeros instantes de la mañana, dispersa y suave. Casi nadie la ve, pensé, y me pregunté si la señora Columbus habría visto esa luz, si Johnny o el doctor Corbin la habrían visto.

—Ven aquí y deja que te vea. —Había alguien de pie junto a mí, alguien muy alto. Levanté la vista, medio tapándome los ojos del brillo del sol: una camisa de un rojo intenso y una escasa barba negra.

—Este es Leonard —me dijo el doctor Corbin.

—Bien —dijo Leonard, flexionando las rodillas con algo de esfuerzo para ponerse a mi altura—. Bueno, allá vamos. —Me miró a los ojos y no distinguí ninguna expresión en su rostro —. ¿Llevas aquí desde el domingo?

—Sí —respondió el doctor Corbin, aunque Leonard solo me miraba a mí.

Había una mujer al lado del doctor llorando discretamente y contándole algo triste sobre un ser querido.

—Ajá —dijo Leonard—. Imagino que hemos sido la última parada, ¿me equivoco? Ajá. ¿Te han mandado aquí porque no sabían qué hacer contigo? ¿O se han hartado? ¿Así van las cosas? Ya veo…, ya… Así que esa es su actitud… y, para colmo, esta semana, para colmo hoy… Fantástico. Ya me hago cargo, ya.

—El reverendo de la iglesia de la calle principal me llamó para que echara una mano —dijo el doctor Corbin—. Le dije que no nos importaba, al menos a mí no me importa.

—¡Eso lo has dado tú por supuesto! —dijo Leonard—. Encima justo ahora los tenemos que ayudar con lo que nos pidan, ¿así van las cosas?

La mujer que estaba llorando junto al doctor Corbin ya no era tan discreta, seguía susurrándole algo entre lágrimas mientras la chiquillería gritaba de pura alegría por el jardín

jugando con el agua con tanto calor.

—¿Y con quién se ha quedado la criatura estos días? —preguntó Leonard.

—Con la familia Bonner.

—¿Quién es la señora de esa casa?

—Hilda Bonner.

—Ah, una Gladstone. Es una Gladstone.

—Yo de eso no sé nada —dijo el doctor Corbin.

—Pues deberías estar más al tanto. Es lo que me ha contado Maize. Me ha dicho que el domingo pasado esa familia fue a su casa después de la iglesia porque, como ya sabrás, desde el año pasado todos esos blancos se acercan los domingos a cenar a su casa. No sé por qué. Habrán llegado a un acuerdo. Ni idea. Maize conoce a Hilda desde que la cuidaba cuando era una cría hasta que se enteró de quién era el señor Gladstone, entonces dejó el trabajo de inmediato.

—Bueno, ¿y qué me quieres decir con eso? —preguntó el doctor Corbin.

—No digo que no tengamos que ayudar a alguien en apuros. Pero, para serte sincero, no sé muy bien qué pensar de toda esta historia, solo te digo que a mí no me cuadra mucho. Maize se enteró por su hermana de que encontraron a la criatura durmiendo en su iglesia, se hicieron cargo para ser los salvadores, se la llevaron e intentaron arreglárselas por su cuenta, ni siquiera avisaron a los servicios sociales, y eso lo sé porque conozco a gente que trabaja ahí y lo han comprobado. Entonces la cosa va y se les complica mucho, y lo dejan estar, es decir, cuando la mitad de la congregación empieza a decir que igual la criatura no es blanca o no es lo suficientemente blanca, entonces, ¿qué ocurre?, ¿eh? Nos pasan a nosotros la patata caliente. Piensan que ya nos toca hacer algo. Eso o que el padre de Hilda se ha enterado de lo que tenía en mente su hija y le ha dicho que ni en sueños…

—A ver, no tengo ni idea —dijo el doctor Corbin.

La mujer de la llantina se había calmado, tenía los ojos cerrados, se pasaba una pulsera de cuentas de una mano a la otra.

—Yo te digo las cosas como son. Qué momento más oportuno para enviar al chico aquí, ¿no te parece?

—¿El chico? —preguntó con voz diminuta la mujer de la

llorera—. Yo la verdad es que pensaba que…

—Chico, chica, chica o chico, a mí me da igual —dijo Leonard, lo repitió más alto—: ¡Me da igual! Tanto monta, monta tanto.

—Chitón ya, qué maneras son esas, qué maleducados —dijo una mujer dirigiéndose a Leonard mientras se acercaba.

—¿Qué quieres que diga o no diga delante de esta criatura? —le preguntó Leonard.

—No sabemos quién es, punto en boca. No deberíamos tratar a esta persona…

—No, claro que no… —interrumpió Leonard—. Y si hubiera aparecido aquí por su propia voluntad, otro gallo cantaría, pero nos lo manda una Gladstone.

—¿Una Gladstone? ¿De esos Gladstone?

—Son los únicos Gladstone.

—Vaya —dijo la mujer—. Bueno, yo de eso no sé nada.

—Todo el mundo sabe quién es —dijo Leonard dirigiéndose a todos—. Todo el mundo lo sabe y nadie dice nada. ¿No van así las cosas? Todo el mundo lo sabe, pero aquí nadie dice nada.

La mujer hizo ademán de irse, pero volvió la cabeza y preguntó:

—¿Al final no lo habían encerrado en algún sitio?

—Eso he oído, sí. Y ahora su hija nos ha enviado a esta criatura justo hoy, no había otro día. Y a todo el mundo le parece perfecto.

—Sabes tan bien como yo que los Gladstone han hecho grandes cosas por nuestra comunidad. Han donado mucho…

—Pero todo el mundo sabe lo que hizo aquel hombre y nadie dice nada —replicó Leonard.

—Le pagó la boda a la hija de Luella porque ella no podía —dijo el doctor Corbin—. Pagó hasta el último céntimo de su bolsillo.

—¿Y sabes qué más pagó? Al sheriff, a ese sí que le pagó. Todo el mundo sabe que es verdad. Si le caías simpático al señor Gladstone, te librabas del talego. El sheriff aún lo llama para preguntarle que si esto, que si lo otro, si un tipo es de fiar o no, esa clase de cosas. Conozco a una en la comisaría, por eso lo sé. Para él es invisible, pero ella escucha todas sus llamadas telefónicas y, por eso…

—Bueno, yo de eso no sé nada —dijo el doctor Corbin.

—Aquí parece que nadie sabe nada.

El doctor Corbin estaba hojeando un libro. El resto se quedaron callados y luego empezaron a hablar entre ellos. Alguien dijo algo sobre la «fortaleza personal» y otra persona soltó: «Otra vez a vueltas con lo de la fortaleza personal». No recuerdo cuándo se marchó Leonard, pero debió de irse en algún momento; el grupo se dispersó para volver a casa, a su vida. Parece que tenían muchas cosas de las que ocuparse.

El cielo cambió y la luz cambió. Los perros estaban dormidos a la sombra de la casa. Habían cerrado la llave de la manguera y los chiquillos estaban sentados en el suelo, comiendo o echándose una siesta o haciendo montoncitos de barro. El doctor Corbin metía trastos dentro, de vez en cuando paraba a secarse la frente con un pañuelo blanco.

Me volví y vi a una persona sentada en una silla a mi lado, una señora mayor con un traje azul vistoso y un sombrero con una plumita engarzada en un lazo. Cuando se descubrió, vi que el tiempo había hecho mella en su rostro; había algo ácido y limpio en su mirada, desteñida, ausente. Como si una luz cegadora hubiera descolorido todo lo que habían visto sus ojos, como si les hubiera regalado el vacío.

—Sabíamos que vendrías —dijo—. Lo sabíamos.

Llevaba el sombrero en una mano y, en la otra, un bastón; la empuñadura era una cabeza de conejo, madera de cerezo pulida, una piedra brillante a modo de ojo.

—Nuestro nuevo Jesús.

Dio golpecitos en el suelo con el bastón y dejó que sonrieran sus dientecitos diminutos.

—La de tiempo que hemos estado esperando y que nos han llamado ingenuos. Nunca hemos sido ingenuos, lo sabíamos, teníamos fe. Yo lo sabía, lo sabía perfectamente, sabía que llegaría este día tan dichoso cuando fuera la hora. Le doy gracias al Señor por haber vivido para verlo.

Asintió.

—Bueno, ahora dime, ¿desde cuándo hace que lo sabes? ¿Lo sabes desde siempre o ha sido hace poco?

No dije nada, pero me miró entrecerrando los ojos y negó con la cabeza, como si yo le estuviera diciendo algo, como si estuviera escuchando una historia larga e importante.

—¿Y cómo lo supiste? ¿Se dirigió a ti y te lo dijo directamente?

Me miró a los ojos y yo a los suyos. Qué ternura más cercana, tan abierta, como nunca antes la había sentido. No pestañeé. No me moví.

—¡Que me aspen! Menuda historia, ¿eh? Qué vida nos ha dado el Señor. Para estar así de cerca. Así de cerca. Para todo, confiamos en ti. Para todo, te seguimos. Te seguimos hasta el final.

Nos quedamos en silencio un rato.

—El último día. El último atardecer. —Negó con la cabeza. Sonreía tanto que casi pude escuchar una risa silenciosa—. Todo esto, todo va a desaparecer. Nosotros, tus hijos, nos estamos marchando. Todos los pájaros van a morir. Todos los perros, todo aquel que no ha recibido el bautismo, todos los gusanos y escarabajos. A empezar de nuevo. Algo diferente. Quizá nada. Nada y para siempre. Y todo por esto, ¿verdad? Todo por este presente. Este último día.

Se quedó un rato mirando el jardín en calma, la luz siguió cambiando, me pareció que se olvidaba de mí por completo, no le quitaba ojo al viento, que apenas movía las ramas del cornejo, y entonces me dijo:

—¿Te he dicho alguna vez lo que pienso de todo eso? Lo que creo que es… el problema…, el problema de todo este asunto… es que deberían dejar de armar tanto revuelo. Sé que no lo hacen con mala intención, al menos algunos, pero deberían dejar de ponerse etiquetas, ¿sabes? Religión, sí. Clérigos, no. Eso pienso yo, vamos.

—Mamá, toma —dijo un hombre más joven que le dio unas pastillas blancas y un vaso de agua.

La anciana se las metió en la boca con la mano temblorosa, le cayó agua del vaso, le mojó el regazo, pero sus ojos no vacilaron; ni por un instante.

Habían convertido el sofá en una cama, las sábanas estaban remetidas entre los cojines, una almohada por aquí, una colcha plegada por allá. Había una mujer junto al doctor Corbin que sonreía con intensidad disimulada.

—Estamos encantados de tenerte aquí —dijo, acercándose con los brazos abiertos, luego me abrazó, acercó la calidez de su cuerpo al mío. Se quedó así un momento, lágrimas tibias me cayeron por la nuca, por la espalda de la camisa, se enfriaron en la piel, humedecieron el tejido y se hundieron en mí.

—Bueno, ya está bien —dijo el doctor Corbin—, tenemos que dejar que Altar descanse un poco, ¿no te parece?

La mujer se separó de mí, tenía los ojos rojos, como si yo le diera alergia. Sonó un teléfono y fue corriendo a la cocina a cogerlo.

—Binnie es una buena mujer —dijo mi anfitrión, mirando hacia la cocina. La oímos hablar por teléfono, preocupada, decidida—. Pero la gente la abruma… Tiene que andarse con ojo con esto de cuidar a la gente. Cuando cuidas de alguien tienes que dar algo de ti y hay un límite en lo que puede dar una persona.

—Es Randall —gritó desde la cocina.

—Ves, otra vez con lo mismo —me susurró el doctor Corbin, luego gritó—: Ah, ¿cómo le va?

—Solo necesita un sitio donde pasar la noche…

—Ah, ¿sí?

—Le he dicho que te preguntaría.

—Supongo que no hay problema. Tenemos otro sofá si a Altar no le importa.

Asentí.

—A Altar no le importa —gritó el doctor—, supongo que, entonces, no hay pega.

—Es mi sobrino —dijo Binnie cuando volvió al salón con una pila de sábanas y mantas—. De vez en cuando mi hermana lo echa de casa. Tienen sus rifirrafes. A él le está costando encontrar trabajo.

—Yo diría que lo que le cuesta es conservarlo —dijo el doctor Corbin.

Binnie le lanzó una miradita breve, como un dardo, luego la volvió a dirigir hacia lo que tenía entre manos, poner mantas y sábanas en el sofá.

—No me dirás que no tengo razón.

—Es un buen crío.

—Ya no es ningún crío.

—Pero por dentro sigue siendo joven. —Cambió el tono de Binnie, la mirada más grave—. Tiene un corazón joven.

—Sí, eso es verdad.

Me tumbé en uno de los sofás y me tapé con las mantas.

—Vas a dormir con esa ropa puesta —dijo el doctor Corbin —, ¿verdad?

Lo miré para decirle que sí sin decirle que sí. Me sonrió.

—Así por la mañana todo va más rápido, ¿no?

Al cabo de un rato, el doctor Corbin se fue del salón y solo quedaba Binnie, que miraba por la ventana que daba a la calle, esperando, hasta que Randall llegó con un pijama liso y unas pantuflas sucias.

—Gracias, tía Binnie, muchas gracias, de verdad.

—No tienes por qué dármelas. Esta vez tienes compañía, ¿has visto?

—Eso me han dicho.

—Este es Randall —dijo Binnie anunciándolo cuando entró en el salón.

—Encantado de conocerte —dijo el recién llegado y me tendió la mano.

Saqué la mía de debajo de las mantas y se la di, me la estrechó.

—Bueno, ahora deja dormir a Altar, ¿me has oído? Nada de parloteo por la noche, que sé que te gusta. Hoy todo el mundo necesita descansar, ya sabes. Y Altar se va mañana al festival.

—Uy, ¿es eso verdad?

—Sí, señorito, así que ahora, a dormir.

—Vale, vale —dijo Randall, tapándose con la manta hasta la barbilla cuando Binnie se fue y apagó las luces.

Pasé un rato, en el sofá, con el silencio oscuro, consciente de que había otro cuerpo, el cuerpo de un extraño en la misma habitación que yo, una tranquilidad tanto lejana como cercana. No lo oía respirar, pero sabía que estaba. El aire del salón se movía diferente a cuando dormía en el desván.

—Tal y como yo lo veo, hay gente que vive más despacio que otra, no hay más. —Su voz atravesó el cuarto oscuro y silencioso—. Mamá dice que ya tengo una edad para hacer que si esto, que si lo otro, pero no quiero, y a ella le parece un problema. A mí no me lo parece, pero ella insiste. Me ha dicho que no soporta tenerme en casa ni un minuto más. Supongo que cambiará de idea. Cuando no estoy en casa, me echa de menos, o eso me dice, así que a veces me vengo aquí y luego vuelvo. Que su único hijo siga en casa es algo que la pone muy triste, eso me ha dicho. «¡Solo tengo treinta y cinco años!», le he dicho yo. «¡Treinta y cinco solo, dice!», me suelta ella. A mí no me parece que sea tan mayor. Solo que vivo más despacio. Igual llego a los doscientos años. Antes la gente vivía mucho y creo que puedo volver a instaurar esa tradición.

—¡Randall! —gritó Binnie desde su dormitorio—. ¡Chitón ya! ¿Me oyes? Altar no quiere hablar contigo. Todo el mundo necesita descansar, así que a dormir.

—Sí, señora —dijo, respetuoso y en calma.

Oí cerrarse la puerta del dormitorio. La casa se quedó en silencio y más en silencio y aún más en silencio.

—¿Puedo preguntarte algo? —me susurró al cabo de un rato.

—Sí —susurré yo.

—¿Cuántos años tienes?

—No me acuerdo.

—Así mejor. —Su voz se perdía, sonaba soñolienta—. Es mejor que ni lo sepas. Así vivirás mucho. Seguro que, si no sabes la edad que tienes, crecerás más despacio. Mira, yo aprovecho mucho el tiempo, de verdad que sí. Paso un montón de tiempo pensando. Por ejemplo, en que, si te fijas lo suficiente en una palabra y la dices una y otra vez, empieza a sonar extraña, o incluso deja de sonar a palabra o de

parecer una palabra. Me paso mucho tiempo pensando en eso.

Un electrodoméstico de la cocina empezó a zumbar.

—Está haciendo hielo. La tía Binnie se compró una de esas neveras que hacen cubitos. Antes me asustaba cuando me quedaba a dormir, pero ahora ya me lo conozco. No te asusta si ya sabes que va a pasar. Pero hay muchas cosas que no sabemos que van a pasar. Y eso a veces da miedo, creo que da mucho miedo ir por ahí. Me han dicho que no vives en ninguna parte, es raro solo de pensarlo. No sé cómo es posible. Es confuso. Es esa misma sensación, la sensación de fijarse en una palabra durante tanto tiempo que al final deja de ser una palabra. No quiero que mi madre desaparezca.

Se quedó callado un buen rato.

—Una madre nunca debería desaparecer, pero la mía me dijo que llega un momento en que una madre desaparece. No lo entiendo. No quiero entenderlo.

Dormimos.

Sábado

Cuando desperté, la casa seguía a oscuras y en silencio, el cielo de la mañana empezaba a clarear las ventanas. Randall ya se había ido. Las mantas y las sábanas con las que había dormido estaban pulcramente plegadas y apiladas en un extremo del sofá. Salí al porche delantero y me quedé mirando un cielo que nunca cumplía la amenaza de lluvia. La luz empezaba a destellear entre las nubes cuando Binnie salió con el pelo recogido con un pañuelo amarillo claro. Dejó una taza de café a mi lado, sin decirme nada, y volvió a meterse dentro. Un rato después, el doctor Corbin me sacó la bolsa marrón de papel que Hilda le había dado y la vació encima de la mesa. Un vestido, unos pantalones, un par de medias, dos camisas finas (a las que les faltaban botones), un par de calcetines limpios y un albornoz blanco y mullido.

—Supongo que es para que elijas —dijo, mirando toda la ropa—. El albornoz te será útil, hoy te servirá.

El albornoz tenía agujeritos en la costura de una de las mangas. Me levanté, me metí en el albornoz, me lo até con la cinta blanca y me volví a sentar. El doctor Corbin también se sentó, nos bebimos aquel café amargo, escuchando los pájaros.

—Empieza dentro de un par de horas —me dijo al cabo de un rato—. Ya sabes que yo fui parte del grupo que lo organizó por primera vez hace ya muchos años. En su momento creí que era justo lo que necesitábamos, creía en sus intenciones. Ahora, sin embargo, no me atrevo a decir que entienda del todo lo que le hace a la gente… Antes lo tenía clarísimo, pero es verdad que era más joven. Es más fácil estar seguro de las cosas cuando eres joven y, cuanto más viejo te haces, más te das cuenta de que la certeza depende de algún tipo de ceguera.

Un pájaro se posó en la barandilla y el doctor Corbin dejó

de hablar para mirarlo. El pajarillo miró hacia un lado y luego hacia el otro. Se inclinó, abrió las alas y echó a volar.

—A veces el perdón no es más que un disfraz para el olvido. No quiero que sea así, pero, cada año, justo antes de que empiece el festival, es lo que siento. ¿Y luego qué? Me olvido de todo.

Por la calle patrullaban unos cuantos policías vestidos de blanco y con pistolas blancas.

—Oye, ratita —le dijo mi anfitrión a una chiquilla que subió corriendo por las escaleras del porche.

—¡Que no soy una rata! —Se subió al regazo del anciano—. Mamá me ha dicho que venga.

Se irguió apoyándose en las rodillas y le agarró las orejas con las manitas.

—¿Por qué tienes las orejas tan grandes?

—Para oír si una ratita se cuela en mi casa —dijo el doctor Corbin.

—¿Quién es?

—Es Altar.

—¿Por qué ella es así? —Bajó la voz al tiempo que se apartaba de mí.

El doctor Corbin no le respondió, la cogió en brazos y se metió dentro mientras llamaba a Binnie y le decía que una ratita llamada JJ quería desayunar. Cerró la puerta y, durante unos minutos, solo oí los sonidos amortiguados de las vidas que transcurrían dentro de la casa, el tintineo del tenedor en un plato, puertas que se abrían o se cerraban, palabras que se filtraban por las paredes.

—Ni siquiera sé muy bien qué contarte del festival —siguió el doctor cuando volvió a salir al porche—. Se acabó convirtiendo en algo que yo no quería… Quizá para ellos sí que significa algo y por eso lo mantienen, no sé. Supongo que Steven ya te ha contado lo básico, de todos modos, supongo que ya lo verás cuando llegues. No sirve de mucho tratar de explicarlo. Es un ritual. Son cosas que hacemos, que hace la gente y que no significan nada, incluso las que se supone que sí que significan algo tampoco significan nada. Solo se hacen por hacer.

Un coche blanco de policía pasó por delante muy despacio; el doctor Corbin saludó con la mano.

—Bueno, supongo que habrá que ponerse en marcha.

Durante el recorrido vi familias vestidas de blanco caminando por la acera, niñas con vestidos blancos y medias blancas, los padres trajeados de blanco, las mujeres de blanco de la cabeza a los pies. Sombreros blancos, zapatos blancos. Había gente que empujaba una silla de ruedas con alguien envuelto en una mantita blanca, los chiquillos llevaban pantaloncitos cortos de color blanco, los bebés iban abrigados de blanco, chalecos blancos sobre camisas blancas, pañuelos blancos.

Un par de camionetas blancas llevaban niños en la parte trasera. En una había un cartel con letras rojas sobre fondo blanco:

TODO LO QUE ESTÁ VIVO
ESTÁ CORRUPTO

Un nutrido grupo de chicos levantaban entre todos un cartel más grande:

TODOS LOS ERRORES
HAN SIDO PERDONADOS

Y un grupo de chicas, detrás de ellos, otro:

TODOS LOS ERRORES
HAN SIDO OLVIDADOS

—Ya hemos llegado —dijo el doctor Corbin—. Tú sigue a la gente y ya está. No me puedo acercar más con el coche. Vendré a recogerte cuando acabe.

Me quedé mirándolo un momento. Me costaba creer que fuese a ver a alguien de nuevo. Era como si hubiesen dejado el día en carne viva, tenía algo de crudo y de definitivo.

La multitud caminaba en la misma dirección, una riada sincronizada. Criaturas pequeñas y bebés en brazos de gente más grande, ajenos e incapaces, alguna que otra tos o estornudo rompía el cálido silencio; el cuerpo tiene sus maneras de hablar sin decir palabra.

La muchedumbre se volvió más densa, más lenta. Las camionetas avanzaban al mismo ritmo que la masa. Tañían

las campanas de la iglesia y sonaban sirenas a lo lejos a medida que nos acercábamos a un edificio grande y oscuro en el centro del aparcamiento. Sobre la entrada, lo bastante ancha para que pasara un rebaño, colgaba un gran cartel de lona:

OLVIDEMOS
AQUELLO QUE PERDONAMOS

Al entrar dejaban a las criaturas en una estancia ancha llena de más criaturas, algunas lloraban, otras estaban contentas, aunque la mayoría permanecían sentadas en el suelo, tranquilas y aburridas. Eché un vistazo y vi a unas cuantas mujeres, algunas embarazadas, otras con un bebé en cada brazo, moviéndose entre la chiquillería que gateaba y balbuceaba. Seguí avanzando al mismo ritmo que el gentío y nos fuimos adentrando en el edificio. Nadie se miraba a los ojos. El silencio se volvió más silencioso, más silencioso aún.

Al fondo del pasillo: un espacio enorme. El techo era más alto que el de cualquier iglesia que yo hubiese visto. Los altísimos ventanales de un lateral estaban hollinados y las paredes eran color melaza, el suelo de madera crujía bajo nuestros pies. Arriba giraban unos enormes ventiladores de techo. Casi se me había olvidado que llevaba puesto un albornoz, se me había abierto un poco. Me lo ceñí bien. Algunas personas conducían a otras por los hombros a puntos específicos de aquella nave, como en una especie de formación. Un juego de manos me guio a uno de esos puntos. Y allí me dejó.

Entre la muchedumbre, de perfil, vi a Hilda, que llevaba un vestido blanco. Su cara me pareció más pequeña y suave, menos blanca de lo que recordaba. Me pregunté qué diría, pero tampoco quería oírlo. ¿Sentía que había cometido errores o que había sufrido más los errores de otros? ¿Sabría alguien contestar a eso? ¿Acaso somos conscientes de la cantidad de daño que causamos sin saberlo? ¿Cuánto daño hacemos cuando pensamos que obramos por el bien de alguien?

La manera en la que Hilda se había recogido el pelo, muy tirante, me hizo sentir la presión y la presencia de todas las

personas que nunca había nacido, e incluso en aquella estancia tan grande y casi llena y que seguía llenándose de gente, incluso con toda aquella muchedumbre, sentí esa otra masa infinita, la de todos esos seres que existían y no existían, vidas imposibles, nonatas, que nunca habían nacido y aun así estaban presentes.

Las pocas luces que había en la sala, bastante tenues, aún se bajaron más. Circularon cestas con pañuelos negros. Cada cual cogió uno y se vendó los ojos, y entre la gente reparé en Nelson, que se fijaba en cómo se tapaban los ojos los demás antes de hacer él lo mismo: vendarse los ojos y dejar caer muertos los brazos. En uno de los laterales, unos cuantos jóvenes tiraron de unas cuerdas y las poleas que había sobre nuestras cabezas chirriaron; bajaron unas cuantas cortinas blancas, separaron a la gente formando grupos, crearon pasillos endebles y salas dentro de la sala. El ambiente se tensó, el aire parecía no querer entrar en los pulmones. Me tapé los ojos como todo el mundo. Los ruidos de la muchedumbre se apaciguaron un poco, luego un poco más. Oí que apagaban los ventiladores, se impuso una especie de densidad en la sala, luego sonó una campana un par de veces.

Muchas voces empezaron a hablar a la vez; algunas me parecieron conocidas, otras eran casi un recuerdo, otras podría haber llegado a recordarlas, otras resultaban desconocidas, otras pensé que no las conocía, otras las reconocí, otras sonaban como la mía, otras sonaban a personas que había perdido hace tiempo, otras a las de gente a la que conocería más adelante, personas que algún día llegaría a ser; las palabras, en un primer momento, eran ininteligibles; demasiado lejanas o pronunciadas demasiado deprisa, demasiado bajito, demasiado enmarañadas. La gente empezó a moverse; al principio, los pasos eran mera tentativa, luego aceleraron, las manos separadas del cuerpo para amortiguar el encuentro de un cuerpo con otro, los hombros se daban algún golpe, los pies pisaban otros pies y luego corregían su rumbo.

he mentido //
le puse los cuernos el año pasado //
con ella, unos meses

//

puede que me haya llevado //

Medias frases o frases enteras, voces de hombres y mujeres, desafiantes o arrepentidas, pronunciadas deprisa, pronunciadas despacio, como un coro, compartían el mismo tipo de cadencia…

no dejo tanto dinero en el cepillo como // los juzgo //
he engañado a //
cobro más a los negros para que no //
soborné a uno de //
no sé si siempre he sido agradecida //
el cortacésped de mi hermano y lo vendí //
sueño con divorciarme // me creo con derecho a //
se morirá más pronto que tarde //
os juzgo // no sé si creo en Dios //
le pegué a esa chiquilla // la gente en el juicio //
no quiero ayudarlos //
copié en Matemáticas //
aún no se lo he dicho // no sé si quiero a mi mujer //
robé en la verdulería cuando tenía //
durante unos meses me arrepentí de haber tenido al bebé //
juicio de pasada // llevo todo el año poniendo a Dios a prueba //
maté a su poni porque no nos podíamos permitir //
robé dinero de su bolso //
maldigo todos los días // a veces le pego // no dejo de ver porno //
en verdad no me gusta leer la Biblia pero finjo que sí //
nunca quiero ir a misa //
les disparé a tres ardillas porque sí // maté a una //
después de beber mucho y luego mentí //
deseo mucho a la mujer de // odio el festival //
mis socios no saben que me quedo con más //
le di ensalada de pollo pasada a propósito //
puede que nunca se lo cuente //
sé que no he pagado // no me gustan sus pintas //
odio esta época del año //

les pinché las ruedas en el aparcamiento //
nunca pido perdón // *por qué no puedo odiarlas //*
miento continuamente sobre lo que sea // *dije que no tenía //*
le robé la ropa a mi hermana y se la tiré a la basura //
vi un asesinato y //
tomo el nombre del Señor en vano // *sé quién lo hizo //*
quiero el divorcio // *no quiero pagar impuestos por //*
no logro perdonar //
llevo todo el año queriendo fugarme // *pero soy vaga //*
veo pornografía //
la odio de verdad y no puedo parar //
no es cierto que oyera la voz de Dios cuando dije que la oí //
me llevo más de lo que //
piensa que me he rehabilitado //
le dije a mi mujer que estaba trabajando // *pago por sexo //*
no quiero darles dinero a los pobres // *no confío //*
no sé si la Biblia realmente nos dice que todos los hombres son //
¿y si Dios no existe y ya está? //
me resisto a mi marido // *me alegro de que esté muerto //*
estábamos los dos muy borrachos // *odio al nuevo reverendo //*
tener fe es una lucha constante // *robo dinero a mi padre de la //*
nadie sabe que fui yo quien //
ojalá estuviera muerta // *me inventé haber hablado en //*
no quiero a mis hijos por igual // *he mentido //*
escondo el dinero porque //
me da miedo que se den cuenta de que ella no es //
nunca he leído la Biblia //
mujeres y no entiendo por qué no debería //
me he acostado con una de //
le he mentido a // *no estoy segura de que el festival sea //*
sé que no soy justo // *no puedo evitar alegrarme de que ya no esté //*
quiero acostarme con cualquiera menos con mi marido //
no quiero perdonarlo // *prematrimonial //*

llora todos los días en su escritorio y yo finjo no darme cuenta //
desenterré los bulbos de tulipán de mi vecina //
una cerveza esta mañana // ojalá me muriera //
puede que nunca lo perdone //
cada año intento averiguar quién dijo qué //
culparlos //
la obligué a //
fingí no saber por qué no florecían //
odio esta chorrada y // o amenacé //
no creo que llegue a perdonarla de corazón // incluso ahora //
acepto sobornos todos los // orgullosos y vanidosos //
he intentado matarme dos veces // la obligué a hacerlo //
me pone triste que si no estuviera Dios la gente no sería buena //

Sonaron unas campanitas y algunas de las voces se aceleraron, otras se atragantaron de llorar, otras parecían enfadadas, luego empezaron a resquebrajarse, a desvanecerse, a apagarse.

no sé cómo dejar de odiarla //
no siempre tengo claro que la creación de Dios sea //
sé que he matado //
siempre dudo //
me llevé una revista de la consulta //
no sé si puedo parar //

Las campanas ahogaron las voces, las arrastraron, sonaron los últimos tañidos y se oyeron los últimos murmullos, luego se disolvieron. Alguien me dio la mano. «Te perdono». «Te perdono», dijo otra persona, dándome también la mano. «Te perdono», dijo otra, luego otra. Me llegaban manos y todas las manos eran a la vez exactamente iguales y del todo diferentes. Todo el mundo perdonaba a todo el mundo. Me destapé los ojos y vi unas cuantas caras enrojecidas, empapadas de lágrimas, otras pálidas de miedo. Hay gente

que se había dejado los ojos vendados. Otras personas se habían quedado inmóviles. Otras no decían nada. Al fondo del murmullo de todo este perdón oí llorar a todos los niños y niñas del pueblo, su pena rugía como un aguacero, una tormenta.

—Ay, la infancia conoce tan bien el pecado y tan bien a Dios —dijo una voz a mi espalda. Me di la vuelta. Era una de las mujeres a las que había visto en la cocina el otro día—. Conocen la avaricia y el amor más de lo que los adultos se imaginan. Conocen a Dios; conocen el terror. Por instinto. Crecer es olvidarnos de lo que sabemos al nacer. ¿Verdad? Lloran porque no pueden confesarse, son conscientes de su maldad, pero no pueden verbalizarla. Por eso lloran. Pero no te preocupes, ya se calmarán.

Se alejó de mí. Otras personas reían o se tapaba la cara. Otras se habían tumbado en el suelo y otras estaban de pie, abrazándose. Había gente que no se movía, que no pensaba, con la mirada vacía. No estaban en ninguna parte, en ningún lugar. Poco a poco fueron subiendo las luces y levantaron las cortinas. Los ventiladores volvieron a girar, zumbaban sobre nuestras cabezas, los niños y las niñas entraron en tropel, levantando la vista para mirarnos, nos llegaban por las rodillas, buscaban su lugar, a alguien que los cogiera en brazos.

En uno de los extremos de la sala vi a Tammy hecha un ovillo en el suelo, Hal se inclinó sobre ella, la tapó y la calmó. Estaba llorando, temblando, se cubría la cara.

—Algunos años oyes demasiadas cosas, eso es todo —le explicaba Hal a alguien que andaba cerca.

Sentí alivio de que no me viera pasar por su lado. No quería que me recordaran, que supieran que había estado allí, que había pasado aquel momento con ellos. Una sensación de entumecimiento se apoderó de la sala y no quería que me alcanzara.

Recuerdo que alguien me dijo hace tiempo que en cada pueblo se respira una sensación concreta porque hay ciertas maneras de pensar que son contagiosas. Nunca supe muy bien qué significaba aquello y puede que todavía no lo sepa, pero creo que en aquel momento lo entendí. «Amén», dijo una voz. «Amén». Por todas partes, al unísono, como rayos de sol.

—¿De dónde viene esa voz? —preguntó una niña, pero la mujer que estaba con ella no contestó y se llevó un dedo a los labios.

Una voz empezó a enunciar nombres —«Edward»— y la muchedumbre poco a poco volvió a guardar silencio —«Earl»—, escuchándolos como si oyeran música —«Johnson»—.

—¿Y ahora qué hacen? —preguntó la misma niña.

—Leer los nombres —le susurró la mujer.

—¿Qué nombres?

—Los de los muertos.

—¿De todos los muertos?

—De algunos.

—¿De cuáles?

La señora vaciló. La chiquilla prestaba mucha atención, como si fuera capaz de descifrar lo que sucedía. Se quedó mirando al techo fijamente. Estaba aprendiendo a vivir.

—¿De cuáles? —volvió a preguntar en un susurro.

—De los que fueron sentenciados.

—¿Hoy?

—No, hoy no, otros años.

—Ah.

Seguían apareciendo nombres sin dueño.

—¿Por qué murieron?

—A todos nos llega la hora.

—Pero ¿a esos los mataron?

—Sí.

—¿Nos van a matar a todos?

—No.

—¿Y por qué a ellos sí?

La mujer se quedó otra vez callada, la pausa fue más larga en esta ocasión, luego se arrodilló junto a la niña.

—Por lo que puede que hicieran.

—¿Quién los mató?

—Las personas que elegimos.

—¿Todas las personas a las que elegís tienen que matar a gente?

—Sí.

—Pero ¿de verdad hay alguien que quiera salir elegido?

—A alguien tiene que tocarle —dijo la señora tras un

silencio—. Hay que elegir a alguien.

—¿Y por qué están leyendo sus nombres?

—Porque es un pecado que hemos cometido todos juntos. Era algo que teníamos que hacer, aunque fuera malo.

—¿Yo también?

—No lo sé. Puede que tú no. Todavía no.

La niña se sentó en el suelo. Necesitaba lavarse la cara con lágrimas, con agua tibia del cuerpo, la manera del cuerpo de decir: «Sí, aún estoy aquí».

Cuando leyeron el último nombre, la voz dijo: «Amén» y todo el mundo dijo «Amén».

Aquella voz dijo que servirían un pícnic en el aparcamiento y la congregación salió pacíficamente por las puertas por las que habíamos entrado, pero, al fondo de la sala, vi otra puerta abierta y, al otro lado, una sombra en movimiento de alguien que acababa de salir. Miré a mi alrededor por ver si alguien me buscaba y lo único que distinguí fue el embotamiento, nadie veía a nadie, todo el mundo salía en la misma dirección.

Me acerqué a la puerta trasera. Salí. La tormenta de voces amainó a mi espalda. Annie estaba allí, contemplando los campos que se extendían ante nuestros ojos hacia lo lejos, hacia sitios a los que parecía que nunca iríamos. Había más personas allí fuera, no parecían embotadas, solo tranquilas. El aire se instaló entre los cuerpos como se instala entre cualquiera. El cielo no nos distinguía.

—¿Y ahora qué se supone que tenemos que hacer? —le preguntó Annie a alguien, quizá a mí, a ella misma, o a ti.

A lo lejos, los árboles se agrupaban de dos en dos, de tres en tres. Sabía que no me correspondía estar allí. Había sido un accidente. Teníamos que estar en otra parte. Me levanté y me alejé, y en cuanto me separé un paso de ella, sentí una soledad que nunca había experimentado, pero también supe que Annie, esa Annie que responde al nombre de Annie, pero que tiene otro nombre más verdadero, no se había separado del mundo por el simple hecho de haberse separado de aquel lugar. Ella y yo estábamos mucho más dentro del mundo, mucho más dentro del barro, trenzado en nuestras cuerdas vocales, las que cuelgan de la garganta.

Nadie sabe adónde fui y yo tampoco sé adónde fui y no sé

adónde se fue Annie o adónde te fuiste tú, solo sé que me fui, que desaparecí, desaparecí del todo. Aquella noche reinó la calma, todo era silencio y calma y todo es silencio y calma aún. Todo es incierto. Nubes grises se arremolinaban en el cielo; y aún se arremolinan, aún proyectan sombras, las seguirán proyectando mucho después de que hayamos desaparecido. La tierra está húmeda. Nadie me acompañaba entonces y nadie me acompaña ahora. Todos nosotros nos hemos ido y desaparecimos y hemos desaparecido para siempre.

Ahora todo está en silencio y en calma; el cielo incierto. Avanzo, quizá avanzo hacia ti. La tierra gris y el cielo húmedo. No tengo certezas. La tierra tiene certezas. No siento la soledad; estoy con el cielo y la tierra y tú estás con otro cielo, otra tierra. ¿Ahora es nuestra? El cielo es cierto y la humedad es cierta y yo en silencio. ¿Nos encontraremos? El suelo en silencio. No tengo certezas. El cielo en silencio. Nunca nos ha distinguido. Hablamos con aire prestado. El cielo solo parece ser azul y tener una linde.

Se hace saber

Emily Bell y Eric Chinski suelen obviar las fronteras nacionales y ayudan a otras personas a cruzar o pasan recursos a través de ellas. Jin Auh conduce un camión blindado por calles dejadas de la mano de Dios y oscuras como boca de lobo. Brian Gittis, Julia Ringo, Jackson Howard, Alba Bailey-Zigler y Ekin Oklap, así como sus peligrosos compinches, no han de ser subestimados, podrían estar encabezando una gran revolución en este mismo instante. La Fundación Whiting de la Universidad de Misisipi ha proporcionado comida, atención sanitaria y una tienda de lona. Kathleen Alcott y Brenda Cullerton practican oscuras formas de brujería.

Flannery O'Connor, Zora Neale Hurston, Carson McCullers y Eudora Welty han sido víctimas de un robo. Ursula K. Le Guin es la suma sacerdotisa del mundo. David Buckel se alejó de Omelas. «Derek Parfit» fue importante.

Jesse Ball es un patrón meteorológico misterioso que nunca ha sido observado y solo se puede medir por los estragos que causa.

Nota

[1] «¡Todo está bien, todo está bien… en mi alma!». *(N. de la T.)*.

Título original: *Pew*

Primera edición: noviembre de 2022

© 2020, Catherine Lacey
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Núria Molines Galarza, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Adaptación de la portada de Penguin Random House Grupo Editorial, basada en el diseño de Luke Bird
Imagen de portada: © Evelina Kremsdorf / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.*
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.*
Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-3960-0

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
Twitter: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Ganadora del Young Lions Fiction Award, finalista del Premio Dylan Thomas, y una de las mejores novelas del año según varios medios

Una persona llega a un pequeño pueblo de Estados Unidos. Las gentes del lugar la encuentran durmiendo en un banco de la iglesia, donde se ha refugiado durante la noche. Es imposible discernir su raza, su edad o su sexo y, aunque entiende el idioma en el que le preguntan, se niega a pronunciar palabra o a contar su historia. La comunidad local, unida por una fuerte fe religiosa, se declara dispuesta a acogerla, pero en los seis días siguientes, que preceden al misterioso Festival del Perdón, Altar, que es como han dado en llamarla, acaba exponiendo los miedos más profundos y las hipocresías de la congregación.

Lacey ha creado una fábula hipnótica que nos plantea preguntas urgentes sobre nuestra identidad, nuestro cuerpo y nuestra capacidad de entendimiento: una novela perturbadora y esencial.

La crítica ha dicho…
«Una obra magistral, su mejor libro hasta la fecha».
Publishers Weekly

«Maravillosa, bellísimamente escrita […], con una atmósfera inquietante […]. No puedo dejar de insistir en lo dulce, lo ágil y lo entretenida que es esta novela».
Lionel Shriver, Financial Times

«Una joven prodigio que escribe con dinamita».
Vulture

«Entre una obra del gótico sureño en la onda de Flannery O›Connor, una fábula político-religiosa que recuerda a Margaret Atwood, un cuento de terror en una población pequeña al estilo de Shirley Jackson, o una perversa actualización de la gran obra de Mark Twain *El forastero misterioso».*
Sam Sacks, The Wall Street Journal

«La primera oración, por sí sola, es una obra maestra».
Rodrigo Fresán

«Inquietante, mundana y divertida, […] como si unos personajes de Beckett estuvieran deambulando por un paisaje reconocible e incluso realista […]. Un libro valiente».
James Wood, *The New Yorker*

«Quien valore la literatura que desafía los estándares no puede perderse esta novela».
Ryan Smernoff, *Los Angeles Review of Books*

«Su novela más profunda».
Beejay Silcox, *The Times Literary Supplement*

«Potentísima […]. Rica y enigmática».
Anthony Cummins, *The Observer*

«Peligrosamente incómoda y escrita de manera sublime […]. Una obra maestra».
Stuart Kelly, *The Scotsman*

«Maravillosa, bellísimamente escrita […], con una atmósfera inquietante […]. No puedo dejar de insistir en lo dulce, lo ágil y lo entretenida que es esta novela».
Lionel Shriver, *Financial Times*

Catherine Lacey nació en Misisipi y estudió un máster de Bellas Artes en No Ficción Creativa en la Universidad de Columbia. Recibió en 2012 la beca NYFA Artist de Escritura de Ficción, ha sido finalista del Premio de Ficción New York Public Library Young Lions, fue elegida como Nueva Voz por Granta en 2014 y en 2017 como una de las mejores novelistas jóvenes de Estados Unidos. Ha publicado entrevistas, relatos y piezas de no ficción para distintos periódicos y revistas, entre los que destacan *McSweeney's, Granta, The Believer, The Atlantic, 52 Stories* y *Brooklyn Magazine*. Su primera novela, *Nunca falta nadie* (Alfaguara, 2014), ha sido traducida a varios idiomas. *Las respuestas* es su segunda novela, unánimemente aclamada por la crítica.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Altar

Sueño
Domingo
Lunes
Martes
Miércoles
Jueves
Viernes
Sábado
Se hace saber
Nota

Créditos
Sobre este libro
Sobre Catherine Lacey